# FRAY MOCHO

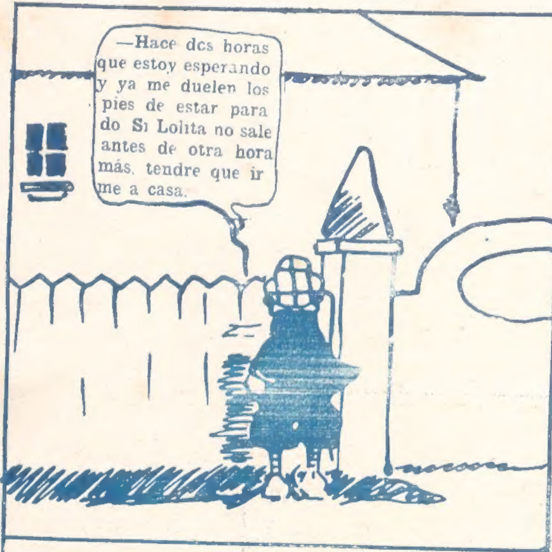


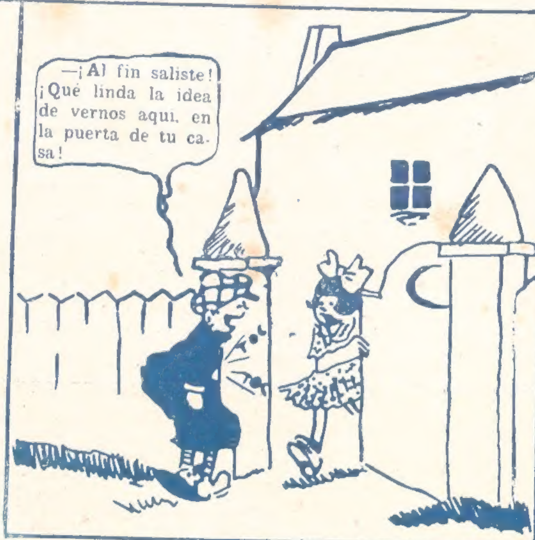

"PRIMAVERA"

Por Ferrando

N.° 752

# PAGINA INFANTIL — AVENTURAS DE PIPIRI





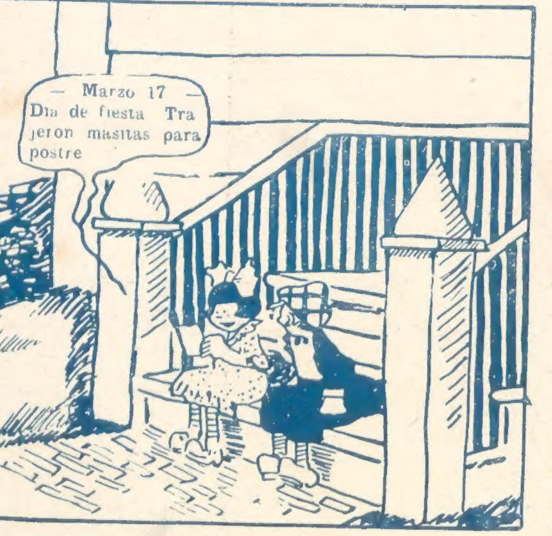


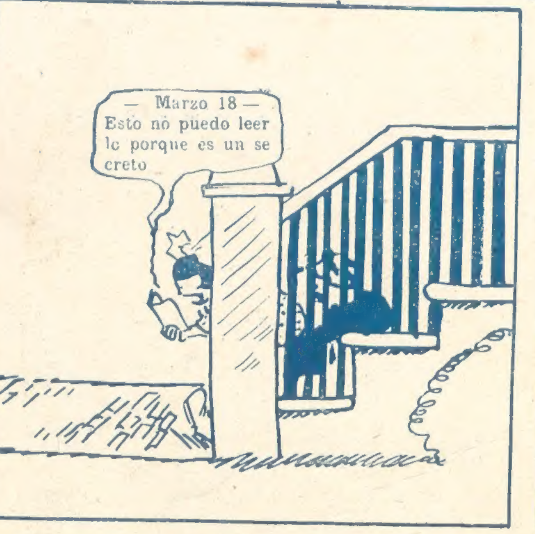






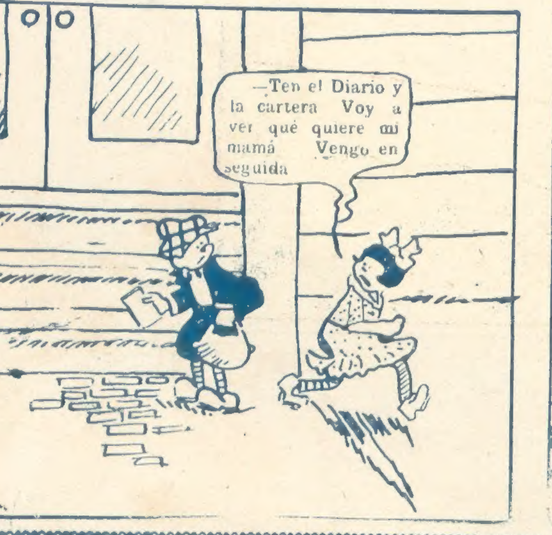














# FRAY MOCHO

Año XV — Buenos Aires, 21 de septiembre de 1926 — N.° 752

## DE LA SEMANA, por Rojas





—Las mangas de langosta van a sor combatidas con bombas arrojadas desde aeroplanos. Es una gran idea ministerial para atacar el acridio.

—¿Y qué vamos a hacer nosotros si nos suprimen las "mangas"?



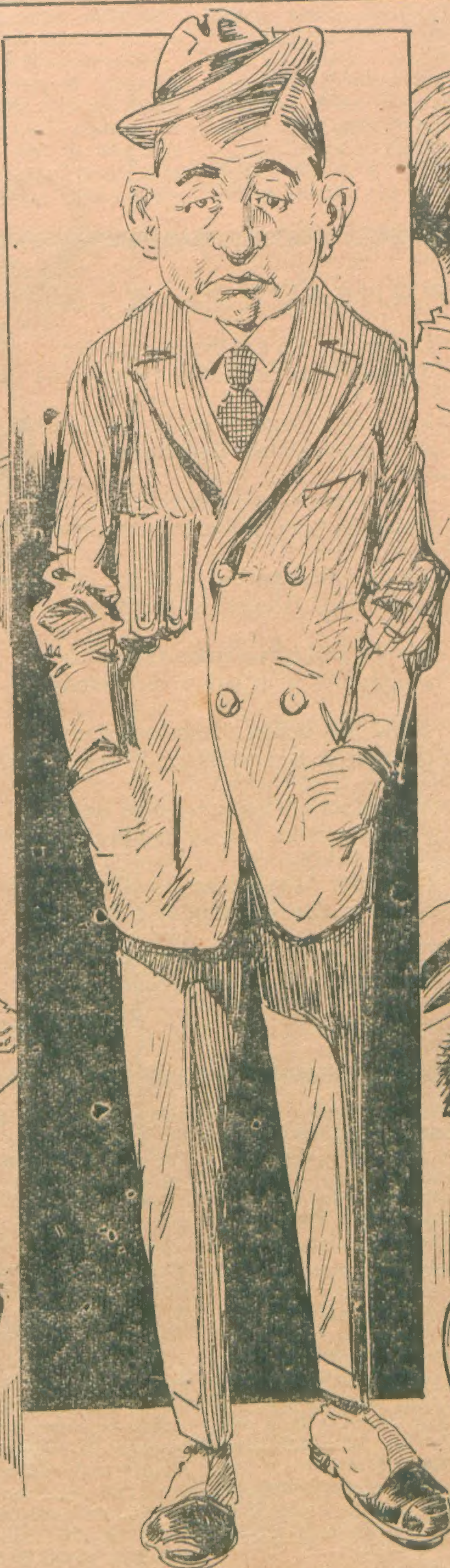
—"En China no pueden vivir los extranjeros. Grupos de bandidos los atacan, haciéndolos víctimas de horribles malos tratos".

—Pues aquí no podemos vivir tranquilos ni los argentinos. Hay más bandidos que personas decentes.



—Mussolini dijo, desde el palacio Chigi, después de salir ileso del atentado: "Es preciso que esto concluya".

—En cambio, desde otras partes, gritan: "Es preciso que concluya Mussolini".



—¡Hay personas que tienen suerte! Estoy estudiando una carrera, hace quince años, y no puedo terminarla. En cambio, el señor Meier, saca sus hijos del colegio, los mete en un aeroplano y de un vuelo terminaron la carrera...




—Lo que pronto veremos en las vidrieras, si las cosas siguen como van.



# La mayor emoción de mi vida

Por Francisco Caravaca

Aquel hombre se me acercó, descubierta su hirsuta cabeza, y con voz trémula, balbuciente, imploróme le diese trabajo.

—Estoy muy necesitado, señor— decía; — no tengo recurso alguno..., me moriré de hambre si usted no me ayuda... Soy fuerte y quiero trabajar...

Su acento era tan sincero, que me conmovió desde el primer instante.

—Bien; ¿quieres trabajar?... ¿Por qué no te has presentado al capataz de las obras? — le dije. — El te hubiera dado ocupación... ¿Qué sabes hacer tú? ¿Para qué sirves?

—Soy fuerte, señor, y eso es todo... ¡Tengo hambre y quiero trabajar! Esta mañana me presenté al capataz — añadió confuso; — pero no me ha querido admitir al saber quién soy...

—¡Qué extraño!... ¿Pues quién eres tú? — le dije, extrañamente sorprendido de sus palabras.

El hombre aquél se turbó profundamente. En su rostro, de acusados rasgos, su rostro adusto, desagradable, apareció la sombra penosa de su recuerdo doloroso...

Vaciló un momento, bajó la cabeza, y después, con voz alterada, dijo:

—¿Quién soy yo?... ¡Ah!, usted quiere saberlo, y, sin embargo, cuando lo sepa, seguramente me arrojará de su lado, como el capataz esta mañana... ¿Es preciso que lo diga, verdad?... Bien; soy un licenciado de presidio... Acabo de cumplir diez años de condena por un delito que cometí en un momento de ceguera...; diez eternidades espantosas, que pesan sobre mi espíritu de un modo terrible... He pagado mi deuda a la justicia de los hombres, y ahora quiero ser bueno, honrado; quiero ganarme la vida con mi trabajo... Pero el capataz de sus obras me ha echado como a un perro, negándose a darme trabajo... ¡Con la falta que me hace!

Durante un momento, miré fijamente aquel semblante, que guardaba las huellas de grandes sufrimientos... Dí una palmada en el hombro de aquel hombre y le dije:

—Bueno; me pareces un hombre honrado, a pesar del presidio...; preséntate de nuevo al capataz y dile que te dé trabajo... Si se niega, dile que yo lo mando.

El hombre aquél me dió las gracias lleno de emoción, y, gozoso, se presentó al encargado de las obras.

Media hora después, el capataz, extrañado de mi mandato, quiso hacerme algunas consideraciones.

—Ese hombre no puede ser admitido — dijo. — ¡¡Es un presidiario!! — afirmó escandalizado.

—Lo sé, y tanto mejor, puesto que es más desdichado... Ese hombre debe vivir, quiere trabajar, puede de trabajar; nada más justo que se le dé trabajo...

—Pero es que los demás obreros no querrán trabajar en su compañía — insistió el capataz.

—Bien; el que no esté conforme puede abandonar el trabajo cuando quiera... En una palabra: yo lo quiero, y eso basta.

Y el capataz bajó la cabeza y obedeció mis órdenes. Aquel infeliz encontró en mí lo que tantos otros le habían negado... Quiso trabajar y trabajó...

Siempre recordaré sus facciones, puesto que a este hombre debo la mayor, la más sublime emoción de mi vida... Tendría unos cuarenta años, o quizá más; bajo, enjuto de carnes, pero fornido... Su mirada no tenía nada de tranquilizadora... Todo en él era repulsivo; inspiraba desconfianza y temor... Sólo su voz era suave, persuasiva, con acentos de humildad o de... hipocresía...

Y sin embargo...

Durante dos semanas trabajó en mis obras, el tendido de una línea de ferrocarril, con una laboriosidad y esfuerzo verdaderamente notables. Una mañana calurosísima hube de realizar una revisión de trabajos en lo avanzado de la línea, y llegadas las doce de la mañana me dispuse a descansar allí en el campo, a la sombra de los olivos.

Momentos después de abandonar los trabajadores sus tareas, la terrosa chaqueta al hombro y secando el sudor con sus pañuelos azulados, fueron formando pequeños grupos diseminados acá y acullá, buscando la sombra de los olivares y comenzaron a engullir sus yantares, pobres y escasos...

En un lugar algo distante del centro de aquellos grupos habíame cobijado yo, a la sombra de un grueso árbol. Y a pocos metros de distancia, sentado en una piedra, el presidiario roía lentamente un pedazo de pan, y de cuando en cuando llevaba a sus labios la bota del vino. Al verme se alzó respetuoso y después tornó a comer.

El calor era verdaderamente abrasador. Una ola de fuego surgiendo de las entrañas de la tierra reseca...

Y después de un rato, en que se oyeron las risotadas de los obreros terminando su comida, el trasegar, cantarino, del áspero mosto de la bota a sus gaznates en un glú-glú musical, el silencio se adueñó del campamento aquél, y uno tras otro, todos aquellos hombres fueron tumbándose sobre la roja tierra.

El presidiario había terminado también de roer su pan y vaciado su bota de vino, y desde la piedra en que se hallaba sentado, me miraba fija, torvamente, con su inquieta mirada de fiera en acecho...

Un pensamiento me llenó de sobresalto: la soledad del lugar...; aquel hombre allí, junto a mí...; su mirada inquisitiva que no se apartaba de mi persona...; todo esto me dió miedo, sí, lo confieso: sentí miedo... ¿No se fraguaría algún siniestro propósito dentro de aquella bronceada frente que oprimía la dureza de su ceño hosco, amenazante?...

Estuve tentado de levantarme e irme; pero un pensamiento me contuvo. En mi espíritu se desarrollaba una lucha entre la fantasía, que me presentaba un peligro terrible, y la razón, que me obligaba a guardar serenidad.

La fantasía me decía: "¡Huye; ese hombre quiere asesinarte! ¡Es un presidiario!" La razón, por el contrario, me decía: "Y si ese hombre no abriga ningún pensamiento malvado contra tí y tú huyes, ¿no le causarías una grave ofensa evidenciando así un hecho delictivo que no existía?"...

Y esta lucha de sentimientos, estas dos fuerzas impulsivas igualmente vehementes, pugnaban en mi cerebro en una de esas sordas luchas contra las cuales todo lo ha de hacer mi voluntad.

Y mi voluntad se impuso, domeñando mis ideas. Yo veía cerca de mí a aquel hombre; sentía toda la fuerza penetrativa de su mirada, que, como un extraño mundo de asechanzas y peligros, se cernía sobre mi cabeza... ¿Debía yo huir, esquivar aquella mirada para avergonzarme más tarde de mi debilidad, de mi cobardía?... ¡No, no!

Yo tenía que permanecer allí, sucediese lo que sucediese; confiado, sereno, aguardando impasible el golpe que el Destino me deparase... Pero, ¡ah!, nuevamente mis temores me hacían tender la mirada en torno, receloso de aquel hombre...

Empero, en esta lucha, como en tantas otras de mi vida, vencí...

Recliné la cabeza contra el tronco del árbol y me dispuse a dormir.

Y entonces sucedió algo inaudito, algo terriblemente hermoso por su grandeza: con los ojos profundamente apretados, pretendiendo vanamente dormirme, conteniendo los latidos de mi corazón, yo vi cómo el presidiario se levantaba de su tosco asiento, y lenta, muy lentamente, se aproximaba a mí, fulgurante su mirada horrenda, en la que brillaba no sé qué de monstruoso... Con los ojos de una visión interior, yo le veía avanzar cauteloso hacia el árbol, y en su ademán había toda la fiereza de una amenaza...

Sentí irresistibles deseos de gritar, de incorporarme y defenderme de aquel hombre que iba a matarme villanamente; pero un imperativo soberano enmudecía mi garganta y paralizaba mis movimientos... Me acometió el vértigo cuando, ya cerca de mi rostro, sentí el calor de su vaho, de su criminal aliento, y quise gritar... ¡Qué horrible, Dios mío, qué horrible momento!

Ya sentía el contacto de sus manos sobre mi cuerpo, y con los ojos cerrados veía la figura inclinada del asesino, dispuesto a asestarme el golpe fatal...

Y entonces, como si el cielo se abriese en el esplendor de su azul maravilloso, como si un coro de ángeles salmodiase en torno mío las más divinas estrofas del poeta mantuano, como si aspirase el más delicioso, el más exquisito de los perfumes, abrí los ojos dulcemente...

El presidiario había depositado sobre mi frente el beso de gratitud de un alma honrada, de un corazón lleno de santo reconocimiento...

Esta es la más sublime emoción de toda mi vida.

## PRIMAVERA ETERNA

El árbol viejo con hojas nuevas:
estos son tus misterios, Primavera!

Las ramas negras con flores blancas:
apercibe las alas, Esperanza!

Todo oloroso, todo florido:
cada año igual milagro en estos sitios!

Ya no habrá pérdida que me conturbe:
¡todo en el florecer se restituye!

Vamos amando, vamos viviendo:
sembramos a la par y recogemos!

Nada nos duela, démoslo todo:
también el bosque desnudó sus troncos!

Y estaban tristes, y estaban negros,
y con la tierna flor se han hecho tiernos.

Hoja por hoja lleven los días
nuestras dos juventudes a su ruina.

Que no por tristes, que no por viejos
esta pompa de flores perderemos!

EDUARDO MARQUINA.

### LAS FLORES RARAS

Según se anuncia, en Port-Arthur (Ontario), dos señores llamados Guillermo Gray y Guillermo Morris, durante una excursión de pesca que han hecho a Pearl, han encontrado unas orquídeas de una especie tan rara y tan magnífica, que cada uno de los bulbos vale 100 dólares.

Numerosas personas han salido para procurarse ejemplares de dichas flores.

Gray y Morris han traído varias de las citadas orquídeas y semillas de las mismas para plantarlas en un jardín de la nombrada ciudad.

Han dicho que también han visto otras muchas flores extrañas, desconocidas completamente de los botánicos, y de una belleza tan extraordinaria que su cultivo enriquecería a los que se dedicaran a él.




# SINTÉTICAS

## EL TIRO POR LA CULATA

*Mussolini acaba de ser objeto de un nuevo atentado criminal, pero el destino decidió torcer, otra vez, el bárbaro impulso agresivo y el "Duce", ascendido a otro peldaño de su pedestal, se yergue firme e inconmovible en su ruta.*

*La peregrina estupidez de querer destruir las ideas con dinamita, sigue dando sus frutos en sentido perfectamente inverso. Después de estallar la bomba, han aumentado considerablemente los partidarios y las simpatías hacia el dictador de Italia, se ha fortalecido su autoridad y agrandado su figura política y, como corolario, es casi seguro que será implantada la pena de muerte en los dominios de Víctor Manuel III.*

*Por lo demás, y como casi siempre sucede, la ciega máquina infernal destinada a concluir con la vida de Mussolini, cumplió tan bien su misión, que dió, como único resultado positivo, dejar acribillado, entre otras varias inocentes víctimas, a... un barrendero municipal.*

## RASGO ELOCUENTE

*Hace pocos días, un principio de incendio surgido en una de las dependencias del edificio del Congreso Nacional, amenazó con reducir a cenizas el suntuoso palacio legislativo. Dominado, a tiempo, el siniestro, pudo comprobarse después que el origen del hecho se debió a haberse producido un corto circuito; es decir, que el fuego surgió en forma completamente espontánea y con todos los caracteres de un auto de fe voluntario.*

*Analizando el caso, dijérase que, en muchas ocasiones, las cosas inanimadas demostraran tener plena conciencia del propio valer.*

## DEL DICHO AL HECHO NO EXISTE TRECHO

*Nizam el Hyderabad, poderoso príncipe de la India, es un señor que se distingue porque ejerce el más apropiado sistema, para el cobro compulsivo de los impuestos que deben abonar sus súbditos. El método de referencia consiste en despojar de sus ropas al contribuyente moroso y someterlo, durante cierto número de horas, a la acción de los rayos solares, cuyas calorías en aquel bendito suelo, acusan unos 60 grados termométricos en tiempo fresco. Se ha dado el caso de que, cuando algunos deudores fueron retirados de esta incineración al aire libre, tenían la piel llagada en grandes trozos.*

*Indudablemente, el procedimiento será muy duro, pero sirve al príncipe Nizam el Hyderabad, para justificar el dicho de que "los impuestos salen del cuero de los contribuyentes".*

## COMPENSACIONES

*Según informaciones procedentes de Lima, la asociación de damas peruanas envió al Congreso un memorial en el cual se solicita la organización del servicio militar femenino.*

*Mientras los hombres andan entretenidos con las "ligas" y con las cuestiones que atañen a la paz universal, es muy lógico que las mujeres se preocupen de las armas y de lo que concierne a la guerra, porque con ello, no sólo se confirma la verdad de la llamada ley de compensación, sino que se demuestra la regularidad de otro fenómeno no menos cierto, e igualmente con caracteres de norma constante e invariable: el de la perfecta divergencia de pareceres entre los dos sexos.*

## DURA LEX

*En Tekamah, (Nebraska), reina intensa agitación pública, porque un juez ha dictado una sentencia condenando a un centenar de personas que violaron los preceptos de la "ley seca", a permanecer encerrados, durante veinte días, sin poder probar otro alimento que pan y agua.*

*La general indignación que el fallo ha producido, parecería que fuese provocada por la severidad de la pena, pero en rigor de verdad, no es así; la protesta no va encaminada contra los veinte días de encierro, ni contra la obligación de comer solamente pan, sino que es motivada por la afrenta que supone la imposición de un elemento como el agua. ¡Eso es ya demasiado!*

# LA LIGA

**Por Alberto Insúa**

*(Ilustraciones de Ramírez)*

I

Al día siguiente de una "comida de negocios", Alvaro se levantaba tarde. Cuando Eloísa descorrió del todo las cortinas y abrió de par en par las maderas del balcón, el sol formó un cuadro luminoso en la alfombra y fué a quebrarse en las plegadas ropas del lecho recientemente abandonado.

En la alcoba, confortable y lujosa, con sus muebles de limoncillo estilo Imperio, reinaba ese simpático desorden "del despertar". Eloísa tuvo que hacer algunos trasiegos de ropas para dejar libres los dos silloncitos tapizados de damasco oro viejo antes de colocarlos frente a la mesita que sostenía el servicio del desayuno.

Alvaro apareció, al fin, tomada ya su ducha y envuelto todavía en su albornoz de felpa. Eloísa vertió la leche y el café y puso manteca en las tostadas.

—¿A qué hora viniste anoche? —inquirió, entre un sorbo de café y un mordisco de pan. — No te sentí.

—Serían las dos menos cuarto —respondió Alvaro.— Estabas tan dormida, que me dió pena despertarte. Me desnudé a oscuras.

—No sé si agradecértelo — replicó Eloísa con una sonrisa picaresca; — a lo mejor lo hiciste porque venías cansado y no tenías gana de conversación.

Alvaro dejó su taza mediada sobre el plato, y sonrió también.

—¡Qué mala eres! De sobra sabes tú que deseo siempre conversar contigo.

Y deslizando la mano entre el azucarero y la bandejita de las tostadas, buscó la de su esposa.

—Por lo menos, cuéntame — dijo ella. — ¿Qué tal estuvo la comida? ¿No me trajiste el menú? ¡Distraído!

Eloísa y Alvaro no tenían hijos ni preocupaciones económicas. Quizá a esto debiesen el conservar intacta la ilusión de la primera época a los tres años de casados.

—Pues mira, ¿sabes que no me acuerdo de lo que comimos?

Y Alvaro se quedó un segundo inmóvil, fijos los ojos, haciendo un esfuerzo de memoria.

—Espera; creo que ternera asada..., con una de esas salsas...; langosta..., un puré...

—¡Vamos! — interrumpió Eloísa con una carcajada. — Y ¿os lo sirvieron en ese orden? Una comida curiosa. Empezarías por puro, café y helado... ¡Eres el único, Alvarín mío!

Había dejado su silloncito. Y como él la mirase con cierta sonrisa, sólo de los ojos, mientras fruncía ligeramente los labios, ella se inclinó y le rodeó el cuello con los brazos.

—¡Goloso! — riñó, entre risas, al desprenderse. — Pones tanta azúcar en el café con leche que sabe a pastillas de Logroño.

Y se dirigió al armario para sacar unos calcetines.

Alvaro empezó a arreglarse con movimientos rápidos y ágiles. Era uno de esos hombres — su mujer lo pensaba, aunque no pudiese hacer comparaciones — que no parecen ridículos en ningún momento de su "toilette". No es que Alvaro fuese un Adonis precisamente, pero sí bastante guapo. Eloísa se había prendado, antes que de sus cualidades morales, que eran muchas y buenas, de sus ojos negros y profundos, de su perfil enérgico, de su boca grande, fuerte y limpia y, sobre todo, de "su buena figura".

Aquella "buena figura" que aún admiraba, mientras iba preparándole la ropa, y cuyo recuerdo, cuando estaba ausente, le hacía sentir unos celos vagorosos y abstractos.

—Oye — le dijo de pronto: — ¿qué has hecho de una de tus ligas? No encuentro más que ésta.

Agitaba una liga de hombre. De esas que tienen resorte para morder el calcetín, y su broche para adaptarse a la pierna. De seda elástica. Una liga, ¡en fin!, como todas las ligas de los caballeros que usan calzoncillos cortos.

—¡Ah!, pues no sé... — respondió Alvaro, que estaba atándose un zapato. — Yo dejé ahí las dos.

—Ahí, ¿dónde?

—En el silloncito que está de mi lado... Con todo lo demás.

—Pues todo lo que estaba en el sillón lo he puesto yo aquí, sobre la cama, y no hay más que una liga.

—Tiene que estar la otra, mujer. No habrás mirado bien.

Y marido y mujer movieron y removieron las ropas, las almohadas y los colchones; miraron debajo de la cama y debajo del armario... Eloísa miró hasta el techo, como si la liga, reptil de goma, hubiera ido a enroscarse en el friso.

Nada. La liga no parecía.

—Es extraordinario—decía Eloísa. — Sólo yo he andado aquí...

—¿Qué pasa? — inquirió desde la puerta la madre de Eloísa.

—Nada, que se ha perdido una liga de Alvaro — respondió ésta. —Y no me lo explico, porque nadie ha entrado aquí esta mañana.

—La habrá perdido en la calle —dijo doña Ana, con una sonrisa ambigua.

Alvaro no se perdió en explicaciones. La suposición era tonta. El que los dos broches de una liga se desprendan solos es muy difícil; pero, aun dándose este caso, ¿cómo no haberlo advertido? Se le habría rodado el calcetín. No; recordaba *perfectamente* haberse quitado las dos ligas y haber pasado la mano sobre la huella que deja la presión del elástico en la piel.



—Oye — le dijo de pronto: — ¿qué has hecho de una de tus ligas? No encuentro más que ésta...

No obstante, Alvaro, recto y prolijo en todos sus asuntos, era en la vida íntima bastante desordenado, de esos que nunca han contado el número de sus camisas, y de los que no hacen una cuestión de gabinete de la pérdida de un pañuelo. Recordó que tenía un par de ligas sin estrenar, y como le pareciese que ya se le había dado demasiada importancia al extravío de una usada, concluyó:

—Bueno; ya parecerá, si quiere... Después de todo, ya estaban bastante viejas.

Terminó de vestirse. Antes de almorzar debía pasar por el Banco donde realizaba sus operaciones de Bolsa, y salió tarareando una canción.

Cinco minutos después ya no se acordaba del incidente de la liga.

II

Pero Eloísa no pudo olvidarlo. Sin saber por qué, la pérdida de la liga la preocupaba. Revolvió la casa entera.

—Tiene que parecer... — repetía, sofocada por el ajetreo. — Tiene que parecer...

Doña Ana, que seguía sus evoluciones con mirada irónica, dijo al fin:

—No te canses más, tonta. ¿Cómo quieres que parezca... aquí, lo que se perdió... allá?

—*¡Allá!* ¿Dónde?

—¿Cómo quieres que yo lo sepa? El es quien debe saberlo... ¡Vaya! Mira cómo le ha quitado importancia a la cosa, porque sabe que yo no soy tan niña como tú.

—Pero, mamá, ¡si nunca se enfada cuando se pierde algo!... No hace mucho se extraviaron los dos cuellos de una camisa de seda. Quedó incompleta, y no me armó por eso ningún escándalo...

—No; si tú siempre encuentras disculpas y modos de justificar a ese que tú crees un mirlo blanco, y que es como todos... Ahora, que si no abres hoy los ojos, es que estás ciega... Tú has creído en esas "comidas de negocios", que, además, son cada día más frecuentes. Tú no has comprendido aún las causas que le hacen no despertarte cuando vuelve a las tantas...

—¡Mamá! — protestó Eloísa.

—Tú no ves que te engaña...— prosiguió, implacable, doña Ana.— Vamos... Sería el primero...

—No puede ser, mamá; no puede ser — se defendía Eloísa, sintiendo las lágrimas en los ojos.

—Pues yo te digo que es.

Era tan categórico el tono de doña Ana y estaba Eloísa tan acostumbrada a aceptar todo lo que su madre dijese como artículo de fe, que terminó por convencerse de que Alvaro la engañaba.

¡Alvaro la engañaba! ¡Alvaro, el hombre en quien ella había puesto todo su cariño, toda su fe! El dolor que esta convicción le produjo fué otra revelación, porque Eloísa no había sufrido nunca.

Hasta entonces, todo en su vida había sido risueño y fácil. Hija única, idolatrada por su madre, fué en manos de ésta una muñeca. Casi desde la cuna, doña Ana tuvo un extraño poder de sugestión sobre su hija. Y más tarde, el carácter de ésta no llegó a definirse. La voluntad de Eloísa era su madre. Eloísa no era, por decirlo así, más que un reflejo juvenil de doña Ana. "Ahora ve a jugar... Ahora estudia... Ahora vístete, que vamos a salir... Ahora alégrate, porque yo estoy alegre... Ahora llora, porque yo estoy triste..."

Y Eloísa obedecía. No por docilidad natural, ni por persuasión, sino porque realmente el deseo que expresaba su madre era en el acto su deseo, como si sus facultades de pensar y desear estuviesen en la mente y en el espíritu de su madre.

A su padre apenas lo había tratado. Murió cuando aun era ella niña, y doña Ana conservaba de él un recuerdo muy tibio. Mucho tiempo después, cuando Eloísa tuvo por fin criterio propio, pudo colegir, "atando cabos", que el matrimonio de sus padres había sido una de esas uniones sin adhesión

espiritual, en las que, tras el hastío de la carne, sólo queda un afecto bastante tenue, sin fuerza para caldear una casa.

Cuando llegó para Eloísa la época de pensar en el matrimonio, fué también su madre la que empezó a pensar por ella. Eloísa era bonita, elegante y no pobre. Los pretendientes llovieron. Doña Ana los rechazaba como los modelos "chez madame Martin". Y así como en casa de la modista decía, refiriéndose a los vestidos: "Este hace un pliegue. Ese te engorda... Aquél tiene las mangas demasiado cortas...", así les encontraba defectos a todos sus aspirante a yernos.

"¿Médico? De ningún modo: no me gustan... ¿Militar? ¡Vamos! Que se le quite de la cabeza..."

Pero apareció Alvaro Sardá. Esta vez experimentó Eloísa una inquietud extraña y desconocida, mientras esperaba el fallo de su madre. Fué favorable. Realmente, Alvaro Sardá, reputado excelente muchacho, rico por su casa e inteligente, a la par que honrado para los negocios, era, sin discusión, "un partido". Además, Eloísa tenía ya veintidós años y no era cosa de dormirse. Alvaro obtuvo el *exequátur* de doña Ana.

Entonces empezó Eloísa a sentirse en cierto modo independiente de su madre. Comprendía que doña Ana no podía querer a Alvaro como le quería ella; que la mirada de Alvaro no podía turbarla como la turbaba a ella; que el roce de la mano de Alvaro sobre su mano no podía hacerle la misma impresión que a ella...

Sin embargo, Eloísa no tuvo absoluta conciencia de su personalidad hasta después del matrimonio. Fué también entonces cuando comprendió "del todo" lo que era amor. Y como en un carácter y un temperamento del estilo de los de Eloísa no podían existir las mediatintas, ni reservas mentales, quiso a su marido "de una vez".

No por esto relegó a su madre en su corazón y a segundo término. La quería lo mismo que antes, y seguía, por costumbre, haciendo su voluntad, siempre que no se contrariase con ello la de Alvaro. Afortunadamente, éste era un "santo". No había sido preciso forzarle para que aceptara vivir con la suegra, y en la vida familiar era de una corrección y de una complacencia encantadoras.

Doña Ana no podía encontrar en su yerno más que un defecto: el de "acaparar" excesivamente a su hija. Esos amores "de novela" no los concebía ella en la vida real.

—Te dejas engatusar demasiado por él... — le decía a Eloísa. — Y a mí, en cambio, ya no me quieres.

—¡Qué cosas tienes, mamá! ¡Si es un cariño tan distinto!

—Distinto, sí; pero que ocupa demasiado tu corazón.

—Yo creo que el cariño a un hombre con quien ha de compartirse todo en la vida, nunca puede ser demasiado.

—¡Ah!, si ellos quisieran igual...; pero todos son unos hipócritas.

—Alvaro, no.

—¿Tú qué sabes? Es posible que hasta ahora... Pero no te fíes: vive prevenida... Queriéndole un poco menos, sufrirás menos también si llega el caso...

El pesimismo y la desconfianza de doña Ana no encontraban eco en Eloísa. Su cariño por Alvaro estaba lleno de fe. Y si alguna vez pasaban rozándola los celos, eran unos celos especiales, no inspirados por la idea de que él pudiese mirar o admirar a otras mujeres, sino por la de que otras mujeres le mirasen o admirasen a él.

Nunca cruzó por su mente la sombra de una sospecha, y se reía de las de su madre. La pobre doña Ana, Eloísa lo observaba, le tenía un poco de enemistad a Alvaro porque, según ella, le arrebataba el cariño de su hija. Eso era todo.

Por desgracia "eso" no había sido todo. Su madre tenía razón. Eloísa se daba cuenta, al fin, ante la "prueba". Doña Ana argumentó con tanta lógica, que la pobre



—¿Tú qué sabes? Es posible que hasta ahora... Pero no te fíes: vive prevenida... Queriéndole un poco menos, sufrirás menos también si llega el caso...

Eloísa obtuvo el convencimiento de su desgracia.

Antes, claro está, no podía imaginarse nada. Ahora, la liga perdida le hacía "ver" algo espantoso: Alvaro despojándose de su ropa en... "otra parte"... Y se tapaba los ojos, ardorosos de lágrimas, para "no ver"...

—¡Qué desgraciada!... ¡Qué desgraciada soy!... — gemía.

Doña Ana, sintiéndose otra vez dueña de su hija, la consolaba:

—¡Bah! No tanto... ¡Si todas las mujeres fuesen a echarse a morir por eso!

—Pero, ¿y ahora, mamá? ¿Qué hago yo ahora?...

Doña Ana titubeó un instante, desconcertada.

—¿Ahora? Nada. Es decir, ahora tener cogido a ese hipócrita, que es como todos, y...

—¿Y dedicarme yo también a perder ligas por ahí? — preguntó Eloísa, sin saber bien lo que decía.

—¡Estás loca!—exclamó su madre.—Precisamente, tú tienes sobre él la superioridad de la virtud y derecho para despreciarle... un poco...

Eloísa no respondió. Lloraba la pérdida de la liga.

Doña Ana no advirtió que había ido demasiado lejos...

III

Alvaro tardó algún tiempo en darse cuenta de lo que significaba la actitud, un poco anormal, de Eloísa. Estaba pálida; con frecuencia veía en sus ojos huellas de lágrimas. Por las noches, en la intimidad conyugal, alegaba jaquecas o cansancio...

Al principio, Alvaro creyó que se trataba de un acontecimiento muy deseado por entrambos, y esperaba la noticia que confirmase sus conjeturas. Pero empezó a notar algo raro en el ambiente de la casa. Reticencias, medias palabras incomprensibles, gestos de desdén o de repugnancia... Hasta que comprendió que "todo aquello venía por lo de la liga". Entonces, Alvaro alzó los brazos y alzó la voz:

—¡Esas sospechas son estúpidas, absurdas!...

Y tan absurdas le parecieron, que no se molestó en exponer razones para destruirlas.

Hizo bien: no lo habría conseguido. Porque Eloísa, ni dudaba ni sospechaba de él. "Estaba segura" de su traición.

Alvaro se retrajo a su vez. Le ofendía, le hería casi aquella falta de confianza. ¡Tan tranquila como estaba su conciencia! Y entre los esposos hubo una tirantez que sólo unos meses antes habría parecido imposible.

Por las noches, insomne, junto a Eloísa, que ya no se acurrucaba contra él, y que, guardando una "prudente" distancia, dormía o fingía dormir, Alvaro recordaba.

Recordaba su juventud, aún cercana, que se había deslizado amable y afortunada, entre el trabajo y el placer limpio, hasta que surgió el amor. El amor había sido Eloísa. Recordaba su gran alegría, su dulce alegría, al descubrir en aquella criatura, deliciosamente bella, un prodigio de inocencia. Porque doña Ana había logrado conservar casi completa la inocencia de su hija. ¡Con cuánta emoción, con cuánto temor, con cuánto cuidado había ido Alvaro descorriendo los velos del misterio ante su esposa! Y ¡cómo iba sintiéndola cada vez más suya!...

Alvaro había sabido estimar en su justo valor lo que poseía. Por otra parte, estaba profundamente enamorado de su mujer, y como a su temperamento "muy normal", no le seducían "las mezclas", no pensó siquiera en la posibilidad de engañarla. Por eso encontraba inexplicable la actitud de Eloísa, hasta que el gesto triunfante de su suegra le dió la clave del enigma.

Antes de esto había notado Alvaro que doña Ana "no le adoraba precisamente", y aunque jamás hubo el menor choque entre ellos—ambos eran bien educados,—lamentó la convivencia. Pero ¿cómo no tolerarla? Sabía que la proposición de separarse de su madre le habría parecido a Eloísa tan absurda como la de que se desprendiera voluntariamente de un brazo o de una pierna. No se lo propuso. Además, "los celos" de doña Ana le parecían naturales; no le inquietaban, y hasta le hacían encontrar en sus amores — porque sus amores con Eloísa habían empezado realmente con el matrimonio — un encanto especial.

Con frecuencia "hacían novillos". Sin avisar hasta última hora, se iban a comer fuera. Sin la presencia de doña Ana, las comidas — siempre en reservado — eran deliciosas. Eloísa podía ofrecerle una uva con sus dientes, y, entre sorbo y sorbo de *champagne*, los besos tenían algo de frenesí, de locura... Algunas veces el *champagne* les había inspirado "verdaderas locuras". Una noche durmieron en un hotel.

## ANÉCDOTA

*—¿Cuál es la nación que, a su juicio, tiene más vitalidad?—preguntábanle cierta vez a Bismarck.*

*—La España—contestó resueltamente el estadista genial.*

*Las personas que lo rodeaban, que eran diplomáticos de todos los países, se quedaron atónitos. ¿Podía España tener más vitalidad que Inglaterra, la férrea organizadora; que Alemania, la laboriosa; que Francia, la creadora? Imposible...*

*Se atrevieron a preguntarlo.*

*—Porque un pueblo—respondió Bismarck—que ha soportado guerras interminables, revoluciones, invasiones, delirios religiosos, pésimos gobiernos, desastres económicos, militares y políticos, y aún se agita ilusionado, y habla de renovación y porvenir, es el pueblo que guarda en sus entrañas la mayor vitalidad del mundo.*

Por lo visto, doña Ana, que se encontraba demasiado pospuesta a su yerno en el corazón de su hija, halló en el incidente de la liga un medio de recuperar su predominio.

Alvaro acabó por comprender que Eloísa era realmente una víctima, no de un marido falso, como ella creía serlo, sino de una madre egoísta, que utilizaba un poder de sugestión sobre su hija para monopolizar el cariño de ésta.

—¡Pobrecita! — pensó Alvaro. — Después de todo, yo no he debido de indignarme tanto... El desvío no es precisamente la manera de sacarla de su error... Resulta muy doloroso, claro está, que teniendo la conciencia tranquila... Pero esta situación no puede ser eterna.... Soy yo el que debe ceder. Mientras me vea serio acentuará su retraimiento...

IV

Era ya muy avanzada la noche. Ningún ruido. En la alcoba, tenuemente aclarada por la luz de una lamparilla que ardía a los pies de una imagen, sólo se oía el tic-tac del reloj de la mesita de noche, y la respiración, un poco desigual, de Eloísa. Alvaro, que estaba tendido sobre la espalda, se volvió hacia ella. Suavemente fué deslizando una mano; después, el brazo, entre su nuca y la almohada. Con el otro le rodeó la cintura y la atrajo, hasta que sus cuerpos estuvieron unidos. Entonces con los labios muy cerca del oído de ella, murmuró:

—Pero, Eloísa, nena, ¿qué tienes? ¿Por qué estás así conmigo?

Eloísa hizo un movimiento para desprenderse del abrazo. El la sujetó:

—¡Vamos!... ¿No terminará esto? Quería ver hasta dónde llegabas en tu tontería; pero como temo que vas a llegar al divorcio, he claudicado... Escucha, Eloísa: no seas niña; piensa un poco con tu cerebro, no con el de tu madre... ¿Tú crees que tienes motivos para dudar de mí? ¿Tú no me conoces después de tres años de matrimonio? ¿Tú no sabes que en todos los casos detesto la mentira y el fingimiento? Tú sabes que lo sacrifico todo a la verdad, y que todo el oro del mundo no me haría dar un paso fuera del camino recto. Sin ir más lejos, me has visto rechazar negocios de pingües ganancias porque no eran absolutamente limpios. Debes conocerme, tienes que conocerme. ¿Cómo puedes creer que yo tenga aventuras?... Las tuve cuando era libre y no podían perjudicar a nadie. Pero, además, no es sólo la idea del deber lo que me aparta ahora de ellas: es que te quiero a ti, Eloísa, y ninguna otra mujer puede despertar en mí el más leve deseo.

Eloísa escuchaba inmóvil, entre los brazos de Alvaro.

—¿No dices nada? ¿No me crees?

Al fin, en una voz velada de lágrimas, respondió ella:

—Sí, te creo; si no he dejado nunca de creer que me quieres; pero... los hombres tenéis una elasticidad de corazón... El querer mucho a una mujer no os impide...

—Y tú, ¿por qué sabes eso?

Eloísa, un poco desconcertada, balbuceó:

—Lo dice... todo el mundo...

—Lo dice tu madre — dijo Alvaro, exasperado. — Y no sé qué le he hecho yo a esa señora para que se empeñe en complicarme la vida... ¡Los hombres!... Yo no soy "los hombres"; yo soy "uno" nada más... Y "uno" que quiere a su mujer y que desde que se ha casado no ha tenido con las otras mujeres más trato que el social... ¡Tiene gracia! Y todo porque se me ha extraviado una liga, aquí, en casa. Estoy absolutamente cierto de que ha sido en casa... Y vamos a ver: ¿por qué ha sido necesario que se pierda la liga para que se dude de mí?

—Yo no podía figurarme nada... antes...—sollozó Eloísa.

—Pero, ¿por qué? — insistió él.

—Qué sé yo; porque no hubo un motivo así...

—¡Un motivo así!... Mira, Eloísa: eres una criatura... Merecías unos azotes... Esto tiene que terminar, ¿oyes? Vas a desechar esas dudas ridículas, vas a creer en tu marido y vamos a seguir queriéndonos. ¡No faltaba más!...

Las últimas palabras fueron pronunciadas entre besos. Eloísa no se defendía. El contacto de Alvaro la electrizaba. Por eso lo había evitado en los últimos días. Sabía que habría de serle imposible resistir a sus caricias, por muy quejosa que estuviese de él.

Aquella noche se amaron más arrebatadamente que nunca. Sin palabras. Hasta entonces, Eloísa había hablado siempre en los momentos de amor. Frases de ternura, blancas e ingenuas, que purificaban — según Alvaro — ciertos excesos del placer. Aquella noche se amaron como amantes.

V

La vida mejoró, sin duda, pero no volvió a ser un idilio. Eloísa no había dejado de querer a Alvaro, pero ya "no le quería como antes". Su cariño había perdido lo que le hacía más grande y poderoso: la fe. Eloísa quería creer en Alvaro, pero...

El terrible "pero", que es una sutil fuerza destructora.

—Puede que no me engañe — pensaba Eloísa, — "pero" también puede que sí...



—¿No te gustaría que fuésemos a París, durante una temporada? Me han propuesto un destino en una casa de banca...

Y algo superior a ella misma, el microbio de la duda, que había hecho presa en su espíritu, la inclinaba al "sí".

En todo veía, mejor dicho, creía ver, indicios reveladores de "su desgracia". Por la calle, Alvaro no podía dirigir un instante sus ojos hacia una mujer, sin que Eloísa se preguntara: "¿Será esa?".

"Esa" era la rival imaginaria que le robaba el cariño de su esposo.

Y el pobre Alvaro tuvo que resignarse a vivir en medio de una fiscalización constante. Eloísa se enteraba de todos sus ingresos, y exigía una nota de gastos: lo que él nunca le había pedido a ella. Eloísa registraba las gavetas de su escritorio, sus bolsillos y su cartera. Eloísa abría las cartas al vapor: se notaba, aunque lo hacía muy bien. Eloísa, en fin, se estaba poniendo "odiosa".

Alvaro se armaba de paciencia.

—No tiene ella la culpa—se decía;—su madre la ha trastornado.

Y como deseaba reconquistar la confianza de su mujer, demostrarle la calidad noble e invariable de su pasión, redujo las comidas de negocios, despachó éstos con más rapidez que nunca, se enclaustró casi... Quería abrumar a su suegra a fuerza de rectitud.

Adelantaba poco, más bien, nada. Seguía sintiendo a Eloísa muy alejada de él espiritualmente. Aquella dulce compenetración que antes existiera entre ellos había desaparecido. Más que una amiga comprensiva y sincera, era Eloísa una adversaria. Le escuchaba, queriendo espiar en sus palabras una entonación de falsedad o una distracción que "le delatase".

Sin embargo, cuando el cuerpo juvenil de Eloísa despertaba en sus sentidos la apetencia amorosa, iba hacia ella. Eloísa no le rechazaba nunca. No podía rechazarle... Pero había en su actitud tal inhibición del espíritu, tal abandono al instinto, tal frenesí meramente corpóreo, que el placer, en sus brazos de esposa, le recordaba, con amargura y quizá con asco, el placer venal. No. Con Eloísa el placer sin alma no era placer.

Entonces, por las noches, cuando ella, apelotonándose contra él, silenciosa e insinuante, solicitaba sus caricias, "él fingía dormir, dormir, en un sueño profundo e invencible.

Ella interpretaba a su manera aquel sueño: volvía extenuado de los brazos de otra...

VI

Entristecido y repugnado, intentó distraerse. Reanudó sus comidas de negocios y se dedicó a éstos con más interés que nunca. Paraba en su casa lo menos posible. Y salía todas las noches.

Pero esto no le compensaba del desastre sentimental. ¡Aquélla doña Ana! Sin ella tal vez pudiesen ser otra vez felices, Eloísa y él.

Tuvo una idea que le pareció salvadora.

—¿No te gustaría que fuésemos a París durante una temporada? Me han propuesto un destino en una casa de banca.

—Mamá no está para muchos trotes, — dijo Eloísa titubeando.

—Es que iríamos tú y yo solos. A un hotel. Así descansarías de la casa, de las criadas.

—¡Dejar a mamá! — exclamó Eloísa. — ¡Estás loco!

Y no fué posible convencerla.

Eloísa habló de la proposición de Alvaro con su madre.

## FRAGMENTO

*Casi nunca los que predicen el porvenir logran enriquecerse; pronto se descubre la supercheria del oficio, y su impostura los hace odiosos; pero fueran más aborrecibles aún si verdaderamente adivinaran el porvenir. La vida del hombre sería intolerable si conociera lo que le ha de suceder. Al descubrir los males futuros harianle padecer por anticipado, y no podría gozar las felicidades presentes si no ignorara su próximo fin. La ignorancia es condición indispensable para la dicha de los hombres, y es preciso reconocer que solemos tenerla completa. Ignoramos casi todo lo nuestro y todo lo de los otros; nuestra ignorancia nos permite vivir tranquilos; la mentira nos ofrece la felicidad.*

ANATOLE FRANCE.

—¿Ves? — dijo ésta indignada y en tono trágico. — Quiere separarte de mí, porque le ha visto las orejas al lobo. Sabe que sin mi auxilio podría hacer de ti lo que se le antojase. ¡París! ¡Dios mío! Ese centro de corrupción, en donde se hace de todo y en donde no hay medio de descubrir nada. Una casa... "de esas" en cada esquina, y de las que tienen dos salidas, a millares. ¡Figúrate para lo que querrá ir ese hipócrita a París! Si no se lleva "alguna" de aquí, no tardaría mucho en encontrarla allí... Y tú encerrada en la habitación de la fonda, mientras don Juan Tenorio... ¡Qué horror!

Y Alvaro advirtió que la tirantez aumentaba. Sus palabras eran acogidas con tosecillas dudosas, o con ciertas sonrisas cambiadas entre madre e hija. Pero todo esto y lo anterior había de resultarle pálido con lo que le sucedió después.

Una tarde, al salir de la Bolsa, su mirada tropezó con la de un individuo que parecía fijarse atentamente en él. No le concedió importancia a lo que seguramente no era sino simple curiosidad. Sin embargo, después de atravesar la plaza de Cánovas y seguir parte de la Carrera de San Jerónimo, al doblar la esquina de Cedaceros, advirtió que por la otra acera caminaba, mirándole, aquel hombre. También esta vez pensó en una coincidencia. En el resto de la tarde no volvió a verle, ni se acordó más de él.

Aquella noche, la actitud de las dos mujeres fué más estirada que nunca. Durante la comida no cesaron de cambiar frases de doble intención acerca de las costumbres de los maridos. Alvaro estuvo a punto de perder la paciencia. Logró contenerse; quería "apabullarlas" a fuerza de impasibilidad. Ignoraba que muy pronto habría de adoptar una resolución enérgica.

La tarde del día siguiente, al salir de la Bolsa, por una de las aceras del Palace, vió de nuevo al "hombre de la víspera". Era buen fisonomista y lo reconoció en seguida.

—Es curioso — se dijo; — este señor y yo coincidimos siempre.

Pero de pronto tuvo una sospecha. ¿No estaría aquel hombre encargado de seguirle?

Había llegado a las Cuatro Calles. El hombre proseguía por la acera de enfrente, dirigiéndole miradas cautelosas. Alvaro se afianzó en su sospecha. Eran ya demasiadas casualidades. De todos modos, quiso cerciorarse, y, rápidamente, combinó una estratagema para desenmascarar al presunto espía.

Entró en la calle del Príncipe, y no volvió la cabeza hasta la plaza de Matute. Allí se detuvo frente a un escaparate. En efecto, el hombre estaba a pocos pasos de él. Atravesó entonces la plaza y se dirigió a la calle de las Huertas, mirando con disimulo a los balcones de las casas. Al fin encontró lo que buscaba. En el piso segundo de un inmueble de apariencia modesta, uno de los balcones tenía sujeto a los hierros de un ángulo un cuadro de tela blanca. Era una casa de huéspedes. Alvaro entró resueltamente en el portal. Subió al segundo. Llamó. Le abrieron. Pidió que le enseñasen la habitación que se alquilaba y, una vez dentro, se acercó al balcón y miró. En la calle, frente a la casa, el espía — ya no quedaba duda de que lo era — tomaba notas en un "carnet".

—No me conviene la habitación, señora — le dijo Alvaro a la patrona, que miraba con cierto asombro su gabán de pieles.

—Usted perdone — añadió al salir.

Al poner el pie en la calle vió que el polizonte se alejaba. Sin duda creía que él iba a estar más tiempo en la casa. Entonces fué Alvaro el perseguidor. Apresuró el paso, alcanzó al espía y asiéndole por un brazo le dijo, no sin violencia:

—A ver, dígame, ¿quién le ha mando que me siga usted?

El hombre se volvió sobresaltado, y sus ojos se redondearon de asombro o de pavura al reconocer a Alvaro.

—¡Caballero!...

—¡Qué caballero, ni qué!... — interrumpió Alvaro. — ¿Quién le ha mandado a usted que me siga?

—Está usted equivocado, se lo aseguro... — insistió el otro.

—Pues deme usted el cuaderno en que acaba de tomar notas...



Apresuró el paso, alcanzó al espía y asiéndole por un brazo le dijo, no sin violencia: — A ver, dígame: ¿quién le ha mandado que me siga usted?...

Alvaro seguía sujetando al hombre por un brazo.

Sus labios temblaban de indignación, y las palabras salían de ellos sibilantes.

—¿Quiere usted decirme quién le ha mandado seguirme? — repitió por tercera vez, sacudiendo violentamente el brazo del espía.

—Por favor, caballero, no me pierda usted — suplicó éste espantado. — A la agencia han ido dos señoras... Una vieja y otra joven... La joven, ni muy alta ni muy delgada..., morena..., de ojos negros, muy grandes... Eloísa creo que...

—¡Basta — gritó Alvaro, — pues dígale usted todo lo que sepa!

Y se alejó, dejando estupefacto al polizonte.

Alvaro estaba furioso. Aquello no podía tolerarse. ¡Ponerle un espía! ¡A él, que era la rectitud misma!

En un instante sintió que se definía en su espíritu el nuevo sentimiento que le inspiraba Eloísa. La injusticia, la obcecación absurda de su mujer, habían llegado a hacérsela odiosa.

—Ahora mismo se concluye todo. No aguanto más... ¡Que se la guarde... esa señora...!

Así pensaba al subir la escalera de su casa. Había rechazado el ascensor. Pero como preguntase por la señorita a la doncella que le abrió la puerta, ésta le dijo:

—Ha ido al teatro con la señora.

Alvaro entró en su despacho. Puso el sombrero sobre una mesa y se dejó caer en la butaca más próxima. Se alegraba de no encontrar a Eloísa. Odiaba las escenas violentas; por eso las había evitado hasta entonces. Pero estaba demasiado ofendido y no podía callar más. Habría, pues, escena: la primera y la última. Alvaro pensaba que cuando entre dos esposos empiezan las escenas, hay una que es la definitiva, la de la ruptura. El había llegado a ésta al través de las anteriores, no "representadas", por decirlo así, pero que habían flotado en la atmósfera de su casa, como por el cielo las tormentas que no llegan a descargar.

—Pero entonces — se dijo, súbitamente iluminado por una idea — si el final ha de ser separarnos, ¿por qué no evitar la escena de todos modos? Yo tenía que ir a París. Pues me voy ahora mismo.

Se levantó, se quitó el abrigo y oprimió un timbre.

—Busque usted la maleta, la grande que está forrada de lona, y esa otra más pequeña de piel, que tiene unas iniciales — le dijo a la doncella que acudió a su llamada, y volvió a salir un poco sorprendida por su orden.

Alvaro se sentó frente a su mesa y escribió:

"Salgo de Madrid, Eloísa. Lo absurdo y lo injusto de tu proceder me impulsan a ello. Hay cosas que un hombre como yo no puede tolerar. De todos modos, mi marcha no es definitiva. Quizá la ausencia y el tiempo nos ponga a ti y a mí en condiciones espirituales de volvernos a unir. No te dejo mi dirección, entre otras razones, porque no sé adónde iré. Te dejo en cambio esa cantidad, con la que creo que podrás subvenir a tus necesidades hasta fin de mes. Desde el próximo en adelante, cada día primero podrás recoger otras mil quinientas pesetas en casa de mi notario, señor Bustillo. De parte de este señor, vendrán dentro de tres días a buscar la ropa y efectos que no puedo llevar ahora y que te agradeceré pongas en un baúl.

"Respetuosamente, a tus pies,

*Alvaro*".

Ni una frase de lamentación, ni un reproche. ¿Para qué? Escribiese lo que escribiese, doña Ana había de decir:

## ¿Qué es la mujer?

*Soltera es una flor; casada una semilla; viuda, una planta descuidada. Hermana de la caridad, una planta medicinal; solterona, una enredadera.*

*Como soltera, es un problema; como casada, un afecto; como viuda, una tentación. Como hija, un premio; como hermana, una cruz; como madre, un ángel; como amante, un lujo; como suegra, un demonio; como madrastra, un infierno.*

*Bonita, es un ángel; fea, una nube; morena, una virgen; rubia, un querubín. Casta, es un altar; pura, una imagen; coqueta, un engaño; humilde, un hallazgo; celosa, una positiva desgracia; amante, un edén; lujosa, peligro; sencilla, una suerte. Hacendosa, es una fortuna; y descuidada, el mayor castigo que Dios puede poner a un hombre al darle su compañera.*

*La mujer es para el hombre el trabajo y la inspiración, el valor y la fuerza, el honor y la fortuna, el pensamiento y el alma; en fin, la mujer es la que enseñó al hombre a amar y a odiar, a luchar, a vencer, a sufrir, a pensar, a crear, a matar, a vivir y morir resignado con su propia suerte.*

PEDRO MATA.

—¿Qué te decía yo? ¿Era o no era un infame?

¡Y pensar que la arpía se valiera para destruir su felicidad del fútil incidente de una liga extraviada! Dentro de su amargura, Alvaro no pudo menos de sonreír.

Puso en el pliego escrito dos billetes, uno de mil pesetas y de quinientas otro, y el pliego en un sobre dirigido a Eloísa, que cerró y lacró. Después buscó y ordenó papeles de importancia. Su pasaporte estaba en regla: durante el último verano, pasado en San Sebastián, había traspuesto con Eloísa frecuentemente la frontera.

La doncella entró, llevando las maletas. Alvaro puso en ellas todo lo necesario y lo demás que cupo.

—Cuando venga la señora — le recomendó a la muchacha — le dice usted que lea esa carta que dejo sobre mi mesa. Y ahora vaya a buscarme un taxi.

Eran las siete y media de la tarde. El expreso de Irún salía a las nueve largas... Tenía tiempo de ir a casa de su notario y de ver a Julio Suárez, su socio, al que dejaría encargado de sus asuntos.

En un instante se había decidido a aceptar el puesto que le brindaban en París. Probablemente al abandonar sus negocios en España, su vida tendría que fijarse del otro lado del Pirineo. Este éxodo voluntario no le oprimía el corazón. Al revés. Había sido tan poco feliz durante el último período de su vida conyugal, que aquella fuga le ensanchaba el pecho, restaurando las ilusiones de su primera juventud.

### VII

La carta de Alvaro produjo el descontado efecto. Cuando, al regresar del teatro, la leyó Eloísa, quedó varios minutos como petrificada. ¡Era aquello tan extraordinario! ¡Tan horrible!

Al fin, reaccionando a medias, todavía inmóvil, gritó:

—¡Mamá, mamá!...

Doña Ana apareció cojeando, con un pie ya en la chinela y el otro en el zapato desabrochado.

—¿Qué ocurre? — inquirió.

—Mira, lee...

Y Eloísa le tendió la carta.

Doña Ana requirió los impertinentes, que aún llevaba colgando de una cadena de oro, y leyó. Eloísa continuaba inmóvil y pálida, como si aguardara la orden de su madre para alegrarse o prorrumpir en sollozos.

—¿Qué te decía yo? — habló doña Ana al terminar su lectura. — ¿Era o no era un hipócrita y un mal hombre? En cuanto ha visto que no podía tratarte con la punta del pie, se ha marchado el muy sinvergüenza.

—Pero ¿es que se va para siempre?... ¿Es que no voy a verle más?

—Pues claro, te abandona — dijo doña Ana, implacable.

Entonces sollozó Eloísa.

—¡Dios mío, qué va a ser de mí!

Su madre la miró con asombro.

—¡Ah!, pero ¿tú querías a ese hombre?

—Sí, mamá... Le quería... le quiero... — balbuceó entre lágrimas Eloísa. — No me será posible vivir sin él...

—¡Qué estás diciendo! — vociferó la madre. — Las mujeres podemos vivir perfectamente sin los hombres. Y tú, si no desprecias a ese, serás una mujer indigna. ¡Vamos! ¡Estaría bueno!

Y como viese que la congoja de su hija aumentaba, se acercó a ella.

—Eloísa, hijita, no te desconsueles. No merece la pena, te lo aseguro. El mejor de los hombres no vale una lágrima de nosotras, y ese, ya lo ves, no es precisamente el mejor. Mira, yo veo en esto la mano del Altísimo. El ha determinado que yo recoja el fruto de mis desvelos. Tú sabes que yo quedé viuda muy joven, pude volverme a casar y no lo hice por ti. A ti me dediqué en cuerpo y alma. ¿Habría sido justo que yo, que te hice el sacrificio de mi juventud, me encontrase sola en la vejez?

—Pero tú no estabas sola, mamá — rectificó Eloísa.

—¡Bah!, poco menos. Eras más de tu marido que mía.

—A lo último, no.

—Y, precisamente, porque a lo último veías claro, te abandona ese hombre. En fin, hija mía, lo que tienes que hacer es no acordarte más de él, como si no existiese. Verás qué bien y qué cómodas vamos a estar. ¡Pero si los hombres no dan más que fatigas! Y te lo repito: Alvaro se ha portado como un miserable. Tú dignidad no te permite lamentar su pérdida. ¡Que el diablo se lo lleve!

Una vez más convencieron a Eloísa los argumentos de su madre, que era su "propia conciencia". Alvaro era un miserable, no cabía duda.

Sin embargo, durante las primeras noches de soledad lloró abrazada a la almohada de Alvaro, donde persistía "su olor". Después decíase, avergonzada:

—No debo llorar, no debo acordarme de él. Es un infame.

Pero el recuerdo del "infame" perduraba obsesionante. Y no era sólo un recuerdo voluptuoso. Eloísa recordaba las dulzuras idílicas de la época anterior "al descubrimiento de su infamia".

—Más valía que no me hubiese enterado — pensaba.

Y después:

—Pero, ¿de qué me enteré yo?

Por un instante, la duda de haber dudado sin razón la asaltaba. Pero era sólo un instante. La influencia que doña Ana ejercía en su espíritu era demasiado fuerte.

—No — continuaba pensando, — mamá tiene razón. La infidelidad de Alvaro es indiscutible. Cada uno de sus actos, a partir de lo de la liga, era una prueba. Y si hubiese querido confesar, pedir perdón, yo... ¿quién sabe?... Pero esa terquedad suya en la mentira. ¡Ah, ha hecho bien en marcharse! Era un monstruo.

Doña Ana se dió cuenta de que su hija se afectaba más de lo conveniente. Había que distraerla, que hacerla olvidar.

Como primera providencia, hizo en la casa grandes variaciones. La mejor habitación, con dos balcones a la calle, la ocupaba el despacho de Alvaro. Sin Alvaro, este despacho no tenía razón de ser. Los muebles se arrinconaron en una alcobita sin luces para ser sustituídos por los del comedor. De la alcoba conyugal desapareció el gran lecho, y ocuparon su sitio dos camitas doradas, una de ellas para doña Ana.

Poco a poco, Eloísa fué acostumbrándose, más bien resignándose a su nueva vida. Esa vida de las mujeres solas y castas que están en buena posición. Teatros, juntas benéficas, roperos, catequesis y visitas. Deberes falsos, encubridores casi siempre del egoísmo. Poco a poco, también fué encontrando gusto en vestirse y componerse para ser admirada o "envidiada" por otras mujeres y a "distancia" por los hombres. Sólo a distancia. Y llegó a convencerse de que sin hombres se podía vivir.

### VIII

Por su parte, Alvaro era casi feliz. El cambio de existencia le pareció encantador.

En la casa de banca española donde le habían solicitado, y en la que entró como subdirector, hizo pronto amistades. Españoles afrancesados, o, más bien, "parisinizados", porque en París vivían y trabajaban con éxito, y franceses llenos de consideración hacia España, porque trabajaban en un Banco español.

Algunas veces, en su habitación del hotel, se acordaba de Eloísa. De la Eloísa dulce y sensata "de antes de la liga". Suspiraba entonces. Pero al recuerdo amable seguía en el acto el de la otra Eloísa: la tiranizada por doña Ana, la injusta, la antipática, y volvía a suspirar. Sólo que esta vez su suspiro era de satisfacción. Se maravillaba de haber dejado de quererla tan pronto.

—Es extraordinario — pensaba. —¡Yo que creía mi amor indestructible! Hice cuanto pude por conservarlo, pero eran dos mujeres contra un hombre solo, y... perdí. Si ella me hubiese querido con un amor como el mío, con un amor inteligente, ni le hubiese dado crédito a los sofismas de doña Ana. Nada, a lo hecho, pecho, y ¡viva la libertad!

No obstante, a veces sentíase demasiado solo. Era un hombre apacible, de costumbres sanas, muy "de hogar", quizá más necesitado de



Habían salido juntos algunas veces. Y cuando iba al lado de Odette, le parecía a Alvaro que era Eloísa, pero no la Eloísa que había conocido, sino la que hubiera deseado conocer.

## LOS QUIJOTES

*¡Triste mundo, que pasa distraído junto a lo que vale, y se queda deslumbrado ante lo que reluce! ¡Triste egoísmo de nuestra época, que por llevar el corazón en la cabeza, se ríe de los que lo dejan latir dentro del pecho! ¡Triste positivismo de este siglo, que sólo tiene para Don Quijote la risa de la burla, porque no acaba de comprender que ni lo grande, ni lo heroico, ni lo santo, están en el resultado obtenido, sino en la idea sustentada!...*

*¡Bendito don Quijote! Para nosotros, que sabemos prescindir de tan risibles hechos, para admirar tus buenos propósitos, cada porrazo que llevaste es una hoja de laurel de tu corona; cada palo que te dieron, una página sublime de tu historia; y más queremos ennoblecer lo pequeño, haciendo como tú de una bacía de afeitar un yelmo de Mambrino, que rebajar lo grande haciendo una bandera, como los hombres de nuestro siglo, de una vara de medir y un lienzo de cañamazo!...*

LUIS COLOMA.

ternura que de placer. La estupidez de Eloísa había destruído su existencia, porque, ¿cómo y dónde encontrar una mujer decente y sin prejuicios que aceptara, con un casado español, con un hombre "indivorciable", un "matrimonio libre"?

Porque Alvaro quería una compañera y no una amante. La idea de comenzar una serie de *liaisons* fáciles, de *passades*, le asustaba tanto como la de un porvenir de viudez forzosa.

Pero Alvaro no era de esos hombres que se abandonan a la desgracia. No le salieron canas. No se puso neurasténico. Siguió tomándole gusto al buen café y riendo cuando oía un buen chiste.

—¡Bah!—se decía.—Hay que resignarse y trabajar.

El trabajo era su consuelo y su distracción. Su fortuna le habría permitido dedicarse a la "buena vida", esto es, a la que él consideraba "mala", por razones de moral y de higiene. Y no sentía la borrachera de París.

IX

Duró poco tiempo su viudez espiritual. Al año de vivir en París, ya tenía su segundo nido en una bonita casa del barrio nuevo de Passy, cerca del Bosque de Bolonia. Y era dichoso, quizá más dichoso que en su primer matrimonio. Porque Alvaro se consideraba moralmente casado con Odette, y Odette no se parecía a Eloísa más que en la apariencia. El parecido singular de la joven francesa con Eloísa, fué el origen de aquella amistad.

Odette Dugard era la secretaria del director del Banco Hispánico, un setentón, jovial y recto, que había acogido a Alvaro con simpatía y continuaba manifestándosela cada vez más profunda. En una de las primeras veces que entró en su despacho tuvo un momento de sorpresa y emoción: creía encontrarse frente a su mujer. Era extraordinaria la semejanza entre aquella muchacha y Eloísa. La misma estatura, la misma proporción de contornos y de líneas, y en el rostro el mismo perfil, corto y gracioso, los mismos labios carnosos y fuertes. Sólo los ojos de ésta eran más claros que los de Eloísa, eran color de ámbar, y había una expresión de inteligencia en su mirada, que no tuvo jamás la otra.

Aquella vez no se hablaron. Más tarde, con ocasión de copias o de datos, se dijeron las primeras palabras, puramente "comerciales". Y, por último, se alargaron los diálogos hasta convertirse en conversaciones.

Alvaro se sentía amistosamente atraído hacia la muchacha.

"Amistosamente", Odette le gustaba, como le había gustado siempre Eloísa, pero el mismo parecido de aquélla con ésta alejaba de él toda idea voluptuosa.

Además, su amistad con Odette era un poco camaraderil. Odette no era la niña ingenua y amorosa que él encontrara en Eloísa, sino una mujer inteligente y profunda que conocía la vida. Tenía veintiocho años, y era viuda desde los veinticuatro. Estuvo casada tres. Un matrimonio de la guerra. Alvaro le había preguntado:

—¿Y fué usted feliz?

Ella respondió:

—Mucho, pero no todo lo que es posible... Si no le hubieran matado habríamos tenido que serlo más o... nada.

Alvaro comprendió que entre Odette y el joven capitán, cuyo retrato le había enseñado, no llegó a existir la completa armonía amorosa.

Y como ella le preguntase otra vez:

—Y usted, monsieur Sardá, ¿no ha pensado en casarse?

—¡Oh! ¡Yo! Ya le contaré. Ya le contaré.

rado de ella y le agradecía aquel respeto como el más dulce de los homenajes. En realidad, Alvaro no sabía qué clase de sentimiento le inspiraba la viudita. Le gustaba como le había gustado Eloísa, y, cosa singular, pareciéndose tanto a Eloísa, cada vez, a su lado, recordaba menos a Eloísa.

Llegó un momento en que Alvaro quiso retroceder.



Eloísa quedó inmóvil, con la liga de Alonso entre las manos y los ojos muy abiertos, atónitos.

Su confidencia era demasiado complicada para hacerla en una ausencia del director. La hizo bastante tiempo después, durante un paseo por el Bosque. Habían salido juntos algunas veces. Y cuando iba al lado de Odette le parecía a Alvaro que era Eloísa, pero no la Eloísa que había conocido, sino la que hubiera deseado conocer.

Odette le inspiraba un profundo respeto, y no tuvo con ella la menor insinuación galante. Pero Odette creía que Alvaro estaba enamo-

Odette, sin coqueterías, limpia y sinceramente, le demostraba cariño. Entonces habló. Contó la breve historia de su desgracia, que parecía muy vulgar y era extraordinaria.

Odette juntó las manos, asombrada y llena de lástima.

—¡Pero eso es espantoso! — exclamó. — ¿Cómo es posible que una mujer levante sobre una idea tan absurda todo un edificio de suposiciones y llegue a creerla realidades, mientras otras que han co-

nocido y palpado la infidelidad perdonaron?

—¡La injusticia humana! — dijo Alvaro con una sonrisa de estoicismo. — Lo doloroso para mí no es la separación. He dejado de quererla porque no podía ser de otro modo... No es, pues, la falta de su cariño lo que me hace desgraciado, sino la imposibilidad de ser feliz nuevamente.

—¡Imposible! ¿Por qué? — preguntó ella.

—¡Ah!, ¿usted cree?...—comenzó a decir Alvaro, interrumpiéndose para mirarla en los ojos.

Ella le sostuvo la mirada, valerosa y risueña. Después hablaron.

Odette era una mujer fuerte, de espíritu amplio y valeroso. Para su conciencia, Alvaro era un hombre divorciado, libre.

Se unieron. Y Alvaro volvió a tener hogar. Un hogar sin suegra. Sin serpiente. Un paraíso.

Dejó Odette su empleo. Alvaro ganaba lo bastante para los dos, y ella prefería estar en su casa. ¡Aquella casa! Alvaro, comparándola con "la de antes" sentía un horror retrospectivo. La verdadera casa era ésta. El hogar dichoso era éste. Odette le hizo conocer la dulzura inefable, el encanto familiar de esas horas pasadas frente a frente, sin hablar, interrumpiendo ella la labor y él la lectura para mirarse. Odette le reveló otro género de felicidad cuando un día, cuatro meses después de su "unión", le confesó entre dos besos púdicos que "iban a tener un hijo". Alvaro comprendió en seguida todo lo que esto significaba. Aquel hijo le unía a Odette más que todos los lazos sagrados y legales. Su verdadera esposa, la que le estaba destinada, era Odette. La aventura había sido Eloísa. Era, pues, preciso hacer definitiva la ruptura.

Aquel mismo día fué Alvaro al consulado de España para extender una licencia marital en toda regla, que envió a Eloísa con una carta de despedida. Después de la que dejara sobre su mesa de despacho, al salir de Madrid, ésta era la primera, y la última, que le escribía.

X

Eloísa se había aclimatado del todo a su "viudez" y hasta se alegraba de que no fuese cierta, no porque apreciara la vida del "infame de su marido", sino porque así no había temor a caer en la segunda equivocación de una segunda boda.

No obstante, doña Ana, que penetraba mejor que ella misma en las reconditeces de su alma, sabía que su amor por Alvaro no estaba muerto. El despecho por su abandono lo tenía adormecido. Si algo hubiese podido rehabilitarle a sus ojos, habría vuelto a querer a Alvaro como antes.

Esto no lo temía doña Ana. Estaba persuadida de la "infamia" de su yerno y sabía que era imposible toda rehabilitación. De todos modos, para ahuyentar los recuerdos que hubiesen podido quedar prendidos en las paredes, doña Ana decidió mudarse de casa. Aquella les resultaba demasiado grande, decía. ¿Para qué tener más habitaciones de las necesarias?

Encontraron un precioso pisito en la calle de Velázquez, bonitamente decorado y absolutamente justo para las dos señoras y las dos criadas. Si Eloísa hubiese pensado en la posibilidad de una reconcilia

## REFLEXIONES

*Cuando se está enamorado, empieza uno por desilusionarse a sí mismo y acaba uno siempre por desilusionar a la otra parte interesada.*

*—El amor está muy bien en su género. Pero la amistad es mucho más elevada. Realmente nada hay en el mundo más noble y más raro que una amistad abnegada.*

*—Un beso puede causar la ruina de toda una vida humana.*

*—Hasta los negocios debían tener una postura escénica pintoresca.*

*—La mujer nos trata como la humanidad trata a sus dioses. Nos adoran y nos fastidian continuamente para que hagamos por ella.*

*—El matrimonio es el único tema sobre el cual todas las mujeres están de acuerdo y todos los hombres en desacuerdo.*

OSCAR WILDE.

ción, esta idea se habría hecho cada vez más lejana.

Se firmó el contrato de la nueva casa y se empezaron los preparativos de traslado.

Eloísa se ocupó de las ropas. Abrió baúles y se dispuso a vaciar en ellos los armarios. Pero en uno había varias cosas, de las que no se acordaba. Entre retales y adornos pasados de moda había un chal de crespón estampado, desaparecido mucho tiempo antes, una combinación de opal rosa y encajes crema, y, enredado entre los encajes de la combinación, algo que palpó con ansia febril, creyendo soñar. Era la liga de Alvaro: su broche de níquel se había prendido en una desgarradura del encaje, como un anzuelo en la boca de un pez.

Eloísa se quedó inmóvil, con la liga de Alvaro entre las manos y los ojos muy abiertos, atónitos.

Todo lo que había pasado aparecía ahora clarísimo. La víspera del descubrimiento de la "infidelidad" de Alvaro llevaba ella la combinación... Una combinación que no le gustaba... Se le pegaba a los vestidos... No podía usar más que las de seda... Por la noche, al acostarse, la dejó en un sillón... Luego Alvaro, al desnudarse, a oscuras, por no despertarla, dejó su ropa en la misma butaca... Al día siguiente por la mañana, recogió ella la combinación, lo recordaba muy bien, y como no pensaba ponérsela más la echó en el fondo de un baúl... ¡Qué claro estaba todo ahora! La fantasía terrible e injusta de su madre. La obcecación suya y la inocencia de Alvaro. Alvaro era inocente. ¡Qué alivio y qué tormento le producía esta convicción!

Más tormentos que alivio, pues comprendía todo lo que él sufriera al verse acusado y calumniado. ¡Pobre Alvaro! Había tenido que huir de aquellas dos mujeres que le amargaban la vida. ¡Cómo se arrepentía Eloísa de su desconfianza! ¡Cuánto habría dado por poder arrodillarse a los pies de Alvaro y pedirlo humildemente perdón!

Pero si no podía ser en el mismo momento, sería muy pronto. Iba a pedirle sus señas al notario. Aquella misma noche tomaría el tren y antes de dos días estaría a los pies de su marido. Porque se arrastraría a sus pies pidiéndole que la considerase su esclava. Quería desagraviarle a fuerza de abnegación y de cariño.

Llorosa aún — había llorado de arrepentimiento y de gozo — iba a dar cuenta a su madre del feliz hallazgo y a participarle su resolución de ir a reunirse con su esposo. No pensaba hacerle ningún reproche a doña Ana. Comprendía que su exceso de cariño por ella le había hecho ver la falsedad y perfidia en aquel hombre, todo rectitud y nobleza.

En el pasillo, la doncella, que la buscaba, le entregó una carta. Sus manos temblaron al asir el sobre y reconocer la letra. Era de Alvaro. Sintió una opresión angustiosa en el pecho. Rasgó el sobre torpemente, y trémula leyó:

"Eloísa: hace año y medio que me alejé de tu lado porque la situación entre tú y yo se había hecho insostenible. Siguen siendo para mí inexplicables la actitud que adoptaste respecto a mí y las ofensas que me hiciste.

"Creo que no volveré por España en mucho tiempo, y para evitarte el disgusto de dirigirte a mí te envío una licencia, con la cual podrás pios.

"Si lo crees oportuno, puedes entablar demanda de divorcio. Yo estaré de acuerdo con todo. Afortunadamente no existen seres inocentes que sufran las consecuencias dolorosas de nuestra mutua equivocación.

"Te digo adiós, Eloísa. Quizá algún día, pasado el tiempo, puedan estrecharse nuestras manos sin rencor.

"Te saluda afectuosamente,

*Alvaro*".

Eloísa dejó caer la cabeza sobre el pecho. Sus ojos secos fueron, de la carta que tenía en la diestra, a la liga encontrada, que oprimía con la mano izquierda.

—Pareció demasiado t a r d e pensó.

Sabía que ya era tarde para ir hacia Alvaro. La perdonaría, pero ya no podía quererla. Su instinto femenino, por primera vez acertado, leía entre líneas. Alvaro había encontrado otro cariño y era feliz. ¿Para qué confesar su error? Sería hacer desgraciado a Alvaro por segunda vez y para siempre. Además, ella misma tampoco recuperaría la dicha.

Aceptó con resignación su desgracia. No tenía derecho a rebelarse. Pero no pudo impedir que acudiesen a sus ojos unas lágrimas gruesas y calientes.

Su madre la encontró llorando.

—¿Qué te pasa?

Eloísa le tendió la carta y la liga.

—Mira y lee—murmuró.

Doña Ana temía comprender.

—Pero, ¿qué significa esto?

—Nada, mamá, — respondió Eloísa entre sus lágrimas, con una sonrisa dolorosa, — que Alvaro no era el hipócrita y el canalla que tú te obstinaste en ver en él, sino el hombre más bueno y más leal que pueda existir; que no merecía ser desgraciado, y que no lo es, y que lo soy yo, en cambio...

Y como su madre la mirase con ojos espantados, concluyó en una voz débil y balbuciente, que pretendía ser heroica:

—¡Bah!, no te apures. Tú me diste la vida y tú me la arrancas... En paz...

## BALADA MATINAL

¡Qué hermosos están los cielos!
¡Qué bonita la mañana!
¡Cuánta frescura en el campo!
¡Cuánta alegría en el agua!

Corre, corre, mi caballo,
por la veredita blanca,
que bien sabes el Camino
donde te guían mis ansias.

No te pares junto al bosque,
ni en las frescas enramadas,
hijas del arroyo claro
que de la colina baja.

Sigue, sigue por la senda
que a los dos lados derrama
campos verdes, con adornos
de amapolas coloradas

ya pasas los olivares,
ya la vereda se acaba...
ya, entre las hojas tejidas,
de lejos se ve la casa.

¡Qué hermosos están los cielos!
¡Qué bonita la mañana!
¡Cuánta frescura en el campo!
¡Cuánta alegría en el agua!

MANUEL MACHADO

## SHAKESPEARE

*Shakespeare ha sido, tal vez, el poeta más grande de todos los tiempos; pero su obra de arte no era la obra para todas las épocas. No fué culpa de su genio, sino del espíritu artístico, incompleto de su tiempo, dotado solamente de querer, pero no de poder.*

*La misma relación que existe entre el carro de Thespis el teatro de Esquilo y Sófocles, durante el breve período de la floración artística de Atenas, existe entre el teatro de Shakespeare y el del porvenir, en el inmenso período de la floración artística humana.*

*La tentativa aislada de Shakespeare, que hizo de él un hombre universal, un dios, no es otra cosa que la tentativa solitaria de Beethoven, que le hizo encontrar el lenguaje artístico del hombre del porvenir.*

*Beethoven y Shakespeare, los dos Prometeos. Estarán de la mano allá donde las creaciones de mármol de Fidias podrán moverse en carne y hueso; allá donde la naturaleza imitada, salida del marco estrecho suspendido en el cuarto del egoísta, se desarrollará, lujuriante, en el amplio marco, lleno de vida cálida, de la escena del porvenir. Allí solamente, el poeta, en la acción común de sus compañeros de arte, encontrará su liberación.*

RICARDO WAGNER

## El arte de trabajar el oro.

Después de haber estado perdida para la humanidad, por más de siete siglos, la fórmula usada por los antiguos para trabajar el oro en la manufactura de joyas finas, que lo hacía de más volumen y de menos peso, esta fórmula ha sido nuevamente hallada por un joven joyero de nombre Víctor Davignon, de Atenas.

Este descubrimiento, de acuerdo con los manufactureros de joyas, vendrá a revolucionar la industria de manera capital.

La historia nos cuenta que el famoso mago del arte de que venimos hablando, el incomparable Benvenuto Cellini, el último que usó la fórmula en sus producciones, se llevó a la tumba su secreto y desde aquel entonces la ciencia metalúrgica había venido buscando en vano la nombrada fórmula.

Los expertos en la materia dicen que el actual descubrimiento es de tanta importancia como el del endurecimiento de los metales.

# LA HERENCIA

Por Federico Boutet

La señora de Lefertin cosía aquella noche en el comedor, cerca de la mesa puesta, cuando entró el señor Lefertin. Le vió tan pálido y tan agitado, que se levantó asustada.

—¡Octavio! ¿Estás enfermo?

—¿No nos oye nadie?

—No. El tío Blas está en su cuarto, los niños en el suyo y la muchacha en la cocina... Pero ¿qué pasa?

El señor Lefertin se inclinó sobre ella.

—¡Está arruinado! — dijo trágicamente.

—¿Quién? ¡Explícate! ¿Quién está arruinado?

—¡El tío Blas! Lo he sabido hoy por casualidad en la oficina. Su banquero, ese excelente Deveuse, ese noble anciano, ese financiero eminente, ese amigo de la infancia, en quien tenía puesta su confianza, y al que nos ha obligado a invitar a comer más de veinte veces y a tratar como a un príncipe..., pues bien, esa joya ha hecho malos negocios; ha jugado..., ¡qué sé yo! En una palabra, ha huído al extranjero, dejando un pasivo formidable, y el tío Blas, que le había confiado toda su fortuna, a pesar de nuestros consejos, está completamente arruinado.

—¡Es espantoso!—dijo la señora de Lefertin. —¡Entonces nos vamos a tener que reducir! ¡Condenados para toda nuestra vida a las privaciones y a la mediocridad! ¡Y los niños, por los que estamos soportando todo desde hace seis años, con la esperanza de asegurarles esa fortuna...!

—¡Ya no hay fortuna!

Se miraron elocuentemente. La catástrofe les aterraba. La única esperanza de su vida monótona se desvanecía. Ya no existía la herencia del tío Blas, cuya perspectiva les daba ánimos en las horas difíciles y prestigio a los ojos de sus amistades. Pero pensaron en el viejo, y el mismo furor se apoderó de ambos.

—No hay fortuna... — repitió el señor Lefertin, silbando las palabras; — pero queda el tío.

—No sabe nada, naturalmente, puesto que desde hace tres días la gota le ha impedido salir y no ha recibido cartas. ¿Vas a decírselo?

—¡Quiá! Ya lo sabrá mañana o después. Se enterará por los periódicos. En todo caso, quiero que nos lo diga él. A ver si ahora sigue siendo tan dominante y tan gruñón. De modo que nosotros no sabemos nada.

—¡Cuando pienso lo que tenemos soportado desde que vive con nosotros! ¡Cuando pienso en sus exigencias, en sus groserías! ¡Cómo nos trata! ¡Era ya demasiado! Te aseguro que lo veré marchar sin pena ni remordimiento alguno. Pero, entre tanto, como nadie sabe lo ocurrido, ni una palabra. Esta noche me voy a dar el gusto de decirle cuatro verdades... No temas, nada de violencias; me hago cargo de que es un viejo. Estaré tranquilo; pero me va a oír. ¡Silencio! Aquí viene.

Apareció un viejo esquelético, vestido con una levita raída y unas zapatillas verdes.

—Eso es — gruñó. — Cosiendo junto a la mesa, para que dejes los alfileres en las sillas. ¿No se cena hoy en esta casa? Son las siete y media, y ya sabéis que no me gusta esperar. ¡Santiago! ¡Pablo! ¡A la mesa, bergantes!

Acudieron dos chiquillos de ocho y diez años. La familia se sentó en la mesa. El tío Blas hablaba solo. Emitía despóticamente opiniones políticas contrarias a las de Lefertin. Tuvo para su sobrina palabras mortificantes a propósito de la cena, que no estaba a su gusto. Riñó a la criada, que no le servía rápidamente.

La señora de Lefertin permanecía tranquila. Su marido se contenía, sostenido por la perspectiva de su próxima venganza.

Los niños se retiraron a su cuarto. El tío Blas encendió su pipa, cuyo olor fuerte llenó la habitación. La señora de Lefertin tosió.

—¿Qué te ocurre? — dijo el tío. — ¡Vaya unos gestos! ¡Qué delicada se ha vuelto la señora!

—¡Le prohibo que hable a mi mujer en ese tono! — interrumpió secamente Lefertin.

—¿Qué? — preguntó con asombro el tío Blas.

—¡Le digo a usted que basta! ¡Que ya llevamos mi mujer y yo soportando mucho tiempo su tiranía! El ser rico no da derecho a nadie para ser grosero. Le hemos soportado a usted porque es un viejo, esperando que un día u otro se daría cuenta de que lo que está haciendo con nosotros es una cobardía.

—Sí — añadió la señora de Lefertin, llena de rencor, — una cobardía y una vergüenza, ¿lo oye usted? Ya se ha desbordado el vaso. Estamos hartos, y ha llegado el momento de que nos separemos.

El tío Blas, que había escuchado lleno de asombro, hizo temblar la mesa de un puñetazo.

—¡Bravo! — exclamó. — ¡Así me gusta! ¿Estábais hartos, verdad? Pues más harto estaba yo de ver cómo soportábais mis groserías y os rebajábais a cada momento. Ahora veo que tenéis dignidad y que me echáis de casa sin temor a las consecuencias que esto pueda traeros. ¡Bravo! Estad tranquilos; me quedo con vosotros y ya no oiréis de mis labios ninguna queja ni ningún insulto. Todo lo que os decía lo hacía para probaros. Seréis mis herederos. Mañana mismo haré testamento. No me había decidido esperando a ver lo que dábais de sí.

Con una cordialidad que nunca había mostrado, les tendió las manos. Y ellos, no sabiendo qué decir, se miraban avergonzados, furiosos, mientras que el tío, que ya no tenía un céntimo, repetía con cariño:

—¡Os dejo toda mi fortuna, sobrinos míos! ¡Todo para vosotros!



# POETAS URUGUAYOS

## Carlos Alberto Clulow

*Carlos Alberto Clulow, el poeta de "En Silencio" — libro primigenio que nos dejara la bella impresión de las emociones ingenuas y las primeras inquietudes de un alma sensitiva en la más armoniosa adolescencia—nos regala ahora en "Los Ritmos del Tiempo", la confidencia de nuevas vibraciones sobre la escala siempre noble de su inspiración.*

*Más ágiles, más vigorosos, delatores de una mayor comprensión de la vida en lo que ésta tiene de inconstante y compleja, estos versos acrecen nuestra admiración hacia Clulow. Es un poeta moderno en su forma y en su sensibilidad. En concordancia con el espíritu de la época, el suyo florece en poemas breves, flúidos, con el encanto que presta la espontaneidad varonil.*

*Sin angustias permanentes ni postizas, con toda la fuerza de su juventud normal, no es Clulow de los poetas llorones, de edad indefinida, que envejecen líricamente mientras quizá siente el cuerpo la maravilla de las primaveras... Este libro gallardo que tengo entre las manos es un libro de juventud.*

*Un ligero pesimismo matiza de vez en cuando las bellas páginas. La juventud consciente es así: junto a los más grandes ensueños, entre las más vibrantes y gratas emociones, nos da una duda, un temor, un presentimiento...*

*El poeta nos dice:*

"Y soy feliz pasando indiferente
como el agua callada del remanso..."

*Es feliz porque siente, porque sufre su inquietud, porque tiene ojos para toda belleza y oído para las infinitas voces. Y todo lo hace callado, viviendo intensamente, despreocupado de lo que no toca su alma, del exterior hueco y helado que no da nada ni nada quita a nuestras pasiones...*

*Ariosto D. González, nuestro brillante escritor, nos dice en el bellísimo prólogo de "Los Ritmos del Tiempo":*

*"A la edad en que los demás apenas logran descifrar el pensamiento ajeno y marchan agobiados por la influencia de algún maestro, Clulow tiene un estilo propio, nutrido con ideas y emociones que le pertenecen y que él traduce como las siente, en estrofas que no se confunden con las de otros".*

*Muy prolijo, muy detenido, el prólogo que Ariosto D. González escribió para este libro, es acaso el estudio más profundo que sobre la personalidad de este poeta adolescente se ha hecho.*

*Clulow es siempre original, variado, claro en sus palabras y en sus ideas, y ya nostálgico y sentimental, ya épico y sonoro, nos da la fuerte sensación de un poeta verdadero que, como tal, no sabe de normas preconcebidas, ni de novelerías fáciles e inútiles. No deforma sus pensamientos, no avasalla su brío, no somete sus ritmos a la ridiculez del centímetro, y es por esto, por esta simpática libertad, que da a sus voces interiores — libertad que, sin embargo, no atenta contra la gratísima música de la poesía— que Clulow logra conmovernos con sus cantos suaves, y entusiasmarnos con sus himnos vigorosos.*



"Ven amada, tendremos la inquietud de estar
[solos,
Solos con nuestro instinto
Y con nuestra emoción,
Bajo el albor del día sobre los trigos ágiles
O en las tardes tranquilas con lujuria de sol"

*dice con la sencillez de su alma, en la que pusieron una emoción inolvidable los motivos más humildes de su ciudad natal. Así, con sencillez, con esa diafanidad sorprendente del verso, es como se puede expresar la verdad de las vibraciones sentidas; agua que no empalaga y que incita la sed con su cristal de frescura; frases que hallan eco en todos los espíritus que sabemos del encanto de las emociones intensas guardadas sencillamente, de los hondos y fugaces dolores quedamente sufridos, del amor insaciable, inquieto, impetuoso, en que deseamos abrevar el corazón; porque sentimiento no es novelería, ni sufrir es llorar, ni amar es encerrarse en místicas y albas ensoñaciones eternas...*

*Si la primer parte del libro es una lira de arpegios nostálgicos, meditaciones graves, cantos resignados, otros serenos, otros ansiosos,— las últimas páginas son un clarín admirable por su sonoridad y poder de evocación.*

*Poemas elegantes, rotundos, a los que el poeta ha dado toda la pujanza de su espíritu joven y robusto, en los que subyuga la sobriedad de estilo, y asombra el intenso colorido de unas épocas que fueron...*

*El rápido deslizar de una piragua india bajo el cielo bermejo, la inquietud de los caciques que*

"...eran fuertes, y tenían
El color de las estatuas
Y los bronces de los templos.
No sabiendo de armonías,
Aprendieron en la gesta
La epopeya de los cascos".

*la codicia de los conquistadores; la desesperada defensa de los indios; la magnífica visión de las briosas montoneras gauchas; la destreza y el ímpetu de los caudillos que con la lanza grabaron para siempre sus hazañas cantadas "en la epopeya del cuchillo y en las guitarras de los payadores"; el vivac, la guitarra; la carreta; las casas coloniales; todo es cantado en "Los Ritmos del Tiempo" con tanta soltura y elegancia, con tanta fuerza de sentimiento, con tanta originalidad; que nuestro espíritu, arrebatado por el instinto ancestral, y nuestra sangre encendida por el espíritu de nuestros antepasados—patricios primero, y más tarde revolucionarios bravíos,—nos transportan a la época en que un hombre sobre un caballo era un centauro ágil, impetuoso, eficaz defensor de una tierra que siempre floreció libremente.*

*Clulow es un alma vibrante que se da en versos admirables. ¡Que la gloria sea con él!*

*ALICIA PORRO FREIRE.*

Montevideo, 1926.

### NIHIL

¡A qué tantos sistemas y vanas deducciones!
Ahondar en lo absoluto para tan sólo hallar,
Que nuestras pobres alas no son para
[ascensiones,
Que no se abrirá al alma por nunca la verdad.

Que todo pasa y muere. Que el hilo que nos ata
Al eterno prodigio de una mano tenaz,
Es el que, mansamente, nos arrastra y nos mata.
¡No hay victoria más grande que una hora de
[paz!

Nada de nada. Nada de extrañas deducciones,
De problemas abstrusos y ciencias definidas...
¡Si a pesar de los sueños y las divagaciones
Caerá de la clepsidra la gota de la vida!

### DE VUELTA

Yo tengo la emoción de las cosas sencillas,
Y de las cosas grandes, y las cosas fatales.
Del buen sol que nos hace las mieses amarillas,
Y de los embrujados ocasos tropicales.

Y pienso que en la vida valen las emociones
Más que las realidades, que no valen un sueño;
Y al margen de los ruidos y las consagraciones
Me paseo en mi barca de pescador isleño.

Tú dirás que es muy poco, que no es esa la clave
Que nos lleva al secreto de una vida resuelta.
¡Qué quieres! ¡Yo me quedo con este gesto
[grave
De hombre que lleva un alma que viene ya de
[vuelta!

### LA LANZA

Engarzada en tacuara de mis islas
Tuviste acechanzas de panteras,
Y eras como perfiles de caudillos
Cuando brillabas en las montoneras.

Lanza:
La de las cargas épicas,
La de revuelta media luna mora,
Que te quedabas con la sangre húmeda
Como un cacique indio
Tostado a sol de auroras.

Lanza:
Fuerte como los hombres de las gestas heroicas,
Te hacías en los puños
De los centauros bárbaros
Más macho que la bota de potro.

Y brillabas al sol de las cuchillas
Entre una fiera contracción de rostros.

### ANCESTRALISMO

Yo he llegado a la vida con un espanto viejo
Que me agrandó en los ojos una estelar pavura,
Llevándome al borroso laberinto complejo
De la hondura del alma, que es la trágica
[hondura.

A veces una frase que deshojé en el viento
Me acribilló de asombros y me dejó pensando,
En el destino amable de ser sobre la tierra
Una frase sencilla que se va deshojando...

CARLOS ALBERTO CLULOW.

# PIUMA AL VENTO

Por Leopoldo Lugones

Qué gran payaso aquel "Pass-key"!

Cuando concluían los saltos mortales del doble tumbo por sobre una fila de doce caballos y tres hombres encimados, en un silencio casi solemne de la orquesta; cuando remataba sus proezas de fuerza, asiendo un piquete de la barra con su brazo rígido, para bajar, girando en espiral sobre este único apoyo, hasta dar sentado en el piso; cuando terminaban los vuelos vertiginosos de los trapecios y las serenatas grotescas, rasgueadas con un pie tras de la nuca, venía la suerte clásica.

El colega Arlequín soplaba hacia el techo, por medio de una cerbatana, una pluma de pavo real. La pluma surgía veloz, como un cohete, llegaba al techo casi; luego, describiendo una lenta curva, caía, caía titubeando, y el payaso la recibía en la punta de su nariz. Cambiaba sus posturas, se descoyuntaba en todas las formas, sosteniéndola siempre; simulaba la cacería de un ratón por toda la pista, manteniendo el sutil equilibrio; llegaba hasta ponerse de espaldas y erguirse otra vez, sin perderlo, mientras los violines susurraban un airecillo tirolés. Y lo infalible de su acierto sorprendía.

Ni los juegos ecuestres que la húngara de lozanas piernas ejecutaba, ni los equilibristas japoneses, ni los excéntricos yanquis, ni el ciclista francés con sus paradójicas geometrías, ni el parque zoológico con sus curiosidades, entusiasmaban tanto al público como aquella suerte de la pluma. Había de veras algo artístico en el juego fino y elegante de aquel payaso, que vestía todo de blanco como el "Gilles" de Watteau; una especie de flexible esgrima, en complicación de curvas silenciosas como los trazos de un blando lápiz, cierta vaga angustia en aquella destreza obligada a luchar con el aire, como con un duende invisible, y hasta cierto incentivo de azar en la indecisa levedad de esa pluma...

—¿...Te acuerdas Gabriela?

El payaso estaba enamorado, sin embargo; y este "sin embargo" es un mérito que le agrego, pues bien se sabe cuánto rompen el equilibrio las palpitaciones del corazón. Estaba enamorado de una muchacha rubia que una noche le tiró flores a la pista. Sola en su palco, afrontó sin desconcertarse el murmullo de asombro canallesco que semejante acto produjo: y el payaso, admirado de aquel heroismo que le llenó el pecho con un calor de buen vino, la adoró.

Nunca había amado en serio, absorto desde chico por la preocupación de su arte, distrayendo apenas tal cual noche en parrandas de camaradería, cuya torpeza no incitaba a reincidir.

Pero aquella muchacha galante, con su excesivo perfume de flor estrujada, su fugacidad de capricho y sus intrínsecas maldades de ponzoña, le enloquecía. Llegó a querer todos sus artificios — sus artificios más que sus encantos — las falsas ojeras, el carmín comprado, el lunar postizo y hasta el ceceo que acaramelaba sus palabras. Y el idilio duró un mes, al cabo del cual tuvieron una disputa.

Berta sostuvo (se llamaba Berta) que aquello de la pluma no podía ser. Que tenía un peso en la punta y por esto caía tan bien, o alguna pega, o algo, ¡qué sabía ella!... ¡Nunca había estado en circos!... Dijo mil disparates hirientes, y por último sostuvo que debía tratarse de un imán.

En vano intentó su amante disuadirla, riendo de sus tonterías al principio; después ofendido hasta el alma por esa duda. Tres años de trabajo oscuro le había costado aquello, de cólera, de desazones, de torturados abandonos: aquella futilidad que hacía reir... Y ella, ella tan luego, no creía?...

Por último Berta propuso que la próxima vez, acabado el juego, le diese la pluma para verla bien; pues, ¡qué quería!... No se alcanzaba a convencer. Pero allá, en el circo mismo ¿eh?... Y si la pluma no tenía nada, vería cómo erraba el golpe!

El despechado artista aceptó.

Dos días después llegó el momento. Berta resplandecía en su palco. Pasaron los malabaristas, los yanquis, el trapecio, la barra, los saltos, los perros sabios que aquella noche estrenaban una nueva habilidad, concertando y llevando a cabo un duelo por los amores de una doncella. Pasó la húngara en su caballo negro, pasó la familia Bill con sus palomas amaestradas... hubo un silencio... un ondulante cuchicheo... y el director de la compañía avanzó hasta la mitad del circo.

—Respetable público: por una indisposición repentina del payaso "Pass-key", se suspende la suerte de la pluma.

Y como en previsión del murmurado descontento, apareció, en su azulino traje de marquesita Luis XV, Mlle. Olivie, la bailarina.

Los diarios de la mañana siguiente anunciaron que "Pass-key" se había suicidado, ignorándose las causas de su fatal resolución; y hasta escribieron necrologías, muy filosóficas por cierto.

La pluma, que yo ví, no tenía artificio alguno.

# La guardia de Ibarreta...

Por el Teniente H. Doserres

La estación de Puerto Belgrano presentaba gran animación. El primer trozo franco de la escuadra salía con quince días de licencia, y a la enorme satisfacción de la terminación de los ejercicios del año, se agregaba la certeza del descanso y de los afectos de los seres queridos incrementados en la ausencia.

Los que partían, y muchos de los que quedaban esperando el turno, llenaban el andén de la pequeña estación, poblando el ambiente de encargos y recomendaciones.

Puesto en movimiento el tren, los pasajeros parecían obedecer a un imaginario zafarrancho, yendo a ocupar directamente sus puestos desde las plataformas de los coches. Los camaradas de buque y con preferencia los de promoción, se reunían una vez más ante la mesa del coche comedor. Alegres y decidores comentaban las incidencias de los últimos días de a bordo.

A una de esas mesas hallábase sentado el teniente N... con todo el ascendiente de sus noventa y tantos kilogramos y varios años de antigüedad en el grado, quien dijo a los tres restantes camaradas, alzado el brazo y estirada la mano en ademán fascista:

—Señores, por favor, nada más de cosas del buque, porque saturaríamos el ambiente... Mañana estaremos en Buenos Aires... Ruego, pues, a los lateros profesionales, que respeten mi digestión.

Luego echó abajo la ceniza de su cigarro y se lo llevó a los labios.

—Pero antes — declaró uno de los del grupo — necesitamos que se abata ese tangón...

Con todo, la moción del teniente gordo y antiguo fué apoyada, y acto continuo, con el disgusto del más petiso de los cuatro, sólo se habló de "bueyes perdidos"... Después de comer, vino el café, luego el licor, más tarde los dados, más adelante nuevamente el café...

A la altura del tercero, la concurrencia del salón comedor había mermado; al cuarto, sólo quedaban los parroquianos tipo "manzanilla" del clásico café español de nuestros mayores.

—No creo, — decía el más locuaz de los tenientes, que había pasado por permuta al primer trozo de licencia, tal vez con alguna oculta esperanza, — que nosotros sólo seamos capaces de hacer cuentos "náuticos"... Los hacemos con más frecuencia, porque tienen el sabor de las cosas de nuestro ambiente; están dentro del campo de observación de un microscopio que llevamos constantemente enfocado. Si paralelamente al cuentista no existe el narrador, es porque las historias del mar tienen valor a bordo... ¿Y a bordo, quién no las hace?

—Este se nos va por la tangente,—dijo uno de los contertulios, poniéndose de pie.

Como los juncos chinos huelen el temporal, él olfateaba el cuento...

Otro oficial de una de las mesas próximas ocupó su puesto y el cuento inevitable surgió. No refiriéndose a las cosas de a bordo, según lo convenido, los camaradas aceptaban y algunos preparaban mentalmente su venganza para cuando el narrador terminara.

El del segundo trozo, que salía primero, comenzó:

"El *aburrido* es un personaje inconcebible, tanto a bordo como en tierra, y yo bajo un calor tropical como el del verano último en la ciudad de Tucumán, estaba a punto de serlo.

La mañana en que corría ese riesgo — ya que las visitas y trámites de mi comisión habían terminado — resolví efectuar un paseo en auto por la ciudad y despachar de paso mi "parte diario" en el correo.

Vestido con uniforme blanco, bajaba del "Hotel Savoy", cuando un cochero criollo, de semblante decidido y buena planta, se adelantó hacia mí exclamando con acento norteño: "Por acá, mi jefe... Vea que soy crioyo y usted no puede ni debe dejarle la plata a un gringo por más auto que tenga".

De entrada me agradó la "arrancada" del paisano que, sin esperar extraña que el gobierno no se preocupe de estas cosas... Pero aura esto no cambea hasta que San Pedro baje el dedo... Aquí con los gringos y la política no tenemos seguridad de nada... Yo ya voy perdiendo la ropita y... hasta el nombre de las generaciones venideras si me descuido"...

Como se ve, el tucumano no tenía desperdicio.

En uno de esos ademanes ejecutados en el entusiasmo de la conversación, se le paró el caballo y tuve que decirle: "Siga no más, amigo".

Pero él, entendiéndome mal, o no queriendo perder la barajita, contestó: "Ya lo creo, que he de seguir, porque todavía no he dicho



—Lo mismo que me está usted diciendo a mí, se lo habrá dicho ya a las de todas las secciones.
—¡Y qué culpa tengo yo de que usted esté en la última!

respuesta, dió vuelta el cojín de su coche. Acepté así su ofrecimiento, presintiendo "una semblanza"...

Soy afecto a echar un párrafo con toda clase de gente y con mayor razón en tierra desconocida, pero esta vez confieso que el hombre me ganó de mano. Se echó a los ojos el sombrero, castigó su caballo y a grito pelado, en pocos instantes aclaró la calle. Conseguido esto viró ciento ochenta grados a un tiempo y haciendo ademanes con el látigo, entabló una conversación que, al principio, yo saboreaba con fruición: "Qué le parece el Tucumán, mi jefe"... — "Muy lindo".

Pero el hombre más que mi opinión, deseaba entrar pronto en materia, pues a boca de jarro continuó:

"Qué va a ser lindo... si las cayes están que ni se puede... Me ni la mitad de lo que tengo que decir". (Al oir esta frase, dijo uno de los de la mesa: — ¡Qué ensañamiento el de los indios con Ibarreta!...)

Llegados a una esquina, clausurada por arreglo del pavimento, el vigilante le indicó la mano. El criollo se paró en el pescante y levantando en alto el látigo vociferó hasta cansarse, con un ademán declamatorio, que ya lo quisieran muchos políticos para dirigir multitudes: "Como ustedes ven, señores, aquí en el Tucumán son todas utopías... Conservan la mano y no conservan las cayes... Y usted agente... por lo menos respete el uniforme del jefe" — agregó señalándome...

Ya comenzaba a preocuparme de las actitudes de mi cochero, que no dejaba pasar vigilante, guarda ni peatón sin discutirle fueros, cuando por haber llegado al correo lo perdí momentáneamente de vista.

Era domingo y de mañana, de manera que no había gente en el local... El único empleado de la oficina, de lentes gruesísimos y rostro enjuto, que parecía escondido detrás de una pila de papeles, se preparaba a atenderme, cuando oigo gritos a mi espalda: "Es una vergüenza lo que está pasando aquí en el Tucumán, que ya ni se respeta a los distinguidos huéspedes que nos honran con su presencia... A ver, dígame, ¿usted cree que los marinos son para quedarse en tierra toda la vida?...

De manera que luego de calmar al hombre del chambergo, tuve que pedir disculpas al empleado por los gritos de mi acompañante, que volvía a la carga contra mí: "Pero es que estamos perdiendo nuestra autoridad, mi jefe ¿o usted cree que aquí donde me ve, yo también no he sido militar?...

Salía del correo y para preparar mi retirada saqué el reloj. Pero el hombre no era de los que se engañan y adivinó la estratagema... "Bah... aura me va a hacer creer que no tiene tiempo... Es una picardía que un crioyo, porteño y militar por añadidura, no conozca la casa en que nuestros abuelos juraron la independencia..."

No pudiendo argumentar nada a lo dicho, tuve que seguir viaje hasta la casa histórica que ya conocía, haciéndole la salvedad de que volvía para saludar al secretario. Pero no había renunciamientos en él..." Y para qué estoy yo, mi jefe. Vea —me dijo parado en la puerta de la sala.—Ahí estaba San Martín presidiendo"... Laprida — corregí por lo bajo, no para contrariarlo sino porque una dama con aspecto de maestra de escuela me miraba. Pero era el remedio peor que la enfermedad, porque en esa materia el criollo era intransigente y no aceptaba enmiendas...

"San Martín, he dicho", — repitió en voz alta, agregando con más calma: "Sarmiento vino después" —como si sobre este último no hubiese discrepancia.

Ante mi silencio el cochero pudo ubicar sin apremio a todos los santos de su devoción... Creo que si le hubieran sobrado sillas habría salido del paso acomodando a los parientes, pero por suerte en aquel congreso no había muchas sillas y pronto pudimos salir a la calle.

Imaginándolo satisfecho de la hora y media que me tenía consigo, le expresé nuevamente mi deseo de regresar al hotel.

"¿Cómo... y ya estuvo con las de Alvarez?". — Ignorando de qué se trataba, le dije: Por ahora, no.

El entonces insistió: "Quién iba a pensar que usted no conocía ni a las chancacas, ni los alfiñiques, ni la caña de azúcar, y entonces qué ha comido en su vida?"...

El hombre de tierra adentro se me imponía. Yo notaba que en su presencia mi voluntad se doblegaba... Ni entre la gente de armas es posible encontrar tamaña dictadura...

—Largo el cuentito — dijo el teniente antiguo. — Si a usted lo dejan hablar no lo matan... Siga no más, que yo en el tren no duermo ni después de dos contrarretenes... Lo lamento por el mozo que está por apagar las luces..., pero, en fin, a las cuatro aclara...

—Me voy — dijo otro de los

oyentes. — Resérvame lo que me queda para el Rincón.

Impertérrito el del segundo trozo, que salía primero, avanzó en su relato: "Ya estábamos en la casa suburbana de ladrillos de barro y el cochero para imponerse a la dueña del comercio mediante la calidad de la persona que le llevaba, más que para hacerme un cumplido, se sacó el chambergo con ademán de mosquetero... "Adelante, mi almirante... Aquí entran los hombres de buena voluntad del mar y de la tierra que llegan a nuestro suelo"...

La dueña de casa era una criolla grande que acogió con benevolencia al forastero... El tucumano inició entonces una racha devastadora entre las chancacas y alfeñiques de la vidriera, codeándome familiarmente cada vez que me hablaba. "Vea qué morocha"... Y como la china miraba los estragos causados, él continuaba los elogios... ¿Verdad que crioyas como éstas ya no hay en Buenos Aires?... Y tomándole la marcación a varios alfiñiques que se mantenían acoderados, se los despachó de un tiro certero a la boca... "Mire qué dientes había tenido la niña... se los debe de limpiar con ceniza"...

Yo nada decía ni hacía... El hombre era dueño completo de la situación... "A ver más chancacas en el paquete... otros alfeñiques, porque estos almirantes tienen muchos hijos, y caña de azúcar para que no coma queso solo. Además, ¿qué le parece el arrope de chañar para los resfríos?, porque hay que cuidar a estos marinos que tenemos, al menos para verlos retratados en las revistas"... Y al rato. "Dígame niña, ¿no tiene algo fresco para el señor?"...

—Usted sabe que nosotros somos muy pobres y no tenemos nada...

—Sí, ha de tener, niña... lo que hay es que usted es muy mala... Y ¿alguna copita para mí, tampoco tiene?...

Yo estaba sinceramente anonadado por las andanadas de a treinta centímetros que el criollo viejo disparaba. Aprovechando que tenía que pagar las golosinas, pretendí deshacerme del tucumano y de paso liquidar los bonos de tesorería que de nada me servirían al abandonar la provincia.

Saqué en efecto siete pesos del bolsillo para dejarlo contento y tratar de escabullirme en otro coche, pero cometí el grave error de preguntarle si estaba bien la paga.

"Soy respetuoso de las leyes de los hombres — dijo — como aquí todos saben, y nada tengo que pedir, mi almirante... pero... aquí entre los dos... sin que nadie lo sepa, si usted me da tres pesos más aunque no sean de los buenos, en cuanto salga de aquí se me han hecho diez redonditos, además del honor de haberlo servido".

Se los dí sonriendo para abreviar, mientras dirigía la mirada a la calle en procura de un coche, pero una vez que guardó el dinero el cochero me derrotó otra vez. "Y ahora ¿de infantería, de uniforme y con un paquete?... Porque ya los crioyos estamos de vuelta y sestiando. Por aquí, coche, ni pa el cura"...

Luego palmeándome la espalda como si me prodigara su protección, rectificó: "Venga, amigo, que yo sé lo que son comisiones — y sacando su reloj como para revolverme el cuchillo, señaló la hora — aunque pasadito de las doce... suba que lo yebo barato".

Es decir que debíamos abrir cuenta nuevamente...

La parte restante de esta narración sólo la oyó en la plataforma del coche dormitorio el teniente gordo y antiguo que no podía dormir. El anterior de los que quedaban cuando el mozo del comedor apagó las luces, se fué diciendo:

—Esos dos toman el azimut de la salida del sol con el cuento... Y al perderse de vista recomendó: "Déjelo que escupa de cuándo en cuando"...

Emprendimos el viaje de regreso. El auriga ya no me decía ni almirante ni jefe. "Usted es teniente", — me dijo en seco... — "Lo he leído en los diarios... En "El Norte", que está bien informado... ¿Y a qué hora se va mañana?"

Asombrado de que supiera tanto, ya que a nadie había comunicado mi resolución, le pregunté: "Cómo sabe que me voy?..." El dijo: "Y cómo no voy a saber... Por los siete pesos en bono que me largó, pues. ¿O usted cree que todos los mozos diablos de la provincia se los ha llevado la marina? Bueno, vea. No hay más que hablar. Usted teniente..., teniente de fragata, más que no confundamos, se va mañana y yo lo espero. No quisiera que fuera a caer con algún gringo y me lo desvalije, porque no todos tienen la suerte de caer conmigo... Y algunos son como luz pa la changa"... Seguimos viaje al hotel no sin otros incidentes y nuevos diálogos que no reproduzco.

Por todas partes el cochero tucumano encontraba conocidos. A algunos los trataba al estricote, a otros les hacía un chiste a voz en cuello. "Mirá muchacho, decile a tu mamá que hacen falta hombres para la marina y que ya sabe cómo somos los amigos. Que se deje de zonzeras y cumplidos y que me preste el zaino que yo te hago "contramaestro" con mis relaciones"...

Al entregar en el hotel los bultos le ordenaba entre otras cosas, al mozo que vino a recibirme: "Che gayego, cuidá las golosinas, y si el señor se olvida alguna, acordáte que me la deja pa recuerdo".

El tren seguía veloz su marcha y el cuento continuaba mezclado con comentarios tomados al caso. Cuando por el ruido de la marcha el teniente gordo, que no quería se le hablara de las cosas de a bordo en sus licencias, no oía a su interlocutor, pedía que repitiera.

Por último entraron al camarote donde uno de los ex contertulios dormía. Claro está que se despertó y que incorporándose en la cama, filosóficamente encendió un cigarrillo. Después de la primera pitada dijo: "Creí que me despertaban para tomar la guardia... Pero veo que está Ibarreta con los tiros".

El narrador mientras se desvestía en la cucheta alta, siguió:

Al día siguiente mi cochero no aparecía ni vivo ni muerto... Faltaban sólo 20 minutos para la salida del tren y temiendo perderlo tomo un auto. En eso llega el criollo clamando:

"Aquí estoy, mi teniente... ando con la garganta seca de tanto esperarlo, pero ya ve, firme en mi puesto de diana, como viejo soldado que he sido... Yebo perdidos tres viajes... Uno era de Padiya".

Saqué un par de pesos y se los dí de buena gana, pretextando que tenía mucho equipaje para cambiar de vehículo.

"Como usted mande... Yo no soy hombre de obligar a nadie", — dijo con afectada modestia. — "No deje de venir el año que viene a reclutar gente, que tengo un hijo pa aprendiz que promete... Aunque es de poca edad, es bien desaroyado y cuando se sale bueno ya ve... no hay chucho con los tucumanos"...

Desde el camarote de al lado, uno de los compañeros golpeó el mamparo:

"Che, seguí hablando... pero, por favor, tirá de una vez el otro botín, que me tenés nervioso..."

El tren parecía ahora acelerar su velocidad, acortando la distancia hacia la ciudad querida... Antes que en el vagón se hiciera silencio se escuchó la voz del teniente gordo, que epilogó:

—Prefiero un cuento de a bordo... son más cortos... Y pensar que este mocoví, (1) de Tucumán no conoce ni el azúcar...

---

(1) Los indios mocovíes en Bolivia dieron muerte, a golpe de macana, al célebre explorador Ibarreta.

De ahí que en la marina se dé aquella denominación al que exagera o desfigura la verdad de los hechos.

## El dolor de partir

La gentes me contemplan y dicen: Ese loco
quiso morir, quién sabe por qué vanos intentos...
Y este loco les mira melancólicamente...
—Ese loco...—Y la gente señala con el dedo.

¡Loco!... Es verdad; fuí loco porque amé con locura
sin medir la distancia que hay de un puerto a otro puerto,
sin pensar que las almas no son todas iguales
ni que todas las vidas se cotizan a un precio.

¡Loco!... Es verdad; acaso lo fuí la tarde aquella
que en la dulce plegaria prometí un sacrilegio.
(Hoy pienso que los ojos benditos de la virgen
miraban asombrados mi rostro cadavérico).

Quizá sea locura soñar... Soñé ser amo
de unos ojos oscuros y unos rubios cabellos,
soñé en los escalones de una torre muy alta
que, como un estilete, se clavaba en el cielo.

¡Loco!... Amigos, me marcho. Rodaré a la ventura
sin saber a qué mares me llevarán los vientos...
¡Es triste dejar todas las cosas que uno quiere,
y es triste, más que triste, llevarse su recuerdo!

¡Ah, cuando yo era rico de vigor y alegría
y entregado a la vida derrochaba el dinero!
Cuántas tiernas amigas, cuántos fieles hermanos,
adivinando siempre mis menores deseos...

Fuí un gran señor que supo derrochar su tesoro...
¿Quién dijo más dulzuras y prodigó más besos
en los labios ansiosos de las vírgenes locas,
al guiñar misterioso de las magas del cielo?

¿Quién romántico y triste y embriagado de hastío
dió el oro de su vida, fundido en el ensueño,
para salvar la vida de una mujer que nunca
comprenderá hasta dónde taladró el sufrimiento?

Y hoy, marcho sin un verso de amor que me conforte,
sin llevar una sola palabra de consuelo,
pensando, con tristeza, si habré causado daños...
Y, lo peor, me voy solo, dolorido y enfermo...

EDUARDO MARIA DE OCAMPO.

# CURIOSIDADES

Las faenas de trilla se hacen en Turquía por las mujeres, que conducen bueyes enganchados a un pesado tablón curvado que hace de trillo.

* * *

No hay ranas en las islas de Haway, aun cuando se encuentra allí una especie de sapo.

* * *

Varios generales chinos han publicado edictos imponiendo la pena de muerte a cualquier soldado que se encuentre fumando opio.

* * *

Batán era la máquina movida, generalmente, por el agua; estaba compuesta de gruesos mazos de madera que giraban sobre un eje para golpear, desgrasar y enfurtir los paños, dándoles consistencia. La operación se facilita y perfecciona untándolos con jabón o greda.

También se aplica la palabra batán al edificio en que funciona dicha máquina.

* * *

Las tarjetas de visita fueron usadas por los chinos muchos siglos antes de Jesucristo.

* * *

Es muy raro encontrar un defecto en el ojo de un conejo.

* * *

Además de los idiomas español e inglés se hablan en las islas Filipinas, ochenta y siete dialectos.

* * *

Erico el Rojo, sabedor de lo que influyen los nombres bellos dados a las tierras que en las primeras edades se conquistaban, para atraer a ellas colonos, calificó de Tierra Verde a una de las islas que conquistó.

* * *

Se han puesto en servicio los primeros aviones de transporte de periódicos de Berlín. En cada aeroplano pueden transportarse unos 4.000 a 6.000 ejemplares convenientemente empaquetados.

* * *

Los bosques cubren 25 millones de acres en Francia, o un quinto del área total del país.

* * *

Las líneas de teléfono experimental entre las locomotoras de los grandes trenes han producido excelentes resultados para las maniobras de seguridad de los trenes, según las señales que se transmiten desde la estación.

* * *

Cuando las mujeres persas salen de noche, un sirviente portando una linterna primitiva las precede por las calles sin alumbrado, del mismo modo que en los tiempos medioevales.

* * *

Un granjero alemán considera como buena fortuna el que una cigüeña construya su nido sobre el tejado de su casa.

* * *

A 742 millones de dólares asciende el activo de Henry Ford, el popular fabricante de los no menos populares autos de su nombre. Los beneficios obtenidos con su industria durante el pasado año 1925, fueron de 94.460.397 dólares, o sea 45 dólares neto por cada uno de los 1.967.117 coches fabricados.

* * *

Se cuenta del bandido Cole Youmger, que aunque durante muchos años llevó diez y siete balas dentro del cuerpo, murió a los setenta y dos años de edad.

* * *

Un habitante de la Georgia posee una gallina que pone los huevos dobles y cada huevo contiene dos yemas que miden siete pulgadas y media en óvalo.

* * *

En una granja de Milwaukee (Estados Unidos), una ola de calor asfixió a infinidad de gallinas, lo que hizo que los granjeros montasen un ventilador práctico y, de este modo, lograron que el resto del gallinero no sucumbiese.

* * *

Cuando un trasatlántico noruego entra en Bergen, desde los Estados Unidos, los pasajeros suben sobre cubierta y cantan el himno nacional.

* * *

Las palomas mensajeras las emplean los transportadores de hielo en el Valle Imperial, de California. En caso de necesidad dejan marchar una de aquéllas, que va a reclamar auxilio a la oficina central.

* * *

Los agentes de tráfico en Dimstable, llevan largos impermeables blancos. Eso es a consecuencia de que varios de ellos han sido atropellados de noche por los vehículos.

* * *

Los artistas que son miembros de la Real Academia Británica, tienen que retirarse al llegar a los sesenta y cinco años de edad.

* * *

Un médico alemán, cuya clientela no debía ser por cierto muy exigente, cuando le deja tiempo para ocuparse de estas cosas, ha calculado el trabajo que realiza el corazón de un hombre sano.

En las condiciones normales, este órgano ejecuta unos 72 latidos por minuto, o sea 4.320 por hora.

En consecuencia, el corazón de un hombre de cincuenta años ha latido 1.892.160.000 veces, y puede fácilmente calcularse a donde llegará esa cifra respecto a una persona de mayor edad.

Realmente, el corazón es el órgano al que el cuerpo humano reclama más trabajo. No es, pues, de asombrarse, si de vez en cuando se manifiesta cansado.

# Jura de la bandera por los conscriptos de Campo de Mayo



Con asistencia del presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear, de los ministros de Guerra, Relaciones Exteriores y Agricultura, del inspector general del ejército, general Ricardo Solá, y del jefe del estado mayor de la Armada, contraalmirante Carlos Daireaux, realizóse en el Campo de Mayo la ceremonia de la jura de la bandera, por los conscriptos de la clase de 1905, allí acantonados.—El palco oficial con las autoridades y un numeroso grupo de damas que presenciaron la jura.





El comandante de la división, general Aníbal J. Vernengo, leyendo ante el primer magistrado, el discurso con el que se declaraba inaugurado el obelisco conmemorativo de la adquisición del Campo de Mayo, realizada hace 25 años.



El general Vernengo arenga a las tropas, momentos antes de la jura, pronunciando una alocución relativa a la importancia del acto que iban a realizar los conscriptos de las unidades bajo su mando.



Los conscriptos, durante la realización de la ceremonia, hacen el saludo de práctica a su paso frente a la bandera.

(Fots. León).

## Demostración a la doctora María de Maeztu





La demostración ofrecida a la distinguida educadora española, doctora María de Maeztu, alcanzó las más brillantes proporciones. Un crecido número de universitarios, intelectuales y profesores rodeó la mesa tendida en los salones del Savoy Hotel y cuya cabecera se hallaba ocupada por la obsequiada a quien acompañaban, en el sitio de honor, la doctora Elvira Rawson de Dellepiane, el rector de la Universidad, doctor Ricardo Rojas, el consejero de la embajada de España, señor Alfonso Dánvila, y otras destacadas personas.—Vista parcial de la cabecera de la mesa.

## Visita de estudio al Archivo General de la Nación





Presididas por la directora de la Escuela Normal N.º 3, señorita Flora Amézola y por el profesor, doctor Miguel A. Garmendia, un grupo de alumnas del mencionado establecimiento docente, realizó una visita de estudio al Archivo General de la Nación, donde fueron deferentemente atendidos por el director de dicha repartición, don Augusto S. Mallié. — Los visitantes en una de las salas del Archivo.

## Homenaje a las víctimas de la aviación argentina





Organizado por la comisión pro vuelo Nueva York - Buenos Aires, llevóse a efecto, en el cementerio de la Recoleta, el acto de homenaje tributado a la memoria de las víctimas de la aviación nacional. Adhiriéronse a la ceremonia, la dirección del Servicio Aeronáutico del Ejército, el departamento de aviación civil y el Aero Club Argentino.—El teniente coronel Francisco S. Torres, jefe del departamento de aviación civil, haciendo uso de la palabra.



# SOCIALES



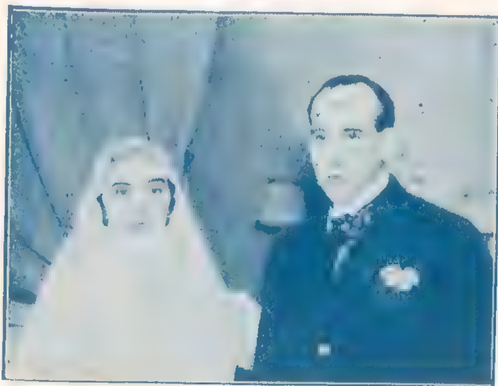
CAPITAL FEDERAL.—Señorita Elisa Suárez, recientemente desposada con el señor José Neglia.



Señora Esther Evangelina Palma Gollán de Aragón y su hijita.



Señorita Rosa Blanco, cuyo matrimonio con el señor Miguel Lecumberri Padilla, se efectuó últimamente.



La señorita Sylvia C. Sumay y el señor G. Aníbal Casale, después de su enlace.



Enlace de la señorita Alicia A. Ropelatto con el señor Juan V. Airá.



Los contrayentes, señorita María Zulema Miraglia y el señor Julio Tedesco.



Señorita Matilde González Locamoux, cuyo compromiso matrimonial con el señor Alfredo Sánchez de la Fuente, acaba de formalizarse.



Enlace de la señorita Delia Elena Galíndez, con el señor Enrique Duhart.



ROSARIO.—La señorita María Castellán y el señor Miguel A. Questa, después de sus desposorios.



Enlace de la señorita María R. Dayo Súllivan, con el doctor Alfredo M. Aprile.



La señorita María Menotti y el señor Andrés Carraro, recientemente desposados.



# DE ALTA GRACIA



Señorita Matilde Ibáñez.



Un grupo de huéspedes del Sierras Hotel, preparándose para dar un paseo serrano.



Señora Josefina Pagés de Biocca.





Señoras María Leticia Unanue de Del Piano, Celina Palacios de Buelink, Aurelia Panelo de Padilla y de Brach; señoritas María Cristina Ruiz Panelo, María Carmen Almeida, Anita Fourvel Rigolleau y señores O. Del Piano, Padilla y R. Grondona.







Niños Celina y Dieguito Buelink y Alejandro y Jorge Virasoro.





Señora Aurelia Panelo de Padilla.



Señoritas María Esther Grenway, María Esther González Escarrá y Nélida Leoni.



Señorita María Meucci y nenita Olga Carrizo Kemp.



## Actualidades cinematográficas



Douglas Fairbanks, admirable protagonista de "El pirata negro", donde reaparecerá mañana en el esplendor de su talento.



Fairbanks y Billie Dove, en un pasaje de "El pirata negro", la superproducción de gran espectáculo, en colores, que mañana presentará Artistas Unidos.



Billie Dove, nueva y bellísima artista que, secundando a Fairbanks, en "El pirata negro", alcanza un gran éxito.





Escena de "Pobre payaso", film interpretado por Pauline Garon, Cullen Landis, Robert Graves y Martha Mattox, que la General estrenará el domingo próximo.



Nita Naldi y Lewis Stone, en "La mujer que mintió", cinedrama que Glücksmann exhibe desde el viernes último.



Escena de "La llegada de amos", cinta de Cecil de Mille, interpretada por Rod La Roqué, Jetta Dongael y Noah Beery, que Glücksmann exhibe desde ayer.



Olive Borden y Ralph Ince, en "Dedos amarillos", film que la Fox estrenará el jueves próximo.



Escena de "Héroe de las nieves", film del cual es protagonista el perro Rin-Tin-Tin, y que la General estrenará el viernes.



## Match internacional de balón entre argentinos y uruguayos



Equipo de Periodistas Uruguayos, vencido por Deportivo Argentino, en el partido internacional de balón realizado en el field de Sportivo Barracas.



Cuadro del Club Deportivo Argentino, a quien correspondió el triunfo sobre Periodistas Uruguayos, por un "score" de 15 a 5 goals.



Una incidencia del juego.



El juez que actuó en el partido, señor A. Domínguez (a la izquierda), acompañado de los capitanes de ambos equipos.



Otra instantánea del partido, tomada frente á la valla argentina.

## Football. - Argentinos Juniors v. Chacarita Juniors



Team de Argentinos Juniors que venció a Chacarita Juniors por un "score" de 2 a 1 goals.



Representantes del Chacarita Juniors, derrotados por Argentinos Juniors, en el encuentro sostenido en la cancha de los primeros.

# NOTA DE ARTE



De izquierda a derecha: "Acuyco", (tipo de la raza aymará), busto tallado en madera; "Retrato de la señorita Rivas", escultura en bronce; "Indio yungueño", de Bolivia, tallado en madera. Obras que el escultor Luis Perlotti expondrá en el próximo Salón Nacional.











# Concurso de tiro en Rufino



Señores teniente coronel Arana (1), director de Tiro y Gimnasia; Rodolfo Giovanelli (2), presidente del Tiro Federal de Rufino; L. Sosa (3), comisario general del Tiro, y los delegados de las 7 sociedades sorteadas, que integraron el jurado que actuó durante el campeonato de tiro de la bandera, efectuado en Rufino.



Señores A. Bonaparte, R. R. Echezarreta y S. Amiano, que constituyeron el equipo de Concordia, al cual correspondió el campeonato de la bandera, por 590 puntos.



Armando Armela, del equipo de Rufino, clasificado campeón individual con 203 puntos. (Fots. Della Mattia.).

# Fray Mocho en Rosario de Santa Fe

Aspecto que ofrecía el salón del Club Italiano, durante la realización del banquete popular con que la colectividad italiana obsequió a los aviadores Duggan, Olivero y Campanelli, tripulantes del "Buenos Aires", por la feliz terminación del raid Nueva York - Buenos Aires.





Los mencionados aviadores, mientras realizaban su visita al Club Regatas Rosario.



Duggan, Olivero y Campanelli, disponiéndose a efectuar un paseo fluvial por el puerto de Rosario.



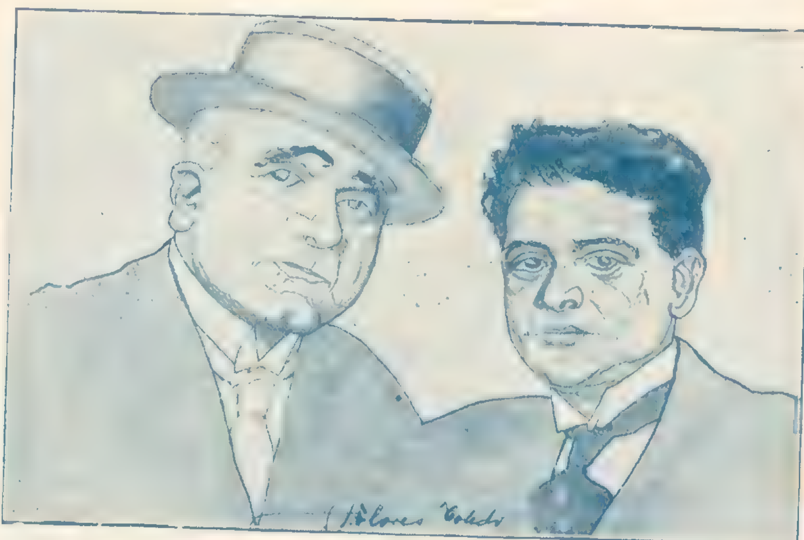
Sarita Guibert, notable declamadora que alcanzó un brillante éxito en la fiesta organizada por el Consejo Nacional de Mujeres.



Una instantánea de la procesión de Santa Rosa de Lima, tomada mientras recorría las calles de la ciudad.



Lolita Delfina Almirón, que se ha revelado como una sorprendente concertista de guitarra. Le acompaña su señor padre y profesor, don Bautista S. Almirón.




Señores Luis Carpentiero y José Cavalieri, activos empresarios de los teatros Colón y Olimpo.—Caricatura de nuestro corresponsal, señor Flores Toledo.

# LOLA VARONA

Por Ramón del Valle Inclán

Los perros de caza iban y venían con carreras locas, avizorando las matas, horadando los huecos zorrales, y metiéndose por los campos de centeno con alegría ruidosa de muchachos. Ramiro Mendoza, cansado de haber andado todo el día por cuetos y vericuetos, apenas ponía cuidado en tales retozos: con la escopeta al hombro, las polainas blancas de polvo, y el ancho sombrero en la mano, para que el aire le refrescase la asoleada cabeza, regresaba a Villa Julia, de donde había salido muy de mañana. El Duquesito, como llamaban a Mendoza en el "Foreigner Club", era cuarto o quinto hijo de aquel célebre duque de Ordax, que murió hace algunos años en París, completamente arruinado. A falta de otro patrimonio, heredara la gentil presencia de su padre, un verdadero noble español, quijotesco e ignorante, a quien las liviandades de una reina dieron pasajera celebridad. Aun hoy, cierta marquesa de cabellos plateados — que en un tiempo los tuvo de oro, y que fué muy bella, — suele referir a los íntimos que acuden a su tertulia, los lances de aquella amorosa y palatina jornada.

El duquesito caminaba despacio y con fatiga. A mitad de la cuestecilla pedregosa, como oyese rodar algunos guijarros tras sí, hubo de volver la cabeza. Tula Varona bajaba corriendo, encendidas las mejillas y los rizos de la frente alborotados.

—¡Eh! ¡duque! ¡duque! ¡Espere usted, hombre!

Y añadió al acercarse:

—¡He pasado un rato horrible! ¡Figúrese usted que unos indígenas me dicen que anda por los alrededores un perro rabioso!

Ramiro procuró tranquilizarla:

—¡Bah! no será cierto: si lo fuese, crea usted que le viviría reconocido a ese señor perro.

Al tiempo que hablaba, sonreía con ese modo fatuo y cortés, que es frecuente en labios aristocráticos. Quiso luego poner su galantería al alcance de todas las inteligencias, y añadió:

—Digo esto, porque de otro modo quizá no tuviese...

Ella interrumpióle saludando con una cortesía burlona:

—Sí, ya sé: de otro modo, quizá no tuviese usted el alto honor de acompañarme.

Se reía con risa hombruna, que sonaba de un modo extraño en su pálida boca de criolla. Llevaba puesto un sombrerete de paja, sin velos ni cintajos, parecido a los que usan los hombres, guantes de perfumada gamuza y borceguíes blancos, llenos de polvo. Su cabeza era pequeña y airosa; el rostro gracioso, el talle encantador. Gastaba corto el cabello, lo cual le daba cierto aspecto alegre y juguetón. Rehizo en el molde de su lindo dedo los ricillos rebeldes que se le entraban por los ojos, y añadió:

—Venga acá la escopeta, duque. Si aparece por ahí ese perro, usted no debe tirarle: es cuestión de agradecimiento. ¡Antes morir!

Riendo y loqueando, tomó la escopeta de mano del duquesito, y se puso a marcar el paso. Sus movimientos eran muy graciosos; pero su alegría, demasiado nerviosa, resultaba inquietante como las caricias de los gatos. El duquesito, que se había quedado atrás, la desnudaba con los ojos. ¡Vaya una mujer! tenía los contornos redondos, la línea de las caderas ondulante y provocativa... El buen mozo tuvo intenciones de cogerla por la cintura y hacer una atrocidad; afortunadamente, su entusiasmo halló abierta la válvula de los requiebros:

—¡Encantadora Tula! ¡admirable! ¡Parece usted Diana cazadora!

Tula, medio se volvió a mirarlo.

—¡Ay! ¡cuantísima erudición! Yo estaba en que usted no conocía íntimamente otra Diana que la artista de Parish.

Era tan maligna la sonrisa que guiñaban sus negros ojos, que el duquesito, un poco mortificado, quiso contestar a su vez algo terriblemente irónico; pero en vano escudriñó los arcanos de su magín. La frase cruel, aquella de tres filos envenenados que debía clavarse en el corazón de la linda criolla, no pareció. ¡Oh! ¡pobres mostachos, que furiosamente retorcieron entonces los dedos del duquesito!

Como cien pasos llevarían dados, y Tula, que caminaba siempre delante, se detuvo esperando a Mendoza.

—¡Ay! tengo este hombro medio deshecho. Tome usted la escopeta: ¡es más pesada que su dueño!

El otro la miró, sin abandonar la sonrisilla fatua y cortés. ¡La ironía! ¡la terrible ironía acababa de ocurrírsele!

—¡Eso!... ¡quién sabe, Tula! Usted aun no me ha tomado a peso.

Y se rió sonoramente, seguro de que tenía ingenio.

Tula Varona lo contempló un momento a través de las pestañas entornadas.

—¡Pero hombre! ¡que sólo ha de tener usted contestaciones de almanaque! Le he oído eso mismo cientos de veces. ¡Y la gracia está en que tiene usted la misma respuesta para los dos sexos!

Como iba delante, al hablar volvía la cabeza, ya mirando al duquesito por encima de un hombro, ya del otro, con esos movimientos vivos y gentiles de los pájaros que beben al sol en los arroyos.

De aquella mujer, de sus trajes y de su tren, se murmuraba mucho en Villa Julia; sabíase que vivía separada de su marido, y se contaba una historia escandalosa. Cuando su doncella, una rubia inglesa, muy al cabo de ciertas intimidades, deslizó en la orejita nacarada y monísima de la señora, algo como un eco, de tales murmuraciones, Tula se limitó a sonreír, al mismo tiempo que se miraba los dientes en el lindo espejo de mano que tenía sobre la falda—un espejillo con marco de oro cincelado, que también tenía su historia galante.—Tula Varona reunía todas las excentricidades y todas las audacias mundanas de las criollas que viven en París: jugaba, bebía y tiraba del cigarrillo turco, con la insinuante fanfarronería de un colegial. Al verla apoyada en el taco del billar, discutiendo en medio de un corro de caballeros el efecto de una carambola, o las condiciones de un caballo de carreras, no se sabía si era dama genial o una aventurera muy experta.

---

Del sombrío caminejo de la montaña salieron a un gran raso de césped, en mitad del cual había una fuentecilla: rodeábanla macizos de flores y bancos de hierro, colocados en círculos, a la festoneada sombra de algunos álamos. Grupos de turistas venían, o se alejaban por la carretera. Dos jovencitas, sentadas cerca de la fuente, leían, comentándola, la carta de una amiga; algunas señoras pálidas y de trabajoso andar llamaban a sus maridos con gritos lánguidos; y una niñera que tenía la frente llena de rizos, contestaba, haciendo dengues, las bromas verdes de tres elegantes caballeretes. Se veían muchos trajes claros, muchas sombrillas rojas, blancas y tornasoladas. Tula llenó en la fuente su vaso de bolsillo, una monería de cristal de Bohemia, y lo alzó desbordante:

—¡Duque! ¡Brindo por usted!

Bebió entre los cuchicheos de las dos jovencitas que leían la carta. Al acabar, estrelló el vaso contra las rocas, y se echó a reír de un modo provocativo.

—Vámonos, duque, no escandalicemos.

Estaba muy linda: el sol la hería de soslayo; el viento le plegaba la falda.



## ANÉCDOTA

*El gran estadista español don Antonio Cánovas del Castillo, asistía a una reunión que daba la duquesa de la Torre, entonces en la plenitud de su soberana hermosura.*

*A la hora de sentarse a la mesa, dijo la duquesa a Cánovas:*

*—Don Antonio, va usted a ocupar el puesto de mi marido.*

*—¿Hasta qué hora, señora duquesa? — contestó galantemente Cánovas.*

Desde la explanada dominábase el vasto panorama de la ría guarnecida de rizos: los tilos del paseo de París y las torres de la ciudad destacábanse sobre la faja roja que marcaba el ocaso. Después de un centenar de pasos, empezaban los palacetes modernos. Tula se detuvo ante la verja de un jardincillo. Tiró con fuerza de la cadena que colgaba al lado de la puerta; y después dijo, introduciendo el enguantado brazo por entre los barrotes:

—¡He aquí mi nido!

Los rayos del sol, que se ponía en un horizonte marino, cabrilleaban en los cristales. Era un hermoso nido, rodeado de follaje, con escalinata de mármol, y balcones verdes, tapizados de enredaderas. Tula tendió con gallardía la mano al duquesito, y mirándole a los ojos, pronunció con su acariciador acento de criolla:

—¿No quiere usted hacerme compañía un momento?... Tomaríamos mate a estilo de América.

El otro tuvo algún titubeo, y a la postre concluyó por animarse. Su amiga le hizo pasar a un saloncito sumido en amorosa penumbra. El ambiente estaba impregnado del aroma meridional y morisco de los jazmines que se enroscaban a los hierros del balcón. Tula indicóle asiento con una graciosa reverencia, y se ausentó velozmente, no sin tornar alguna vez la cabeza para mirar y sonreír al buen mozo.

—¡Vuelvo, duque, vuelvo! No se asuste usted.

El duquesito la siguió con la vista. Tula Varona tenía ese andar cadencioso y elástico que dejan adivinar unas piernas largas y esbeltas de Venus griega. No tardó en aparecer envuelta en una bata de seda azul celeste, guarnecida de encajes. Posado en el hombro, traía un lorito, que salmodiaba el estribillo de un "fado»» brasileño y balanceaba, a compás, su verde caperuza. De aquella traza recordaba esos usiniados de los códices antiguos, que representan emperatrices y princesas aficionadas a la cetrería, con rico brial de brocado, y un hermoso gavilán en el puño. Dejó el loro sobre la cabeza de una estatuilla de bronce, capricho artístico de Pradier, y se puso a preparar el mate sobre una mesa de bambú, en un rincón del saloncillo. De tiempo en tiempo, volvíase, con gentil escorceo de todo el busto, para lanzar al duque una mirada luminosa y rápida. Conocíase que quería hacer la conquista del buen mozo, y adoptaba con él aires de coquetería afectuosa; pero en el fondo de sus negras pupilas temblaba de continuo una risita burlona, que simulaba contenida por el marco de aquellas pestañas, rizas y luengas que, al mirar, se entornaban con voluptuosidad americana.

Dejaba pasar pocos momentos sin dirigir la palabra a su amigo, y cuando lo hacía, era siempre de un modo picado y rápido. Colocaba la yerba en el fondo del mate, y se volvía sonriente.

—A esto llaman acá cebar...

Echaba agua, tomaba un sorbo y añadía:

—Es operación que hacen las negritas.

Y después de otro momento, al poner azúcar:

—No crea usted, tiene sus dificultades.

Cuando hubo terminado, llamó a Ramiro de Mendoza, que en el otro extremo de la habitación pasaba revista a una legión de idolillos indios esparcidos a guisa de *bibelots*, sobre un mueble japonés. El buen mozo la felicitó campanudamente por aquella encantadora genialidad. Tula entornó sus aterciopelados ojos:

—¡Oh!, muchas gracias!

Los elogios de un hombre tan elegante no podían menos de serle muy agradables, pero ¡ay! resistíase a creer que fueran sinceros. Ramiro protestó con mucho calor, y aquella protesta, le valió una de esas miradas femeninas de parpadeo apasionado y rápido.

Para explicarle cómo se tomaba el mate, Tula llevóse a los labios la boquilla de plata y sorbió lentamente. A menudo alzaba los párpados y sonreía. Los rizos caíanle sobre los ojos; el cuello mórbido y desnudo, graciosamente encorvado, parecía salir de una cascada de encajes; la azul y ondulante entreabertura de la manga dejaba ver en incitante claroscuro, un brazo de tonos algo velados y dibujo intachable, que sostenía el mate de plata cincelada. Tula levantó la cabeza y murmuró en voz baja e íntima:

—Pruebe usted, Ramiro; pero tiene usted que poner los labios donde yo los he puesto... Tal es la costumbre. ¡La boquilla no se cambia!...

Ramiro la interrumpió: aquello era precisamente lo que él encontraba más agradable. Callóse a lo mejor, viendo entrar a un lacayo, mulato, que traía una bandeja con pastas y licores. ¡Hay que imaginarse a Tinito! Una figurilla renegrida, manchada de hollín, una librea extravagante; una frente llena de rizos negros y apretados, como virutas de ébano; unos ojos vivos, asomando por debajo de las cejas, crespas y caídas, de manillo encantador y burlón.

Tula llenó dos copas muy pequeñas:

—Va usted a tomar "Licor de Constantinopla", regalo del embajador turco en París.

Con un gesto le pidió el mate para ponerle más agua. Antes de volvérselo, dió algunos sorbos, al mismo tiempo que de solasyo lanzaba miraditas picarescas a Mendoza.

—Ahora, supongo que le gustará a usted más...

—¡Naturalmente, Tula!

—No sea usted malicioso. Dígolo, porque está menos amargo.

Después del mate, la plática tonia carácter más íntimo. El duquesito cuenta su género de vida en Madrid: su afición a los toros, su santo horror a la política; recuerda las agradables veladas musicales en las habitaciones de la Infanta, los saraos de la condesa de Cela. Sentía él necesidad de hablar con Tula, de contarle cuánto pensaba y hacía. ¡Lo escucha ella con tanto interés! A veces lo interrumpe, dirigiéndole alguna frase de magistral coquetería y le da golpecitos en las rodillas con un largo abanico de palma que ha tomado de encima del piano. El duquesito se acaricia la barba maquinalmente, sin ser dueño de apartar los ojos ni un momento de aquel rostro picaresco y riente, que aun parece adquirir gentileza, bajo el tricornio, hecho con un número antiguo de *Le Figaro*, que entre burla y coqueteo, la criolla acaba por encasquetarse sobre los rizos, con tan buen donaire, que nunca estudiantillo de la tuna lo tuvo igual.

—¿Qué tal, duque?

—¡Sublime! ¡Encantadora! ¡Deliciosísima!

---

En el vestíbulo, tras la puerta de cristales del saloncito, se dibujó el perfil de una señora anciana, la cual, después de haber observado un instante, asomó la cabeza sonriendo cándidamente.

—¿No ha venido el señor Pepolasca?

—No, tiíta. Pero, ¿qué hace que no pasa? Andeles, tomará mate.

La tiíta dió las gracias. Era una señora que tenía siempre grandes quehaceres, y se alejó a saltitos, haciendo cortesías a Ramiro Mendoza, que retorcía entre sus dedos furibundos las guías del bigote a lo matón. Cuando hubo desaparecido la anciana, el duquesito tomó la copa, vacióla de un sorbo, y a tiempo de ponerla sobre la mesa, preguntó:

—Diga usted, Tula, ¿se puede saber quién es ese Pepolasca, que al parecer viene todos los días?

La criolla no se inmutó.

—Un italiano que me da lecciones de esgrima. ¡Oh! ¡Aquí donde usted me ve, soy gran espadachina!

A todo esto, habíase puesto de pie, y se alisaba los cabellos.

—¡Vamos! ¿quiere usted que le dé unos cuantos botonazos? ¿De verdad, quiere usted?

Y señalándole el juego de floretes que había en un rincón, esparciólo sobre varias sillas y añadió:

—Allí tiene usted. ¡Y ahora veremos cuántas veces lo mato!

Se pusieron en guardia, riendo de antemano, como si fuesen a representar un paso muy divertido. Tula, con la mano izquierda recogía la cola hasta mostrar el principio de la redonda y alta pantorrilla. El duquesito dejóse tocar por cortesía, y luego emprendió uno de esos juegos socarrones de los maestros, envolviendo, ligando, descubriéndose, retrocediendo con la punta del florete en el suelo. Sonreía como un hércules que hace juegos de fuerza ante un público de niñeras y bebés. Tula acabó por enfadarse, y se dejó caer sobre el confidente, jadeante, casi sin poder hablar:

—¡Ay!... Conste que es usted un gran tirador, Ramiro, pero conste también que es usted muy poco galante.

Acabó de quitarse el guante y lo arrojó lejos de sí.

—Me ha dado usted un terrible botonazo.

Y señalaba el seno, de armonioso dibujo, oprimiéndoselo suavemente

## CALANDRIA MUERTA

En la vaga oración ensombrecida,
el ángelus de paz que aguza el valle,
muda en el vuelo y desapercibida
chocaste en los alambres de la calle,

como en lo semioscuro de nuestra alma,
al adiós de un amor que va a la muerte,
la última ilusión, volando en calma,
se estrella entre los hilos de la suerte...

Te ví caer, las alas misteriosas,
juntita a un hoyo semejante a huesa;
y te anidé en mis manos temblorosas
porque eso no era tumba a una princesa.

Hacia un cielo inmortal que acaso existe
has tornado el mirar un poco incierto.
Y al despedirte en tu agonía triste
te abandoné en la soledad de un huerto.

Vino en tu busca un niño compungido,
al mirarte también del otro lado.
Un niño como yo te ha recogido;
y sé que el niño como yo ha llorado...

¡Nadie como él y como yo en la hora
pudo llorar más hondo la tragedia
de frente a la visión perturbadora
que del abismo del destino asedia!

¡Ay, nadie como yo... llora y se angustia
con más duelo y más hondo, hermana mustia...

porque en lo semioscuro de mi alma,
al adiós de una novia ahora yerta,
mi última ilusión, volando en calma,
en hilos de una suerte ya sin palma
se estrella y se hace una calandria muerta!

ALBERTO G. OCAMPO.

con las dos manos. El duquesito preguntó sonriendo:

—¿Me permite usted ver?...

—¡Hombre, no! Puede usted desmayarse.

Tula, recostada en el confidente, suspiraba de ese modo hondo que levanta el seno con aleteo voluptuoso. Las manos, que conservaba cruzadas, parecían dos palomas blancas, ocultas entre los encajes del regazo azul, en cuya penumbra de nido, el rubí de una sortija lanzaba reflejos sangrientos sobre los dedos pálidos y finos. Algunos pájaros de América modulaban apenas un gorjeo en sus jaulas doradas, que pendían inmóviles entre los cortinajes de los abiertos balcones; y en los ángulos, trípodes de bambú sostenían tibores con enormes helechos de los trópicos.

Ramiro Mendoza miraba a Tula de hito en hito, atusándose el bigote, sonriendo, con aquella sonrisa fatua y cortés, que jamás se le caía de los labios. A su pesar, el buen mozo sentíase fascinado, y temía perder el dominio que hasta entonces conservara de sí. Instintivamente se llevó una mano al corazón, cuya celeridad le hacía daño.

La criolla mordióse los labios disimulando una sonrisa, al mismo tiempo que con la yema de los dedos se registraba la ola de encajes, que parecía encresparse sobre su pecho; pero, no hallando lo que buscaba, alzó sus ojos hasta el duquesito.

—Eche usted acá un cigarrillo, maestro Cuchillada.

Ramiro sacó la petaca, en la que no faltaba el hípico trofeo de la montura inglesa y se la presentó abierta a la criolla.

—No hay más que un cigarro, Tula, ¿le parece a usted que lo fumemos juntos?...

Su sonrisa tenía una expresión extraña; su voz sonaba recia y velada. Extrajo el cigarro con exquisita elegancia, y continuó:

—¿Acepta usted, Tula? Lo fumaremos como hemos tomado el mate... Figúrese usted que ahora se pagan en esa moneda los derechos al estado, y que el estado en este caso soy yo, como aquel rey de Francia.

La criolla replicó con viveza y malicia:

—Pero esta personita no acostumbra a pagar derechos... Ya que para figuraciones estamos. ¡Figúrese usted que soy contrabandista!

Sus ojos brillaban con cierto fuego interior y maligno: toda su persona parecía animada de lascivo encanto, como si se hallase medio desnuda, en nido de seda y encajes, tenuemente iluminado por una lámpara de porcelana color rosa. Miró al duquesito de un modo acariciador y tierno, y se echó a reír con tal abandono, que se tiró hacia atrás en el confidente. Como la risa le duró mucho tiempo, los ojos del buen mozo pudieron pasar desde la garganta blanca y tórnatil, sacudida por el coro de carcajadas cristalinas, hasta las pantuflas turcas, y las medias de seda negra, salpicadas de mariposillas azul y plata y extendidas sin una arruga sobre la pierna... Tula se incorporó, haciendo al duquesito lugar a su lado en el confidente, envolviéndolo al mismo tiempo en una mirada sostenida con los ojos medio cerrados.

—¡Dios mío! ¡Va usted a creer que soy una loca!

El se inclinó con gallardía.

—Lo que creo es que el loco acabaría por serlo yo, si tuviese la dicha de permanecer mucho tiempo al lado de mujer tan adorable.

—Pues si tiene usted miedo, otra vez le cerraré la puerta.

Sabía ella decir todas estas trivialidades con coquetería insinuante y graciosa. Su charla alegre y burbujeante parecía libada en una copa llena de vino de Falerno y hojas de rosa, pero el hechizo incomparable de aquella mujer hallábase en el movimiento provocativo y picaresco de los labios, que, en cada frasecilla, engastaban un grano de sal que se cristalizaba en forma de diamante.



La criolla habla, no se mueve, gesticula, todo a un tiempo, con coquetería vivaz e inquietante. Como al descuido, su pie delicado y nervioso, entretenido en hacer saltar la babucha turca, rozó el pie y la polaina del duquesito, quien, espoleado por aquellos rápidos contactos, se aventura a rodear con un brazo el talle de la criolla, bien sin osar estrecharlo. Aprovechando un momento en que ella torna la cabeza, se inclina y la besa en los cabellos, furtivamente, con ternura tímida. La criolla lanza un grito trágico.

—¡Me ha besado usted, caballero!...

—¡Tula! ¡Tula!... ¡Perdone usted! ¿No ve usted que estoy loco?... ¡Déjeme que la adore!...

Habíale cogido las manos, y le besaba la punta de los dedos suspirando. Tula le veía temblar, sentía el roce de sus labios, oía sus palabras llenas de ardimiento, y experimentaba un placer cruel al rechazarlo tras haberlo tentado. Arrastrada por esa coquetería peligrosa y sutil de las mujeres galantes, placíale despertar deseos que no compartía. Pérfida y desamorada, hería con el áspid del deseo, como hiere el indio sanguinario para probar la punta de sus flechas.

Ramiro Mendoza no pudo contenerse más, y la estrechó con ardor. Ella se desasió rechazándolo:

—¡Déjeme usted, canalla!

Cogió uno de los floretes y le cruzó la cara. El duquesito dió un paso, apretando los dientes; ella, en vez de huirle, acerada, erguida, como viborilla a quien pisan la cola, le azotó el rostro, una y otra vez, sintiendo a cada golpe esa alegría depravada de las malas mujeres cuando cierran la puerta al querido que muere de amor o de celos.

—¡Salga usted! ¡Salga usted!

Al ruido acudió Tinito: su faz de diablillo ahumado dibujaba una sonrisa grotesca. Para él todo aquello era un juego de los señores.

—¿Mi amita manda alguna cosa?

—Sí; enseña la puerta a ese caballero.

El duquesito, lívido de coraje, salió atropellando al criado. La criolla, apenas le vió desaparecer, hizo una mueca de burla, y se encasquetó el tricornio de papel; luego, saltando sobre un pie, pues en la defensa escurriósele una pantufla, se aproximó al espejo. Sus ojos brillaban, sus labios sonreían, hasta sus dientecillos blancos y menudos parecían burlarse, alineados en el rojo y perfumado nido de la boca; sentía en su sangre el cosquilleo nervioso de una risa alegre y sin fin que, sin asomar a los labios, deshacíase en la garganta y se extendía por el terciopelo de su carne como un largo beso. Todo en aquella mujer cantaba el diabólico poder de su hermosura triunfante. Insensiblemente empezó a desnudarse ante el espejo, recreándose largamente en la contemplación de los encantos que descubría: experimentaba una languidez sensual al pasar la mano sobre la piel fina y nacarada del cuerpo. Habíansele encendido las mejillas, suspiraba voluptuosamente entornando los ojos, enamorada de su propia blancura, blancura de diosa tentadora y esquiva...

¡Diana cazadora la llamara el duquesito, bien ajeno al símbolo de aquel nombre!

## RUINAS

*Deidad del templo en ruinas, escúchame: Las rotas cuerdas de Viná no cantan ya más tus alabanzas; las campanas no anuncian ya más, al anochecer, la hora de tu adoración. El aire está quieto y silencioso en torno tuyo.*

*A tu estancia desolada llega el soplo vagabundo de la primavera. Trae noticias de flores; de las flores que a tu culto ya no se ofrecen más.*

*Tus devotos de antes marchan errabundos, anhelando una gracia que les es rehusada.*

*Al caer del día, cuando las luces y las sombras se mezclan a la melancolía del polvo, tus fieles retornan cansados a las ruinas de tu templo, con hambre en el corazón.*

*¡Cuántos días consagrados han transcurrido para tí en el silencio, deidad del templo en ruinas!*

*¡Cuántas noches de culto han pasado para tí, con tu lámpara extinguida!*

*Así, también, artífices del arte han eleborado múltiples imágenes nuevas, y a todas ellas, cuando ha sido la hora, las ha arrastrado al arroyo sacro del olvido.*

*Y entretanto, deidad del templo en ruinas, pasas sin oración y quedas desolada.*

RABINDRANATH TAGORE.

## LA PIEDRA CONMEMORATIVA

Blum se encuentra con Weil.

—Buen día, Weil. ¿Cómo te va?

—Bien, gracias. ¿Y a ti?

—Bien, gracias. Pero, ¿qué es lo que veo? ¡Qué soberbio brillante llevas en la corbata! ¿Has ganado la lotería?

—No.

—Entonces, ¿has robado?

—¡Estás loco, Blum! ¿Me crees capaz de una mala acción?

—¿De dónde te viene, pues, ese brillante?

—Te lo diré, aunque no lo mereces. ¿Conocías a Bloch, que murió hace quince días? No me dejó nada, personalmente; pero me pidió que destinara su fortuna a la adquisición de una piedra conmemorativa. Y bien: este brillante es la piedra conmemorativa.

# LA MUJER DEL OLEO

Por Arturo Alezzandrini

Cinco campanadas nostálgicas sonaron en la lejanía. No hacía aún mucho rato que la vocinglería había cesado por fin. Todos, como sumidos en un gran sopor colectivo habíanse ubicado con abandono, adoptando posiciones g r o s e r a s. Echados en los cojines unos, tendidos en los divanes los otros. Sólo Juan Ambrosio Rusel permanecía de pie, con la mirada vaga puesta en un óleo pequeñuelo que pendía desde lo alto, sujeto por una delgada cadenilla de bronce.

El departamento de soltero que había instalado Abelardo Cornejo, era, al decir de los entendidos, un primor de maravilloso ataviaje exótico. En aquella fiesta, precisamente, alguien le dió el nombre de "Templo del Apocalipsis". Entre los soporizados, algo por la costumbre y algo por el efecto de los licores y la cocaína, se podían distinguir algunos personajes interesantes. Estaban presentes Norberto Ruvisier, hombre mundano, viajero incorregible, que había adquirido, por el ejercicio de los viajes, el hábito de la decepción y de la indiferencia; Antuco Raynes, escultor por oficio, pero apenas yesero por temperamento; José Alvarez Monquijo, barón de una rancia genealogía hispana, si hemos de creer en sus aseveraciones; Jaime Rubilar, un muchachón atlético y bien nacido, que vivía a expensas de Abelardo Cornejo. Esta era su única ocupación. Los demás invitados eran Rodolfo Rayes, Marcos Goliardo, Raúl Pedraza y otros. Haciendo un pequeño esfuerzo, Norberto Ruvisier, se levantó de un diván y encendió un cigarrillo turco y luego de saborear una fumada, fué hacia Rusel.

—¿Estás reconcentrado en algo interesante, chico?

Rusel se estremeció. En seguida contestó disimulando con el tono:

—No, no. Estaba simplemente tratando de recordar dónde había visto antes ese pequeño óleo.

—No es difícil que lo hayas visto en algún escaparate de compraventa bonaerense, aunque aseguren que lo ha traído Abelardo de París, obsequiado por la dama que retrata.

—¿Por la dama que retrata...? —repitió Rusel con amargura.

—Sí, hijo, sí; — prosiguió Ruvisier, volviendo a saborear el cigarrillo.—Ella es en Montmartre algo así como la Pompadour entre los gentiles de la corte de Luis XIV. Estás frente al retrato de una mujer conceptuada por muchos, como interesante y convertida en heroína de folletín por más de un exaltado publicista. A esa misma mujer se le adjudican las más variadas y variables aventuras sentimentales. Con decirte que por poco llega a despertar mi atención, creo haberte significado mucho...

Rusel quedó pensativo...

José Alvarez Monquijo, disimulando un bostezo, se incorporó. Obsérvóse a sí mismo con sorpresa, quizá al darse cuenta que él, un gentilhombre, se había acostado sobre una piel de oso. Luego se encogió de hombros y tomando un espejo de mano que descansaba sobre un banquito árabe, se entretuvo en el arreglo de su corbata y la observación de su imagen.

Juan Ambrosio Rusel, después de un profundo suspiro y corriendo una mano por el hombro de Ruvisier, le dijo tristemente:

—Norberto, me hiciste un gran mal cuando me invitaste a esta casa.

—¿Un gran mal? Si no te explicas...

—Esa mujer del cuadro ha sido mi primer amor, mi único amor, la más intensa pasión de mi vida; el agua buena y pura de mi sed interior. Yo he sido para ella el primer hombre. ¿Comprendes ahora?

—No te comprendo aún. Mejor dicho, no puedo comprenderte. El pasado es una cosa muerta que, en mi criterio, no merece otra consideración que la del recuerdo, apenas.

—Eso es precisamente lo que me martiriza: el recuerdo. Yo creí en ella. La suponía en su pequeña aldea natal, donde nos conocimos, donde vivimos las primeras ansias, donde sentimos las más ardientes emociones idílicas. Y ahora, Abelardo Cornejo, bajo la influencia del alcohol, me ha contado cosas monstruosas de la mujer que ves en ese cuadro, cuya cara angelical no hace suponer tanta desvergüenza...

—...Pero, chico, piensa que son cosas de la vida, simplemente. Haz lo que dice el estribillo del cuplet: "Déjala correr".

Juan Ambrosio se golpeó el frontal con el puño y echando la cabeza hacia atrás, suspiró profundamente. En seguida, empujando con suavidad a Ruvisier lo condujo a la habitación contigua.

Era el dormitorio de Cornejo, una alhaja. Su confort chinesco antiguo, la combinación incomparable de luces desmayantes, el tapizado negro (con fantasmagóricos dragones bordados en oro), los divanes y sillones, la pared recubierta por un regio damasco de seda, de raro gusto, el lecho mandarinesco, las armaduras, los escudos, atribuídos a un poderoso mongol, y todo ese misterio legendario en los objetos, daban a la "chambre chine" el aspecto de un aposento impresionante.

Rusel, con mucha gravedad, comenzó a relatar:

—Viajaba por Francia, no hace de esto muchos años: solamente tres. Viví, primeramente en París, pero muy pronto me hastié de su frivolidad. Mi espíritu necesitaba de otro ambiente. Decidí tomar algunos apuntes en los paisajes de la Champaña y tomé boleto para el norte. Elegí la estación que me pareció más simpática por su nombre; resultó ser Chateau Blanche. Una vez llegado me alojé en un hotelucho de la carretera. La dueña, una viuda rolliza y entrada en años, me atendía como a un familiar enriquecido. Georgette Marcel, la mujer del óleo, era entonces una criatura de diez y siete años, con todos los encantos de su bello físico y de su edad. Solíamos ir juntos hasta aquel trágico y maravilloso Marne que serpenteaba a pocos kilómetros hacia el sud. Le agradaba portar la caja de pinturas, mientras yo llevaba el caballete y las telas.

Nuestras visitas al río se hicieron cada día más frecuentes, cada día más interesantes. Georgette se entretenía horas enteras contemplándome trabajar. Poco a poco mi espíritu se fué impresionando de aquella criatura exquisita, hasta que por fin me fué imposible pintar sin el acicate de su compañía. Una tarde de agosto, una de esas tardes de Francia, calurosas y apasionadas, que convulsionan el instinto y adormecen el sentimiento, fué la que nos transportó, mutuamente, hasta llegar donde yo no quise suponerlo nunca. Georgette Marcel ese día estaba radiante de belleza, ligera de ropas, un escotado batón ajustado dejaba entrever sus formas venustas. El calor exigía esa indumentaria. Hasta ese momento nunca había observado en Georgette Marcel ese enigmático y delicado atractivo de la mujer fran-

## PRIMAVERA

*Al poeta Fermín Estrella Gutiérrez.*

Bienvenida seas, Primavera hermosa,
Bienvenido sea tu infinito cielo,
Bienvenido el rosa de tus alboradas,
Bienvenido el verde que contigo ha vuelto.

Ya sus noches largas y sus grises tardes
De meditación, se llevó el Invierno.
Fuí tan pesimista durante sus horas;
Que pensé, que estaba como un árbol muerto;

Mas tú, me has traído, Primavera hermosa,
Como savia al árbol, unos ojos nuevos;
Y veo a los hombres que he visto tan malos,
Tan mansos y dóciles como los corderos.

Bienvenida seas, Primavera hermosa,
Bienvenida seas por tu suave cielo,
Por tus campos verdes, por tus alboradas,
Por tu savia joven y mis ojos nuevos.

GERVASIO ESPINOSA.

## ANÉCDOTA

*La víspera del día en que tuvo lugar la elección de Loubet para presidente de la república francesa, su esposa juzgó prudente agregar a las recomendaciones humanas el concurso de la Providencia.*

*Fuése a San Sulpicio al atardecer y solicitó un confesor, para poder comulgar al día siguiente. Concluída la confesión, el cura, despojándose de la severidad de su papel, habló de cosas profanas y entre ellas del acontecimiento político que se preparaba.*

*La penitente no decía nada al respecto, limitándose a contestar con monosílabos.*

*—En fin, querida hija—terminó diciendo el confesor;—ve en paz y ruega, como ruego yo, para que no caiga la presidencia en manos de ese canalla de Loubet!*

cesa. Su cutis alabastrino, sus ojos glaucos, su boquita grana y diminuta, entreabierta, por lo que yo supuse una infinita sed de amor, me obligaron a decirle, mientras abandonaba los pinceles: "Georgette, nunca como hoy le he visto tan divinizada. Ha sido usted hasta este momento mi amorosa inspiradora... pero en adelante será para mí algo más humano, será usted la insustituible criatura de mis sueños, de mis ansias. La amo, Georgette, con toda mi alma".

Le tomé los brazos, y ella cerrando sus divinos ojos, ¿qué crees, mi buen Norberto, que atinó a contestar?

Ruvisier, interesado en el relato, se concretó a mirar con fijeza a Juan Ambrosio, como invitándolo a continuar. Rusel se puso solemne y prosiguió:

—Y entre dientes, balbuceó ella con acento tembloroso: "Yo también le amo". Abrió sus ojos, los fijó en los míos y me conmoví. ¡Era feliz! La besé con fruición una y mil veces. Nos besamos ardorosamente... en fin...

Rusel suspiró, encendió un cigarrillo y obsequió a su amigo. En seguida continuó:

—Pasaron algunos meses, nos amamos con tierna pureza. Jamás volvimos a repetir las escenas bestiales de aquella tarde canicular. Poco después resolvimos que yo viniera a exponer mis paisajes en Buenos Aires. Antes de salir para Francia, había prometido a mi madre, volver con material y exponer. No quería faltar a mi palabra. Luego regresaría y nos casaríamos inmediatamente. El silbato penetrante del tren anunció aquel día nuestra separación. En ese instante juró esperarme, esperarme plena de fe, con la confianza que mantienen las pasiones sinceras. Nos abrazamos, más que como dos amantes, como dos viejos amigos.

A poco Georgette Marcel quedaba allá, en el pequeño andén, agitando su pañuelito coquetón. Por último la perdí de vista. Dos gruesas lágrimas humedecieron entonces mis mejillas. Me sumí en la evocación de su figura esbelta. Forjé en mi imaginación su personalidad y desde entonces la comparé siempre con las mujeres santas.

Nos escribimos con regularidad. Ahora recién me lo explico todo: Georgette Marcel iba a Chateau Blanche, leía mis cartas, me hacía la limosna de la contestación y luego retornaba a París, a la orgía, a la vida galante. Mientras yo luchaba aquí sin descanso, obsesionado en depararle una existencia cómoda y halagüeña. ¿Sabes lo que dice ahora de mí aquel ángel de mis vehemencias? Escucha: Hacían fiesta en un atelier de la calle d'Hauteville. Entre los presentes estaban Abelardo Cornejo y ella. A poco rato alguien se ocupó de nuestro país. Hablaron casi todos con más o menos dosis de ironía. Por último vinieron las opiniones femeninas; entonces fué cuando dijo Georgette Marcel: "Conozco a un argentino, Juan Ambrosio Rusel, buen mozo, soñador y artista, por añadidura. Le amé con todo el entusiasmo de mi juventud; me había hecho la ilusión que ese era mi hombre, uno de esos hombres audaces, aventureros, superiores. Soñé que me llevaría a conocer el mundo, que me exhibiría, que tejería intrigas, a mis expensas, con los grandes señores, que me transformaría en una cortesana famosa. Resultó lo contrario: el chico, era simplemente uno de los tantos, un hombre vulgar. De vez en cuando me da por compararlo con este cínico talentoso de mi amante oficial y me dan ganas de reír... de reír..."

que se dibujaba en la alfombra.

—Esos papeles — dijo Rusel señalándolos con decepción — eran los pasajes para Francia. — Mañana partía para estrecharla entre mis brazos y hacerla mi esposa. Así como ellos, hechos añicos, ha



—No te asustes. Afortunadamente, en la máquina se ven las imágenes invertidas...

Esto me lo ha dicho Cornejo con la sinceridad de los ebrios. ¿Crees, Ruvisier, que puedo conformarme, como dices tú, con el recuerdo apenas?

A poco Juan Ambrosio extrajo unos papeles del bolsillo interior del saco, los observó un instante, luego haciéndolos trizas los dejó caer. Los fragmentos fueron a dar en la boca de un gran monstruo

quedado mi alma, querido Norberto.

Ruvisier se había impresionado, dió con la mano en la espalda de su amigo y acertó a decirle:

—Es una historia interesante. Esos papeles rotos no expresan otra cosa que tu salvación. Georgette Marcel es ahora una muñeca de piedra.

En el "boudoir", los adormecidos continuaban impasibles. Un rayo tempranero de sol se coló por el ventanal de vitraux. De pronto, quizá horrorizado por el ambiente, desapareció. Juan Ambrosio y Ruvisier se estaban preparando en ese instante para ausentarse de aquella casa donde sonreía picarescamente, en la tela, el rostro maravilloso de Georgette Marcel, la cortesana de moda de Montmartre.



## Ascensión aérea de Bonaparte

*Cuenta Hermann Koppel que un día de julio de 1785, un gran número de parisienses esperaba la ascensión del globo de Blanchard, al cual acompañaría un inglés, que había pagado al efecto doscientos francos.*

*Nublóse el cielo, y amenazaba fuerte tormenta; el inglés se acobardó y dijo que renunciaba al viaje aéreo, pero que le devolvieran su dinero, y como a esto último se negó Blanchard, el milord preguntó si entre la concurrencia había quién quisiera comprarle su derecho.*

*Adelantóse un muchacho de unos diez y seis años, que vestía el uniforme de la Escuela Militar, y dijo:*

*—Yo os lo compro, milord, pero no puedo pagar más que siete francos, que es lo que tengo.*

*El milord dijo que no cedería su puesto por menos de cincuenta francos, y entonces varios compañeros del alumno, vaciando sus bolsillos en obsequio de éste, reunieron hasta cuarenta y seis francos, con los que se contentó el inglés.*

*El cadete se plantó de un salto en la cesta, entre los vítores de los circunstantes, cuando entre los otros cadetes empezó a oírse:*

*—Señor Pichegru.*

*Un oficial serio, adusto, se aproximó a la barquilla y con áspera entonación dijo al futuro aeronauta:*

*—Abajo inmediatamente, señor Bonaparte; un futuro oficial del ejército de su Majestad cristianísima no debe servir de espectáculo a todo un populacho.*

*Esta vez Pichegru pudo evitar la elevación de Napoleón; más tarde le fué imposible.*

## Pequeñas causas, grandes efectos

En Edmonton, pequeña ciudad inglesa, se ha desarrollado un suceso que causó inmensa alarma.

Había sido instalado un circo, y su director había contratado a un domador que trabaja con 14 elefantes, seis tigres y seis osos.

Llegó el domador con sus animalitos, y los 14 elefantes fueron desembarcados y alineados en fila india, delante de la estación, para que fueran al circo atravesando la ciudad.

Al mismo tiempo las jaulas donde iban los tigres y los osos fueron transportadas a dos inmensos camiones-automóviles.

La extraña comitiva se puso en marcha, y cuando el primer elefante llegó al comienzo de la calle principal de Edmonton, un pequeño perro se precipitó sobre él ladrando furiosamente.

El elefante, sorprendido y aterrado, retrocedió, atropellando a los otros 13 elefantes. Todos ellos, como enloquecidos, emprendieron la fuga, y llegaron a un paraje estrecho, por el que desembocaban dos camiones-automóviles con las fieras.

Los vehículos no pudieron sostener el choque de aquellas enormes masas, y volcaron, rompiéndose las jaulas. Los tigres y los osos, puestos en libertad de tan extraño modo, se dispersaron por la población dando grandes saltos y rugidos terribles.

El pánico que se produjo en Edmonton fué espantoso.

Todas las puertas se cerraron, y algunos vecinos, desde los balcones, empezaron a disparar armas.

La policía acudió y dedicóse a la caza de fieras, ayudada por el domador y sus empleados.

Algunas personas fueron heridas, aunque no de mucha gravedad, por los osos y tigres.

El último tigre y el último oso fueron capturados en una carbonería, donde se habían refugiado, con gran terror del carbonero y de su familia.

## El terror del Atlántico septentrional

# La vigilancia de los "icebergs"

Es el Atlántico septentrional una de las zonas más peligrosas para la navegación. Cuando no reinan las tempestades, se encuentra cubierta de espesas nieblas.

En esta área, en el borde sudeste de los grandes bancos de Terranova, es donde la corriente fría del Salvador anula a la grande y poderosa corriente del Golfo.

En ese escenario se extiende espesa capa de niebla durante el 40 por 100 de los días de invierno y durante la mitad del verano.

Y, sin embargo, en esas aguas es donde el hombre ha establecido su mayor tráfico marítimo, y en los citados bancos es donde se encuentran los lugares de las mayores y más productivas pesquerías.

Allí los capitanes de los trasatlánticos, como los patrones de los barcos de pesca, temen por igual los peligros del malhumorado Océano.

Hasta hace muy poco, los navegantes del Norte del Atlántico tenían otro gran temor que añadir al cruzar aquellas aguas: la aparición inesperada de una gigantesca montaña de hielo, ocultada por la lluvia, la nieve o la niebla, que a pocos cientos de metros se presentaba amenazadora.

En esta peligrosísima área ocurrió el desastre marítimo más grande y terrible que señala la navegación transoceánica: el naufragio del *Titanic*, en la noche del 14 al 15 de abril de 1912, producida por el choque con un gran témpano de hielo, y en el que perecieron más de 1.500 almas.

### LA PATRULLA DEL HIELO

La catástrofe del *Titanic* conmocionó al mundo entero, y de todas partes surgieron voces pidiendo se tomasen medidas para evitar tales desgracias.

Inmediatamente el gobierno de los Estados Unidos destacó dos cruceros para que vigilasen las rutas de aquellos mares, hasta que desaparecieron, a fines de junio, los con razón temidos *icebergs*.

Durante el otoño del mismo año se celebró en Londres una conferencia internacional para la seguridad de la vida en el mar, y organizar unas patrullas de vigilancia en las que se emplearían buques de todas las naciones. Los representantes de las principales naciones marítimas firmaron un convenio el 20 de enero de 1914 creando el Servicio internacional de Patrullas del Hielo, de Observación y Deriva.

Los Estados Unidos fueron los encargados de organizar este servicio, y se convino en que enviaría dos buques que patrullarían por la zona peligrosa de los *icebergs*.

Todas las naciones contratantes contribuirían con una cuota en proporción a su tonelaje para el sostenimiento del servicio.

El *iceberg* ha sido siempre el temible fantasma del navegante en aquellos mares. Van flotando por el agua de aquí para allá, y se presentan cuando menos se cuenta con ellos. Van empujados por corrientes marinas, por las mareas, por los vientos, y la niebla es su cómplice y constante compañera.

Un buque navegando de noche en una zona plagada de montañas de hielo flotante tiene muchas probabilidades de recibir un golpe formidable, inesperado, que lo eche a pique en poco tiempo. En una noche estrellada y rasa, un *iceberg* no se ve a más de 800 metros; pero cuando se sabe la situación del *iceberg*, el peligro desaparece. El navegante puede cambiar de ruta.

### LA OBRA DE CATORCE AÑOS

Los hielos flotantes bajan del norte todos los años. Así ha ocurrido desde hace siglos; pero ahora todos los *icebergs* que siguen el Este de los grandes bancos para llegar a las rutas de los buques, están vigilados por la Patrulla Internacional del Hielo. Este servicio puede siempre contestar a la pregunta que constantemente hacen los navegantes: "¿En dónde está el hielo?"

Desde que, hace catorce años empezó a funcionar este servicio, no se ha señalado un solo naufragio ocasionado por los hielos flotantes.

Las montañas heladas de Groenlandia son las únicas que producen los *icebergs*, que desde allí bajan hasta las rutas marítimas recorridas por los grandes transatlánticos.

Si exceptuamos una estrecha faja en la costa, Groenlandia está completamente cubierta de hielo. El espesor de la capa de hielo allí amontonado durante centurias, se calcula en unos 1.600 metros.

La capa de hielo se mueve constantemente en dirección al mar, en grandes glaciares que resbalan por los valles. Al llegar el hielo al mar se precipita en sus aguas, y allí busca su equilibrio, flota y queda a merced de las corrientes.

El momento es terrible. La gran masa, al llegar a la orilla, se quiebra por su parte más débil con horripilante estrépito; cae al agua, desaparece y vuelve a aparecer amenazadora la enorme mole helada, para emprender su camino sin rumbo fijo, flotando en las aguas.

Navega majestuosamente, indiferentemente.

### LOS GLACIARES DE GROENLANDIA

Hay ocho glaciares principales productores de *icibergs*. Los peores, o los mejores, es decir, los que más hielos flotantes arrojan al Atlántico son los de Disko, Jacobshavn y Torsu-Kabak.

Los *fiords* groenlandeses descargan en el mar un sinnúmero de *icebergs;* pero no todos llegan al mar de Terranova. Algunos se quedan en las costas del Labrador y Norte de Terranova; otros, al tocar en la corriente del golfo, se derriten.

Sólo los más grandes, los que reunen las condiciones necesarias, salvan todos los obstáculos, entran en la corriente fría del Labrador, recorren la parte oriental de los bancos de Terranova y llegan a la ruta de los grandes trasatlánticos.

Desde su nacimiento van perdiendo en volumen; pero aun cuando sólo se ven dos o tres metros de hielo sobre el agua, el témpano es peligroso y puede hacer zozobrar a un buque, pues del *iceberg* sólo se ve una novena parte; las ocho restantes quedan bajo el agua.

La época de más peligro de los *icebergs* coincide con la gran crecida anual de la corriente del Labrador, desde el 1 de mayo al 1 de julio.

Durante esta época, los buques del servicio de seguridad patrullan la zona peligrosa.

### EL "TAMPA" Y EL "MODOC"

El *Tampa* y el *Modoc* son los dos *cutters* que hacen el servicio del hielo. Con el *Séneca* de reserva, completan la útil Patrulla del Hielo.

Constantemente están de observación, recorriendo las áreas peligrosas y enviando despachos por la T. S. H., notificando la aparición de los *icebergs*, su situación y la deriva probable.

Otra de sus ocupaciones, por lo menos en los primeros tiempos de implantado este servicio, era la de destruir *icebergs* con explosivos, pues la teoría de que los terribles espectros del Norte del Atlántico se podían volar con minas ha tenido partidarios desde hace mucho tiempo.

Las preguntas que con más frecuencia se reciben de los trasatlánticos son éstas o parecidas:

## NO SÉ

No sé qué mágico hechizo
Se desprende de tu ser;
Que unas veces me das goce
Y otras veces padecer.

No sé lo que son tus labios,
Si pulpa de roja fresa,
O rosa roja que luces
Con orgullo de princesa.

No sé lo que son tus ojos
Causantes de mi desvelo.
Pues tienen sombras de abismos
Y tienen luces de cielo.

Y no sé cuando me arrullas
Con tu acento dulce y terso,
Si eres un verso hecho alma
O eres un alma hecha verso.

Ernesto E. Bruno.

## Todos somos hermanos

*Así decía el padre X en un sermón de cuaresma, agregando que todos tenemos la obligación de ayudarnos mutuamente "dando pan al necesitado".*

*Juan Hambre Atrasada oyó ésto, y como su estómago pidiera alimento, fuése tranquilamente a la cocina donde se preparaba el suculento almuerzo de fray X y pidió al cocinero que le sirviera unos manjares.*

*El cocinero, sorprendido, preguntó al intruso:*

*—¿Y quién es usted?*

*—Soy el hermano de fray X, — contestó Juan Hambre.*

*El cocinero, en vista de ello, le sirvió el almuerzo.*

*Terminado el sermón entra fray X en la cocina a efecto de informarse sobre el menú que se le preparaba; y sorprendido de hallar a una persona extraña, solazándose con sus manjares, pregunta al cocinero quién era ese "buen señor".*

*—Su hermano — contesta éste.*

*—¿Mi hermano? — exclamó dirigiendo una severa mirada al extraño personaje.*

*Y Juan Hambre, sin perder la serenidad, arguyó: ¿No dijo usted desde el púlpito que todos somos hermanos?*

*—Sí, fratelli nell altare,*

*Ma... non per mangiare.*



"¿En dónde se encuentran el *iceberg* que está más al Sur?"

"¿Hay algún témpano de consideración a nuestro Noroeste?

"¿Hay algún *iceberg* a una latitud más baja del paralelo 47°?

"Nos encontramos envueltos en espesa niebla a los 47° 10' de latitud 49° 35' de longitud. ¿Qué ruta sigo para librarme de los hielos?"

"¿Qué me dice de las condiciones atmosféricas y de los hielos?"

A éstas y otras análogas preguntas contestan con precisión, y a ellas se debe el que en catorce años no haya habido un solo siniestro marítimo producido por las montañas de hielo flotantes.

LA VOZ DEL "ICEBERG"

Al aproximarse un bote de observador a uno de estos inmensos témpanos, se oye un ruido especial, medio silbido, medio crujido, sonido claro y perceptible a bastante distancia.

Es la voz del *iceberg*.

Prestando atención se comprende la causa. El *iceberg* se disgrega, suelta constantemente pedacitos de hielo que caen al mar. El sonido combinado al romperse y al caer al agua produce esa voz.

Los tripulantes la oyen con frecuencia, pues a menudo van en botes hasta la misma montaña de hielos, unas veces para abrir barrenos, colocar minas y hacerlas explotar desde el *cutter;* otras, para coger hielo para los refinadores, pues el hielo de los *icebergs* es purísimo, y otras para hacer diferentes observaciones.

LOS DOS TIPOS DE "ICEBERG"

Hay dos tipos completamente diferentes de montañas de hielo: los sólidos y los *diques secos.*

El tipo sólido presenta una gran mole que parece un enorme pedazo de mármol blanco y, por lo general, no es muy alto. Sus lados aparecen redondeados por la acción del agua, porque ésta les ha azotado unas veces de un lado, otras de otro.

Los *icebergs* sólidos presentan formas de animales acostados, de personas durmientes, con el perfil bien definido.

Los llamados *diques secos* se presentan en forma de gigantescas pirámides, de castillos almenados, y con frecuencia dos altas prominencias en los lados separadas por un valle, una especie de puerto entre dos colinas. Estos *icebergs* no dan vuelta como los sólidos, ni se inclinan a un lado y otro; navegan majestuosamente como un buque bien lastrado. Las partes altas son agudas, como cortadas por descomunal hacha.

Los *icebergs* no son uniformemente blancos; muchos presentan capas, estratos de azul oscuro, de diferente espesor. El contraste de los dos colores produce un efecto maravilloso.

PRUEBAS DE EXPLOSIVOS

En el año pasado se hicieron por primera vez experimentos formales para ver si se podían destruir los hielos flotantes por medio de explosivos.

La primera experiencia se hizo con un témpano que sólo sobresalía del agua tres metros y tenía una extensión de unos 16.

Se abrió un barreno profundo en el que se colocaron 210 libras de trilita. Desde el *cutter*, y a distancia, se hizo explotar por un cable eléctrico. Una tremenda explosión conmovió el aire y las aguas. Una parte del témpano cayó, y el mar apareció cubierto de pequeños bloques de hielo.

Resultado práctico único: disminuir en dos días la vida del *iceberg*.

La segunda prueba se hizo en un enorme fantasma del mar. Un bloque de hielo de 100 metros de largo y 50 de alto.

La explosión fué formidable; durante unos segundos hubo una verdadera lluvia de hielo; un *geyser* de agua y de humo negro se elevó a más de 40 metros; después, nada. El *iceberg* seguía lo mismo. El daño que se le había hecho era insignificante.

Se repitieron los experimentos; el resultado fué nulo.

Los *icebergs* no se pueden destruir. Sólo la vigilancia puede librarnos de su mortal contacto, y la vigilancia está ya asegurada.



# El boicot a las gordas

## Por Enrique Rosés Lacoigne

¿Recuerdan ustedes con qué alborozo y curiosidad recibió Buenos Aires la noticia de la inauguración del tranvía subterráneo?

¿Se acuerdan también del miedo que sentían las viejas pensando en los escapes de gas?

Las muchachas, en cambio, estaban contentísimas y nerviosas imaginando que en cada viaje les acecharía algún peligro. ¿No han observado ustedes qué aficionadas son a las cosas impresionantes?

Sin correr el riesgo de que se me crea exagerado, puedo afirmar que, justamente, en esa afición a las emociones reside el origen de muchas infidelidades conyugales.

¡Es tan fuerte en las mujeres el deseo de conocer sensaciones nuevas!

Y, francamente, entre todas las emociones femeninas ha de ser la más intensa ver un marido celoso, con los pelos de punta y un revólver en cada mano, buscando por los rincones de la casa al infeliz *salteador de honras* que se ha escurrido debajo de la cama. Su vida depende tan solo de la inmovilidad. Son instantes horribles, sin duda.

¡No se puede ni rascar! ¡Del estornudo no debe ni acordarse siquiera!

En fin, digresiones aparte, la emoción del subterráneo desapareció bien pronto, dejando lugar a otras no sospechadas.

Me refiero, entre ellas, a los apretones cuyas variantes ofrecen un precioso material de estudio para los observadores imparciales.

En cualquier sitio donde acuda más gente de la que razonablemente quepa, hay apretones, ¿no es verdad? Pero en el subterráneo es distinto.

Allí hay apretones aunque sobre espacio. Y, lo que es notable, van desde el simple roce pasando por la caricia disimulada, hasta la opresión brutal y asfixiante.

Así como hay personas cuya resistencia al frío es notoria porque no gastan sobretodo en el invierno y viven todavía al llegar el verano; así como existen individuos que comen todos los días y son inteligentes, los hay también dotados de cualidades estimables para aguantar empujones.

Son los que tienen abundantes carnes repartidas más o menos proporcionalmente a la resistencia de sus esqueletos.

Gentes poco escrupulosas para elegir términos entre los sustantivos y adjetivos de uso diplomático les llaman gordos, si son hombres, y si son mujeres les dicen gordas.

Un narrador fiel y que además sienta respeto por el pueblo que le oye, debe adoptar sin vacilaciones el léxico de la mayoría y hablar como Dios manda y aquél pueda entender.

Por consiguiente, amables contertulios, también yo les llamaré *gordas* o *flacas*, según corresponda.

Como iba diciendo, a los gordos no les importaba apretón más, empujón menos, y de esa indiferencia por los choques ha nacido la preferencia de los *chocadores* del subterráneo por las gordas.

La intuición de las mujeres sobrepasa al mejor cálculo masculino. Las flacas comprendieron en seguida que su éxito mientras andaban por la calle, se perdía en cuanto se encontraban debajo de su nivel.

Y sin previo acuerdo, pero con muy poquitas excepciones resolvieron darle esquinazo a las gordas...

Antes de subir a un vagón se fijan bien si en él va alguna rival. Viéndola sentada a veces la disculpan y la flaca sube, pero si va de pie ¡de ninguna manera! Se mete en otro vagón donde con seguridad encuentra varias muchachas de peso liviano.

La gorda, si ha visto la maniobra, se pone roja de fastidio y hace un movimiento brusco que desplaza a los "chocadores", quienes se mantienen imperturbables esperando la llegada a la primera estación, con la esperanza de que alguien sube para fingirse respetuosos por la comodidad del recién llegado y volver a apretar.

El procedimiento de las flacas es divertido pero puede traer desagradables consecuencias.

Una de ellas es la que tuve ocasión de presenciar.

Eran dos hermanas. Una delgada como un suspiro y la otra desarrollada con una exuberancia impertinente. Ambas muy agradables a pesar de su diferente estética.

Apenas dentro, la delgada se arrimó a una columna y la otra se colocó frente a ella. Antes de un minuto ya estaban tres jóvenes recostados sobre la gordita y los tres con la misma expresión candorosa; listos para responder: "¿no ven ustedes que lo hacemos sin darnos cuenta?"...

No tengo el hábito de indignarme ante los atentados a la morall e integridad ajenas, porque todo cuanto sucede, sea lo que sea, tiene su explicación natural; pero asimismo me pareció excesivo que a una sola chica la atacaran por tres flancos al mismo tiempo.

Probablemente las mismas reflexiones se produjeron en el dinamo mental de la flaquita, porque miró para todos lados como buscando un espacio donde meterse o un muchacho que le gustara y no encontrando ninguna de las dos cosas, me miró a mí.

No sé por qué se me ocurrió mover la cabeza igual que si le estuviese dando un pésame.

La muchacha comprendió en seguida y perdiendo por completo la esperanza de que alguno la apretase contra la columna, con un gesto le hizo notar a su hermana lo que le estaban haciendo.

La otra se ruborizó tan dignamente que no pude creer que lo hiciese por vanidad.

Pensó un instante, abrió la cartera para sacar de ella una cosa brillante y sin mirarles siquiera la cara a los tres aficionados al jamón crudo, con toda naturalidad dió tres puntazos hacia otros tantos rumbos del horizonte y se quedó contemplando fieramente a las tres víctimas de las costumbres subterráneas.

Segundos después llegábamos a una estación y la gordita tranquila, serenamente, sintiéndose una nueva Juana de Arco, descendió del coche, sobrándole sitio por los cuatro costados.

Pero la hermana no viaja más con ella en el subterráneo, seguramente.

# COBARDE

Por Alberto P. Cortazzo

—¡Me siento, Julia, bajo el peso terrible de un delito!... Me acusa la conciencia... ¡Comprendo que ha sido miserable mi conducta!...

Y, Alfredo, apoyada su cabeza entre los brazos que reposaban sobre el escritorio, continuaba al par que llorando, balbuceando incoherencias. Julia, por su parte, se estiró larga en el chaisse-longue, indiferente a todo lo que ocurría en su alrededor, como si estuviera sola, cansada, vencida.

Abrese la puerta y surge en ella la figura de don Carlos, tipo sesentón, abultado abdómen, ojos y labios caídos, de mediana estatura y cuyo rostro parecía que las noches, para señalarlo enemigo de las luces o exhibirlo como un producto genuinamente suyo, le hubiera distendido una de sus sombras. Observa la calma de los moradores y con algo de burla en su tono, interroga:

—¿Quién es el finado?

—Vaya — responde Julia, — llegas a tiempo. Porque, ¿a quién parece que se vela sino a mí, en la posición casualmente en que me hallas, y a este imbécil que llora? a buen seguro que aún me siento con vida y por mucho tiempo.

—¿Qué pasa?

—No sé; la conciencia, según Alfredo...

Don Carlos penetró y acercóse a Alfredo, a quien poniéndole una mano sobre el hombro, al par que le sacude, le habla:

—¡Eh, bribón!... ¿Por qué lagrimeas?... ¿No contestas? ¿No lo merezco?... ¿O ese llanto es porque has perdido el habla?... Ah, si es así, llora, que si te faltara la palabra, ¡ay de tí, mi buen amigo de bullanguerías! Llora, en tal caso, porque habrás muerto para esa interminable caravana de diversiones y orgías nuestras a que te ibas acostumbrando y, sobre todo, donde se habla, se canta y se grita mucho. Ah, y tú en eso eres de los que más sobresalen!...

—¡No, hombre, no! — le reprocha Julia. — El habla la tiene. Es la conciencia...

—¿La qué?... ¿La concien...? ¿La...? ¿Qué quieres de ella?... ¿Le buscas?... Caminarás largo y no la hallarás nunca, te lo aseguro.

—No, no la busca, dice que le acusa.

—¿Y le ha visto el índice?

—Dice que la oye.

—¿De dónde?

—¡De su interior!... ¡Qué sé yo!...

—Confieso que me gustaría oírla a mí también una sola vez siquiera, pero en serio, para algo útil, pobre carreta vieja y rezongona, cargada con la baba de todos... La conciencia en boca de buenos y de malos, de honrados y de pillos!... La conciencia!... Cómo ha de ser que en su nombre Cristo perdonó a sus enemigos, y en su nombre el pueblo, a él, lo trocó por Barrabás!... En nombre de ella por el mismo delito el condenado reclama de su absolución y el verdugo levanta la horca... Déjala, muchacho; ríete tú y te burlarás de ella. Deja la carreta que se defienda como pueda de sus barquinazos por la huella de la vida y de sus cargas mugrientas. Sálvate tú!...

Y se fué a echar sobre un sofá, cayendo abandonado. Tiene un momento de silencio y, tartamudeando luego, pregunta otra vez:

—Bueno: ¿y cuál es, en definitiva, tu mal? ¿Se puede saber?

—Que he dilapidado con ustedes y con otros muchos como ustedes, en cabarets y otros lugares de infamias, todo el dinero que mi padre me remitía desde su residencia de campo para que estudiara, cosa que, como saben, no he hecho. Más aún; he gastado mal, muy mal, una fuerte suma de dinero que me enviara para una operación comercial en su nombre. ¡Soy un ladrón! ¡Un ladrón!... ¡Merezco el escarnio y la condena de la gente, que no tardará en caer sobre mí!




—Vaya — arguyó el viejo — ¿y eso te hace llorar y desesperar?... Bah! bah! "Segui il tuo corso e lasa dire le gente"... A mí me pasa lo mismo. ¿Y qué me importa? ¿Quién vive más y mejor? — dijo dando un fuerte de golpe de mano abierta sobre el escritorio. —¿Ellos que viven contraídos, aplicando reguladores a la vida, haciéndose los decentes, los pulcros, idiotizándose en la pasividad, en el silencio y el sueño, o yo que me digo: ¿He nacido? ¡Pues para algo ha de ser! ¡Vamos a ver! ¿Por qué bebo? ¿Y qué? Es mi satisfacción. ¡Bah! ¿Y últimamente, ellos, mis enemigos, ¿acaso no tienen también sus gustos y sus vicios? ¡Déjalos, infeliz! Sí, hacen como nosotros, no lo dudes. Lo hacen y con mayor agravante, porque lo suelen hacer a ocultas, entre cuatro paredes, con portero de guardia y puerta cancel bien cerrada. No solo nosotros somos los que consumimos todos los alcoholes que se expenden, ni somos nosotros solos los que cruzan las calles de la ciudad a altas horas de la noche, ¡no! Creedlo, los hay de ellos también. Es que aún no se les ha descubierto como a mí, por ejemplo, para que todos los veamos y que quizás muchos lo desean, para entonces sentirse completamente libres, como nosotros, porque a ellos la incógnita los mata más que a nosotros los vinos. ¡Mucho más! —Y cayó, como adormitándose, contra el respaldo del sofá.

—Has dicho bien. Yo estoy también en parecidas o iguales circuntancias, — afirmó Julia. — Porque soy lo que me gusta ser y ellos quieren que yo sea; me separan de su mundo y, las de mi sexo, vamos, esas pulcras a su molde, me reniegan. ¡Y que lo hagan! ¿Yo estuve en su lugar y ellas están en el mío? Como que no lo están, deberían callar. Cuántas de ellas, como tus hombres, Carlos, quisieran un sitio entre nosotras, que se les descubra y se les exhiba tal cual son, para poder lanzar el supremo ¡ay! de júbilo infinito, indescriptible, que les permita ser libres como yo! Por lo demás, creedlo, Alfredo, no todos los hombres solamente con nosotras sacian sus gustos, sus instintos, y algunos muy de bestias, y se embriagan y se divierten. ¡Cuando Cristo pudo invitarlas a tirar la primera piedra, qué cosas no ha de haber visto desde sus alturas!

—¿Oh, pero quiénes son ustedes? ¡Carlos, Julia! ¿Quiénes son ustedes? ¡Qué cosas raras, cínicas, dicen! ¡Oh, no no, por favor! ¡No sigan! ¡Cállense! ¡No me atormenten, no me asesinen con esas cosas!

—¡Ah, qué ingenuo eres, muchacho!

—¡No, no! ¡Soy un vulgar ladrón! ¡Eso, un ladrón!...

—¿Ladrón? Ja, ja, ja! ¿Sabes que tienes gracia a pesar de todo?... ¡Ladrón!... ¿Y por qué?

—El dinero de mi padre... El dinero de mi padre!...

—Calla, calla, no seas chico... ¿Que has dilapidado el dinero que te dieran para esto y lo otro? ¿Y que no era tuyo? ¿Y porqué no lo era? ¿Sabes, en cambio, si de verdad era de tu padre? Pregúntale cómo llegó a su poder. Puede que te diga: "Por el sudor de mi trabajo". Eh, poco a poco, puedes responderle. No sólo con el sudor de uno se acumula tanto metal. No. Con muchos sudores de muchos otros. De otra manera, a tí te lo hará creer, únicamente. ¿Que por herencia? Vamos, que se repiten las mismas razones, exactamente las mismas! El primero que lo acumuló fué el primero que delinquió, absorbiendo los muchos sudores. Y si lo obtuvo por la fuerza, peor aún, más grave el delito. Porque sobre el sudor de los que no querían entregárselo, se agrega la barbarie del despojo. Bah! Tú derrochándolo no has cometido tan grave falta como ellos, no, ¡y mil veces no! Creedlo, no están entre rejas todos los que son, ni son todos los que están! ¡Ja, ja, ja!...

—¡Basta! ¡Basta! ¡Fuera! ¡Fuera!...

—¿Nos echas? Bueno. Como los otros. Adiós, querido amigo y que todo te sea leve. Adiós. Como los otros... Já, já, já!...

Y sarcástica la risa de don Carlos retumbó en aquella habitación.

—¡Fuera! ¡Fuera! — volvió a gritar Alfredo, para caer sobre su escritorio, presa de desesperación y arrebato.

—Si se te llega a pasar — díjole Julia, ya en el umbral — ya sabes, esta noche, como siempre, allá. ...Já, já, já!...

En la calle, Julia y don Carlos oyeron una detonación. Detuviéronse como sin querer, casi violentamente, y clavando las miradas en el suelo.

—¿Habrá sido él? — dijo ella después de una mudez embarazosa.

—¡Sí, él! Cobarde, más que cobarde!... Vamos nosotros!...

Y del brazo siguieron su camino, hasta perderse entre las sombras densas y frías de la noche que empezaba a caer.

UN ALTRUISTA



ELLA.—¿Y no me caeré?
EL CAMPESINO.—Si quiere usted, la llevaré sujeta así todo el camino.

# LOS RAYOS AZULES

**Por E. Baldi**

Hacía más de tres horas que estábamos subiendo aquel áspero contrafuerte de las Montañas Rocosas: la fatiga y la angustia del lúgubre lugar pesaban sobre mi cuerpo y sobre mi alma como un fardo insoportable.

—Gorka, dije en voz baja: ¿Estamos aún muy lejos?

—¡Chist! — respondió. — Hablaremos después.

Habíamos bajado del caballo dos horas antes en el Puente del Diablo, porque la oscuridad y lo inseguro del sendero nos obligaban a proseguir a pie nuestro camino.

Los caballos venían detrás de nosotros conducidos por los dos criados. Gorka trataba de alumbrar el camino, pero procurando que no se viese mucho la luz de la linterna.

Yo le miraba y no podía menos que comparar a aquel hombre flaco y de encorvada espalda con el que treinta años antes se despedía de mí en la universidad de Yale, después de concluir los estudios.

Gorka era en aquella época un joven vigoroso, de excepcionales condiciones físicas, aunque ya en su frente se advertían precoces arrugas ocasionadas por su afición a los trabajos de laboratorio y especialmente al estudio de los metales raros.

Separado de él, sólo me llegaron de vez en cuando raras noticias y brevísimas cartas, en las que me anunciaba en términos vagos un descubrimiento que haría época en la historia de las ciencias físicoquímicas.

Después de cierto tiempo sus cartas cesaron por completo y probablemente yo me habría olvidado de Gorka entre las preocupaciones de mi complicadísima existencia, a no haber leído en los diarios los detalles de una furiosa discusión entre Gorka y un profesor Hammerschlag. La controversia había apasionado a los hombres de ciencia de todo el mundo, y tan agresiva se hizo la polémica, que el gobierno norteamericano intervino, a fin de evitar un conflicto diplomático, prohibiendo a Gorka y a sus discípulos que prosiguiesen la discusión.

El "asunto Gorka" tuvo por consecuencia hacerme reanudar las relaciones epistolares con mi antiguo amigo, pero la carta que envié a su nombre a la Universidad de Yale, me fué devuelta con la mención: "Desconocido".

Cinco años después, me encontré en París con Gorka, en una exposición de aparatos científicos. Pasada la natural sorpresa del primer encuentro, estuvo conmigo tan afectuoso como antes. Me dijo que se había construído un laboratorio en un sitio aislado de las Montañas Rocosas, en donde vivía con algunos sirvientes de confianza y donde trabajaba en la solución de un problema que había resuelto en parte.

En los cuatro días que pasamos juntos, no me fué posible sacarle otras confidencias, pero una noche mientras fumábamos en la terraza del hotel, me dijo:

—Mi querido Víctor: mañana parto para Cherburgo, donde tomaré el vapor. No puedo permanecer aquí porque la red de insidias que me tiende la Ruritania desde hace seis años se van apretando de un modo alarmante. Ahora es lo único que puedo decirte. Vendrá un día en que podré hablar a toda la humanidad; vendrá quizás un día en que te necesitaré... Si te llamo, ¿vendrás?

—Iré—prometí un poco emocionado por el acento que daba a aquellas palabras.

Durante la noche, mientras regresaba a mi domicilio, fuí agredido por cuatro malhechores que me aturdieron a puñetazos y luego registraron todas mis ropas. Cosa rara: algo debían buscar más que dinero, porque encontré intactos mi reloj y mi cartera. Presenté la denuncia del asalto a la policía, pero nada pudo descubrirse.

Por otros diez años más Gorka permaneció en el más profundo misterio. El torbellino de la guerra me había envuelto y tres años después de firmarse el armisticio recibí con el consiguiente asombro una carta de Gorka que había peregrinado por diversos puntos antes de llegar a su destino. En ella me invitaba a ir a visitarlo en su ermita de las Montañas Rocosas y unía a la invitación un cheque por veinte mil dólares.

Debíamos encontrarnos en Prince Rupert, el puerto que quedaba frente a la isla Carlota, en el golfo de Alaska.

Por eso me hallaba yo aquella noche siguiendo a Gorka por el áspero sendero del Robson Peat, en los Montes Caribou.

—Ahora podemos hablar, — me dijo mi compañero al llegar a una especie de llanura. Entre los árboles puede haber alguien oculto, y no sé cómo hemos llegado hasta aquí sin que nos molesten. Allá está la casa. ¿La ves?... Es un baluarte inexpugnable. Si no fuese así y yo no supiera defenderme...

Al llegar, sólo distinguí un conjunto sombrío, manchado de vez en cuando por la luz de la luna que salía de las ventanas.

—Y ahora — dijo Gorka — ven a ver esto.

Y tomándome del brazo me llevó a lo largo de una pared. Dimos vuelta y el incomprensible espectáculo que presenciaron mis ojos me hizo enmudecer de asombro.

Delante de nosotros, a unos veinte metros, la oscuridad de la noche se veía desgarrada por largas estrías luminosas violáceas, azuladas, carmesíes, que temblaban continuamente como si las agitase una poderosa corriente.

Se entrecruzaban, se anudaban, describiendo extraños dibujos que cambiaban continuamente de aspecto como si una mano fantástica se divirtiese en hacer dibujos caprichosos en la sombra. El temblor luminoso que recorre aquellas incomprensibles llamas suspendidas en el espacio las hacía aparecer ora más largas, ora más angostas, separándolas a veces en fracciones iridiscentes o en cantidad de globitos anaranjados, verdes, amarillos y rojos, que volvían a unirse en seguida en un nuevo haz.

Y cosa rara: aquel conjunto de haces multicolores no parecían difundir ninguna luz a su alrededor: en el rostro de Gorka, ni en sus manos, ni en las mías, advertí el menor reflejo.

—¡Extraordinario! — dije al fin. — Nunca he visto nada semejante.

—Lo creo — dijo Gorka, con tono de orgullosa satisfacción.

—¿Qué es eso?

—Ya te lo diré luego.

Y como viese que yo daba algunos pasos en dirección a la luz, me detuvo con fuerza, diciendo:

—¡Peligro de muerte!... ¡Cuidado!

## TRASLACIÓN

Es nido tu jardín de mis amores
que adorna de tus flores la hermosura
y fija en sus corolas la Natura
los mil matices de sus mil colores.

Desgranando la brisa sus rumores
en la lozana y trémula espesura
evoca la melódica dulzura
que vuelcan al cantar los ruiseñores.

Caen silentes las sombras de la noche
y estalla de perfumes el derroche
al pasar vaporosa tu figura...

En ese instante pienso firmemente
haber dejado el mundo de repente
y estar del Cielo en la región más pura!

JOSE GUERRERO LOCAMOUX.

## CONSEJOS

*Cumple siempre tu ley, tu moral y tu deber. No la ley, no la moral, no el deber, que no existen, así, de un modo abstracto. Tu ley es la que tú te dictas, te das o te quitas; tu moral, la que tú te formas; tu deber, el que tú te creas, según tu entendimiento y tu corazón. Sé siempre consecuente contigo mismo.*

*Tu libertad no tiene más limitación que el daño que pudieras ocasionar al prójimo al ejercitarla. No olvides este consejo; porque del que no lo sigue, si se apiada la misericordia de Dios, se venga al fin la vida, que tiende al equilibrio.*

*No juzgues deshonrado a nadie, que fuera honrado toda su vida, por la infamia de un momento; es una injusticia. Pero no seas en tu vida infame ni un momento, para que la injusticia de los demás no te juzgue deshonrado.*

*Desconfía de la mujer que es mala hija y ofende a sus padres; pero no esperes en el amor de la que no los abandona por seguirte.*

*Cuando no tengas grandeza de alma para ser bueno, y no te lo dicte tu corazón, aprovéchate de tu propia pequeñez y sé bueno por conveniencia. Ser persona decente es el negocio más saneado y más fácil.*

*No te fíes, ni esperes en la bondad del cobarde; pero considera el valor personal como el más abominable de los pecados, si no se ejercita por un sentimiento de piedad y de justicia.*

*No trates nunca de convertir en realidades tus esperanzas. Uno de los grandes placeres de esta vida es perseguir algo; uno de los más grandes dolores es conseguirlo.*

FELIPE SASSONE.

Cuando después de servido el café se retiró el criado, mi amigo empezó su relato diciendo:

—Los protagonistas del largo y complicado drama del cual veremos dentro de poco las últimas escenas, son los electrones. Ya sabes lo que son, ¿eh?

—Si mal no recuerdo — repuse — son los elementos fundamentales de naturaleza eléctrica, de que se compone la materia, según la interpretación de los físicos modernos.

—Casi, casi, — dijo Gorka. — Mejor sería haber dicho elementos electromagnéticos. ¿Comprendes la diferencia? Ya sabes la importancia de esos elementos. Ya que son siempre iguales entre ellos y ya que la materia está compuesta únicamente de electrones, las diferencias entre las diversas clases de materias deben depender de la manera en que se hallan dispuestos esos electrones. Y esto es lo que ha hecho pensar a muchos hombres de ciencia modernos, el realizar con los medios actuales un ideal antiguo: la transformación de una clase de materia en otra clase. Se han hecho infinidad de ensayos, pero todos han fracasado porque a nadie se le ha ocurrido aún echar mano de un medio natural y poco conocido que encierra incalculables energías y que es...

—¿Qué?

A mi pregunta sólo contestó un débil silbido.

Gorka frunció las cejas y se dirigió en seguida hacia un pequeño aparato telefónico.

—¡Hola!... ¡Hola!...

Sin duda nadie respondía, porque el sabio golpeaba impacientemente el suelo con el pie.

Oyéronse otros dos nuevos silbidos, insistentes, amenazadores, y el segundo teléfono que había en la habitación dejó oír la campanilla. Gorka descolgó el receptor, escuchó, y dejando escapar una imprecación salió corriendo. Lo seguí hasta un pequeño gabinete de trabajo, en donde lo encontré manejando con rapidez las llaves de un gran cuadro de distribución.

—No tengas miedo — me dijo. — Han debido habernos seguido en nuestra ascensión y habrán inmovilizado a Gerald. Menos mal que Grogg se ha dado cuenta. Ahora podemos estar tranquilos toda la noche y acabar nuestra conversación.

—Pero no entiendo nada de esto — dije. — ¿Qué ha ocurrido?

—Lo comprenderás más adelante. Volvamos al café y a los electrones.

En una conversación que duró hasta el alba, Gorka me explicó que había resuelto el problema de la transformación de la materia, sirviéndose de una gigantesca fuerza natural: el magnetismo terrestre.

Sin haber llegado aún a cambiar un metal por otro, había logrado dar a algunos propiedades características de un metal distinto. Esta primera faz de sus estudios había constituído el tema de un estudio que Gorka había presentado en una academia científica.

Se le había escuchado con reservas, pero como la prensa se había encargado de dar publicidad al asunto, un grupo de financistas habíase presentado al sabio poniendo a su disposición grandes capitales para realizar sus experimentos, y pidiéndole en cambio que les cediese el privilegio exclusivo de los resultados prácticos.

—Yo no acepté — dijo Gorka — porque aún no había logrado lo que me proponía. Entre los más entusiastas admiradores míos hallábase un puritano, quien me explicó que venía en misión secreta de su gobierno para comprarme a cualquier precio el secreto de mi invento. Dije que no, como a los demás. Poco después, inicióse en Puritania una violentísima campaña contra mí, dirigida por el profesor Hammerschlag. Querían irritarme, contradecirme y obligarme a exponer mis teorías para aprovecharse de ellas. Más de una vez escapé por milagro de las manos de varios malhechores que me atacaron a traición. Entonces resolví instalar mis laboratorios en estas regiones de Robson Peak, que contienen enormes riquezas en metales, y especialmente mineral de hierro, cobalto y níquel. El campo magnético terrestre se halla aquí en condiciones especialísimas y singularmente favorables a mi empresa.

Traje hasta aquí a servidores fidelísimos y con ellos trabajo.

Me han perseguido hasta aquí los puritanos. Pero tengo medios para que escape un batallón entero.

Al día siguiente me dijo Gorka:

—Anoche han intentado un asalto, y lo que más me preocupa es la desaparición de Gerald. ¿Me ha traicionado o está prisionero? Ese es el problema. Gerald sabe muchas cosas... Y ahora te necesito más que nunca, porque dentro de dos días finaliza el término de condensación y tú me ayudarás en el experimento decisivo.

Habíamos llegado al sitio donde había visto yo brillar las extrañas luces, pero entonces sólo había allí infinidad de antenas unidas con cables.

—Este es el aparato de condensación — explicó Gorka. — Aquí recojo y almaceno la energía del campo magnético terrestre que me sirve para mis experimentos. En el laboratorio verás después los aparatos de descargas. Para la transformación de los metales necesito enormes cantidades de esta energía, que consumo en un segundo; mientras que para condensarla necesito años y años. Hace diez que acumulo energía y pasado mañana la gastaremos en un instante. Si el experimento fracasa, no tendré valor de esperar diez años para volverlo a empezar. ¡Debo triunfar y triunfaré!... Pero si falla... Por eso te he llamado; quiero que tú continúes mi obra y te enseñaré mis planes, cálculos, apuntes y explicaciones de los diversos experimentos.

Permanecimos ambos en silencio; yo un poco emocionado, lo confieso, y para romper aquel malestar pregunté a Gorka en qué utilizaba aquellos cables.

—Son mis defensas — repuso.— Mi casa y el laboratorio están protegidos por una barrera de estos cables. La energía magnética condensada en los aparatos es terriblemente mortífera para el organismo animal. Se descarga en forma de chispas y de rayos azules que producen la muerte instantánea en los organismos que encuentran en el camino. Con una simple vuelta a una llave mi casa permanece inaccesible.

—Así que anoche...

—He fulminado a una docena de indios que se aprontaban a asaltarla.

Transcurrieron dos días en la mayor tranquilidad. La aguja del condensómetro se acercaba lentamente a la cifra que Gorka esperaba desde hacía diez años.

De Gerald, ninguna noticia. Grogg y sus compañeros le habían buscado en vano por los alrededores. Ninguna huella, ningún indicio había podido recogerse.

En el laboratorio, Gorka me mostraba algunos trozos metálicos profundamente corroídos en la superficie.

—Es una aleación natural de níquel y hierro — me dijo; — pero sería imposible reconocer ya los caracteres que distinguen a los dos metales. El peso específico ha aumentado mucho, la conductibilidad eléctrica es más elevada y el punto de fusión altísimo.

—Comprendo — contesté. — Eso es el efecto del tratamiento preventivo de que me hablaste.

—Precisamente. Y si un químico me preguntase el nombre de esto que ves, me vería muy apurado para contestarle. Es algo que era hierro y níquel... ¡y ahora se está convirtiendo en platino!

—¡Platino! — exclamé. — ¿A base de hierro y níquel harás platino?

—Ya ves qué incalculable fuente de riquezas tengo entre manos. No en vano los puritanos querían comprarme el secreto y hacerme desaparecer. Y te advierto que estoy preocupado: la calma de estos días, el ataque de la otra noche y la desaparición de Gerald no me anuncian nada bueno.

—No te preocupe excesivamente. ¿Acaso no están las defensas magnéticas?

—La lástima es que el día del experimento decisivo deberé quitar de la red defensiva la energía magnética, porque la necesitaré íntegra para llevarla hasta el aparato que utilizaré en la transformación.

Y, acercándose a la máquina, dijo:

—Aprieto este botón y diez años de energía acumulada, un haz enorme de rayos azules transformará en platino el hierro y el níquel.

Yo también, sin saber por qué, me sentía inquieto como Gorka, y cuando me dijo con voz que la emoción velaba: "Todo está listo", me estremecí.

Sobre las puntas irradiantes de la máquina de los rayos azules, los trozos de hierro y níquel esperaban la descarga de energía magnética que debía transformarlos.

Nos pusimos dos amplias túnicas que debían protegernos, por su tejido especial, contra la acción mortífera de los rayos azules, y esperamos la hora.

—Estate bien atento para manejar el interruptor — me dijo Gorka.

Y, muy pálido, acercóse a la máquina: alargó las manos hacia el botón, cuando...

Un alarido salvaje oyóse fuera y ambos corrimos hacia la ventana.

Ante la casa, una veintena de individuos de rostro cobrizo se habían trabado en lucha, en feroz cuerpo a cuerpo, con los servidores de Gorka.

—¡Condenados! — exclamó el sabio. — ¡El corazón me lo anunciaba!

—¡Pronto! — grité. — Pongamos en acción las barreras magnéticas.

—¡Imposible! — rugió Gorka, lívido. — La máquina necesita toda la energía.

—¡Es que van a atacarnos!...

El momento era de los más trágicos. Gorka se retorcía las manos mientras gruesas gotas de sudor perlaban su frente.

—¡Pronto! — exclamé. — ¡Pronto, o estamos perdidos!

—¡Ah! — aulló Gorka. — ¡Ahí está Gerald!... ¡Traidor!... ¡Traidor!

En aquel instante la puerta del laboratorio saltó en pedazos, destrozada ante el empuje de los asaltantes. Vi a Gorka arrojarse sobre la máquina y apretar el botón. Una luz enceguecedora invadió la estancia; yo no sé cómo tuve fuerzas para dar vuelta a la manivela que estaba en relación con las defensas magnéticas...

Luego perdí el conocimiento.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

¿Y después? — preguntaron ansiosamente los que oían el extraño relato de sir Griece.

—Cuando volví en mí — agregó éste — me encontré en una cabaña; a mi lado estaba el fiel Grogg. Este había escapado por milagro a la muerte, pues las fuerzas magnéticas habían destruído a atacantes y defensores.

De Gorka nada se supo. ¿Murió en la catástrofe?... ¿Desapareció con la intensa desesperación de ver fracasado su experimento definitivo? ¿Vive aún?... Lo ignoro. Planos, instrumentos, máquinas, todo quedó destruído... Y a veces tengo la idea de que Gorka está aún en este mundo y espera pacientemente otros diez años para realizar la triunfal transformación del hierro y níquel en platino.

## ANÉCDOTA

*Un día, Bismarck, yendo al castillo imperial, encontró en una sala al kromprinz, atareado con dos de sus hermanos menores alrededor de un organillo.*

*—¡Príncipe, Príncipe, ven a bailar con nosotros! — le gritaron los chicos.*

*—No puedo, soy demasiado viejo para ello—contestó tranquilamente Bismarck.—Pero si Vuestra Alteza quiere bailar, yo tocaré el organillo.*

*La propuesta fué aceptada, y "el hombre de puño de hierro" empezó a girar el manubrio. De repente se abre la puerta y aparece el Emperador. Este miró un momento la curiosa escena y después, amenazando picarescamente con el dedo al Canciller, le dijo:*

*—¡Ah, Príncipe, Príncipe! ¿No os parece que es todavía temprano para hacer bailar al kromprinz al son de vuestra música?*

# PAPEL Y TINTA

**"Crepúsculos de oro".** — Poesías, de María Alicia Domínguez.—

El nuevo libro de nuestra colaboradora María Alicia Domínguez, que titula "Crepúsculos de oro", está tejido con emoción. Ya en su anterior, "La Rueca", la distinguida escritora mostró a la crítica sus bellas cualidades artísticas, siendo aquella obra muy aplaudida por autoridades conscientes de nuestro mundo intelectual.

Ahora, con su nueva publicación, todos aquellos distintivos cobran relieve; un mayor dominio de la técnica, un vuelo más poderoso de su fantasía, dan a este volumen una armonía extraña, un encanto inexplicable.

Poetisa de verdad, la señorita Domínguez no se ha dejado influenciar por las extravagancias, tan en moda en esta época de rarezas y snobismos; canta en moldes clásicos a los cuales les pone un sello personal, muy suyo. No son sus cánticos melancólicos, ni abusan en lamentaciones; encuadra su filosofía, sus inquietudes, sus ensueños, en una forma agradable y precisa, dando al lector una suave placidez, demostrando un dejo de estoicismo de su espíritu ávido de belleza y emoción.

En los sonetos, la autora de este libro, es donde las manifestaciones de su alma se reflejan más ampliamente. Son cuadros exactos, encerrados en esos marcos de oro, tan difíciles, en su aparente simplicidad.

Siente la apolonida, un entrañable amor a la naturaleza; por eso en la mayoría de sus composiciones, un sano panteísmo se acentúa, dando a las mismas un gran valor estético.

La señorita Domínguez, es una de las poetisas que van por mejor sendero. El naturalismo, tan absorbente en ciertas cultoras del arte de Apolo, no ha llegado a empañar la pureza de sus alas. Su corazón se eleva demasiado de las cosas terrenas para impregnarse en las miserias que emergen de nuestro mundo, donde la insidia y el mal pasan con su cortejo macabro. Por eso creemos, que esta joven soñadora, hace una obra sana y digna de un espíritu culto y enamorado de la belleza. Y un exponente de mis afirmaciones es aquella cuarteta donde se refleja fielmente:

"Yo, la llama azulada que sueña
|con el cielo,
"yo, la lumbre sedienta de un óleo
|que no existe,
"yo, la raíz crispada que se hunde
|en este suelo
"divinamente hermoso, divinamen-
|te triste".

Y así todo su libro, es de una belleza inexplicable, justificándolo "Panteísmo", poema sonoro y narrativo; "Música de siglos" fantástico y sublime, "Sello", donde canta serenamente a su dolor, levantando su espíritu a una suprema idealidad.

En síntesis, "Crepúsculos de oro" es un libro sentido, espontáneo y armonioso, que da más relieve a la exquisita escritora.

**"Del "folklore" cordobés"**, por Gontrán Ellauri Obligado.—

Ha dado a la publicidad Gontrán Ellauri Obligado, un libro de leyendas cordobesas, en prosa y verso.

Son bastantes conocidas las condiciones intelectuales de este escritor, para entrar en un examen meticuloso de este bello libro, pero, nos basta con decir que estos escritos están basados en historietas de aquella provincia serrana y trazadas con la sobriedad y elegancia del estilo del excelente escritor.

Gontrán Obligado, se ha apartado en su parte teórica, de la historia, para ofrecernos este ramillete de leyendas, en prosa galana y en versos sentidos donde campea una inspiración ardorosa y una rara fluidez.

Quien lea este libro encontrará cosas por demás interesantes, pues el escritor ha cuidado de unificar al estilo, la narración, que no decae en interés. Su pluma narra con criterio y una fantasía poco común.

Obligado, a quien conocíamos como historiador y novelista, con este interesante libro sobrepone su personalidad, ventajosamente conocida en el mundo de las letras.

"Del "folklore" cordobés", es una obra interesante, máxime si se tiene en cuenta que en ella, el autor, revela leyendas propias de aquella provincia serrana, leyendas que nos resultan interesantes, porque nos son desconocidas.

V.

**Almanaque del Ministerio de Agricultura para 1927.—**

Se halla en prensa esta obra que, como se sabe, encierra un conjunto de nutridas enseñanzas prácticas y es, a la vez, la mejor guía encaminada a diversificar y acrecer la producción, con evidentes ventajas para los trabajadores del campo y, de reflejo, para la riqueza colectiva.

El costo del Almanaque es de un peso m|n., que debe incluirse al solicitarlo, en letras bancarias o giros postales, dirigidos al jefe de la sección Propaganda e Informes, del Ministerio de Agricultura, Paseo Colón 974, Buenos Aires.

**"Agua de fuente"**, por Juan Manuel Jordán.

Merece recibirse con simpatía toda obra que, como "Agua de fuente", nos muestre la vena poética en su verdadero carácter y no con el cariz prosaico con que, a menudo, se nos presenta. Los cultores del verso olvidan con harta frecuencia que, la métrica excelente y la originalidad, con ser ya mucho, no lo es todo, y que la poesía para merecer tal nombre, debe ostentar una musicalidad grata al oído. De otro modo es siempre preferible escribir en prosa.

El libro del señor Jordán tiene la cualidad musical en el más alto grado, y salvo una que otra poesía, todas las demás dan el regalo al oído que niegan muchos poetas.

Hay en esta obra versos bien construídos, bellamente expresados y de fácil inspiración. No faltan tampoco, los motivos comunes y relativamente pueriles, pero, para compensar tal cosa, nos ofrece algunas realizaciones de gran originalidad y delicadeza que producen en el lector una impresión muy agradable.

Desde las primeras páginas esta obra impresiona favorablemente por su cualidad resaltante y que es el afán demostrado por el autor para que sus versos no marchen alejados de la métrica y la musicalidad.

La inspiración de las poesías no siempre es muy alta, pero nos muestra un equilibrio y una discreción que no nos es dado hallar en muchos que pretenden ser muy originales, y que arremeten de buenas a primeras, contra las cualidades que nos pueden dar la pauta del valer en una obra poética.

*R. de C. E.*

## Ladrones elegantes y humanitarios

Hace pocas semanas entró en el patio del Hospital Roosevelt de Nueva York, un magnífico automóvil del cual descendieron nueve caballeros correctamente vestidos y enguantados, que en voz alta para ser oídos, ordenaron al "chauffeur" que aguardara un instante, mientras dejaban en la Caja del establecimiento un donativo de 1.000 dólares.

Uno de los caballeros quedóse en la puerta del Hospital, como si esperase a los compañeros, y éstos subieron a la Caja. Ya allí, dos sacaron sendos revólveres y apuntando al cajero le intimaron que les entregara los 25.000 dólares que había sacado el día anterior de un Banco para satisfacer los sueldos y los gastos de la casa.

Entre tanto, otros cuatro se distribuyeron por las oficinas. Uno se ocupó de evitar que el encargado del gabinete telefónico avisara lo que ocurría a las autoridades, y los demás retuvieron a varios enfermeros y mozos, para impedir que demandaran socorro.

Los dos sujetos que permanecían en la Caja recogieron de ella diez mil dólares, pues los restantes habían sido ya distribuídos el día precedente.

En la Caja hallábanse en depósito 14.000 dólares, pertenecientes a los enfermos, como así se hacía constar en un documento que estaba guardado con aquella suma y al leerlo los ladrones volvieron a dejar la cantidad y abandonaron tranquilamente el hospital.

Apenas los empleados se vieron libres, apresuráronse a llamar a los puestos de policía, pero por pronto que llegaron los agentes, sólo pudieron informarse de las señas de los asaltantes, pues ellos habían desaparecido.

Otro detalle digno de consignarse es que durante el tiempo que los ladrones realizaron su audaz golpe de mano, varios doctores pasaban la habitual visita a las salas del establecimiento, y ninguno de ellos advirtió lo que sucedía en las inmediatas oficinas. Tal fué el silencio con que procedieron los criminales y el miedo que causaron a los funcionarios.

# LOS VIAJES

Por Pierre Valdagne

Y el tío comenzó una de sus historias extraordinarias.

El tío Octavio Haubert había pasado la mitad de su vida recorriendo mundo. Alto, fuerte, jovial, agradaba a todo el mundo por su buen humor de meridional, alegre, la gallardía con que vaciaba las botellas y su don maravilloso de lo pintoresco en el relato, de sus innumerables aventuras. Cuando venía a almorzar en casa de su hermano Alfredo, quincallero en la ciudad de Tarascón, su presencia constituía una fiesta para toda la familia, y Germán, el hijo de Alfredo, conservaba una semana el recuerdo de las peripecias contadas por su tío, de las descripciones de los países, de la evocación de costumbres extrañas y de escenas pródigas en incidentes, que poblaban su cerebro de visiones maravillosas.

—Estaría oyéndole a usted toda la noche — decía el joven Germán a su tío.

El tío solía mirarlo de arriba a abajo y contestar:

—Mi repertorio no es inagotable y a veces tengo que repetirme. ¿Y qué sacas de mis charlas? Tal vez motivos para soñar en un rincón de tu cuarto. Eso es poco. Me asombra que un joven como tú no ambicione, en vez de escuchar mis historias, vivirlas inéditas. Tienes 20 años; haz lo que yo he hecho. Emprende grandes viajes, abre los ojos y recogerás un rico botín de impresiones nuevas con las cuales encantarás a tu vez a cuantos acudan a oírte. Eso sería más interesante que pasar la vida detrás del mostrador de tu papá, vigilando a los dependientes.

—Tiene usted razón, tío. ¡Cuánto me gustaría seguir sus consejos!

—¿Quién te lo impide?

—Papá y sus proyectos.

—¿Cuáles son?

—Casarme con la señorita Luisa Vorquerel, la hija del pastelero, y ponerme al frente del almacén de quincalla. No cabe duda de que la perspectiva es agradable, porque el almacén produce mucho y la señorita Luisa es bonita; pero a mí me gustaría viajar.

—Haz lo que quieras — contestaba el tío.

Sin embargo, las palabras de éste habían producido su efecto.

Germán Haubert soñaba cada día más en ir a visitar países extraños, y consumía sus horas leyendo libros de viajes y apasionándose por los grandes exploradores. Cuando se hallaba en compañía de la señorita de Voquerel, sólo le hablaba del esplendor de las regiones lejanas que había oído describir a su tío Haubert y de las aventuras de que había sido héroe.

Obsesionado por su idea fija, un día se decidió a ponerla en práctica, y declaró a su padre el propósito de dar la vuelta al mundo.

El buen hombre no quería prestar crédito a lo que oía.

—¿Y el almacén?

—Me encargaré de él a mi regreso. Por lo menos, antes de encerrarme para siempre en Tarascón habré visto muchas cosas y tomado parte en multitud de aventuras.

—¿Y tu boda?

—Me casaré cuando vuelva.

—¡Si ella te espera!

—Si no me esperase durante los diez y ocho meses que estaré ausente, es señal de que le tengo sin cuidado.

—Creo que los cuentos de tu tío Octavio te han hecho perder la cabeza.

—¡Tal vez! De todos modos yo quiero partir. ¿Puedes anticiparme diez mil francos?

El quincallero juzgó que nada ganaría con oponerse a la idea de su hijo, y le entregó la cantidad pedida.

A los pocos días, Germán partía para las Indias.

* * *

Han transcurrido tres años y seis meses.

El padre de Germán ha envejecido mucho. La señorita Luisa Verquerel, la linda pastelera, se ha casado, harta de esperar, con el principal fotógrafo de la ciudad.

Germán acaba de regresar a Tarascón. En el espacio de su larga ausencia ha pedido dos veces dinero a su padre. Está cambiado. Ha perdido gran parte de sus cabellos, y su mirada es triste. Sobre él parece haberse abatido una gran desilusión.

En la casa desean festejar su vuelta, y Haubert padre prepara un gran banquete, al cual invita a todos los amigos y conocidos.

También son invitados el fotógrafo y su joven esposa.

La comida es deliciosa. Aparece el champaña, y el tío Octavio se pone en pie.

—Ahora te toca a tí, querido sobrino — dice, — contarnos algunas de las aventuras extraordinarias que han debido de ocurrirte.

Pero Germán, con rostro asustado, exclama:

—¿Aventuras? A mí no me ha ocurrido ninguna. En los viajes no se corre ninguna aventura. Se embarca, se desembarca, se ve una porción de gente como en todas partes, se deja uno robar en los hoteles, se traban conocimientos con cualquiera, se va, se viene y se vuelve a empezar...

—Sin embargo, has estado en Calcuta...

—En efecto, me aburrí por espacio de ocho días. Una agencia me llevó en auto en compañía de ingleses y americanos, a ver templos, ruinas y una porción de divinidades horribles.

—Has visto Yokohama, el mar Amarillo...

—Sí; los japoneses se visten como nosotros, y hasta he estado a punto de que un automóvil de marca europea me aplastara en una calle de Tokío.

—Has estado en China...

—Allí no hacían más que combatir. Hubo un momento en que estuve a punto de perecer entre los dos ejércitos. Fué un instante de emoción. Pero, de pronto, los adversarios se reconciliaron y perdió su interés la aventura.

—Pero, en fin — prosiguió el tío, — en aquella Asia misteriosa debiste ver cosas admirables... En ellas verías tigres, rinocerontes, leopardos, panteras...

—Todo eso lo he visto al regreso en el Jardín Zoológico de Amberes. Aquellos pobres animales prisioneros me causaron piedad.

—Pero no me harás creer que no has sentido alguna emoción durante ese viaje tan largo...

—Unicamente en Tokío experimenté una muy fuerte...

—¡Ah! ¡Al fin!

—Me quedaban tres mil francos y una noche una rata de hotel me despojó de ellos... Créame usted, vuelvo muy disgustado de los viajes. ¿Cómo es posible, tío, que a usted le hayan sucedido tantas y tan admirables aventuras, y a mí no me haya ocurrido nada?

El tío se levantó y dijo con voz tonante:

—¡Imbécil! ¡Cuando no suceden se inventan! ¡Qué falta de imaginación!...

## El valor de la mercadería

*Un individuo que nunca había salido de la ciudad, estaba convencido de que en el campo todo es un edén. Hizo su excursión dominguera y salió al medio del campo. Tenía sed. ¡Qué bueno sería tomar un vaso de leche! Caminó y caminó. Llegó por fin a una chacrita. ¿Tenían leche? Sí, tenían leche y se la cobraron a un peso el litro.*

*—¡Es una barbaridad!—exclamó.—¡Un peso por un litro de leche! ¡Una barbaridad!*

*—No;—le contestó el chacarero aprovechador—el precio es según el sitio donde está el que necesita la cosa.*

*—¿Qué tiene que ver el sitio?*

*—¿Ve ese balde de agua? Bien; por ese balde de agua me darían más de diez mil pesos.*

*—¿Dónde?*

*—En el infierno.*




FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

U. T 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

| En la Capital | | En el Interior | | En el exterior | |
|---|---|---|---|---|---|
| Trimestre. . | $ 2.50 | Trimestre . | $ 3.00 | Trimestre $ oro | 2.00 |
| Semestre . . | „ 5.00 | Semestre. . | „ 6.00 | Semestre. „ „ | 4.00 |
| Año. . . . | „ 9.00 | Año. . . . | „ 11.00 | Año. . . „ „ | 8.00 |
| N.º suelto. . | 20 cts. | N.º suelto. . | 25 cts. | | |
| N.º atrasado. | 40 „ | N.º atrasado. | 50 „ | | |

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

# TEATROS

"EL INDIO GOYENA", DE IVO PELAY, EN EL NUEVO.

Esta obra de Ivo Pelay fué estrenada con el título de "Hembra", pero sin duda por el temor de que esa palabra hiciera sugerir a cierto público asustadizo y timorato, un asunto y escenas de truculencia erótica, fué cambiado tal título por el que ahora figura en el cartel. Sin embargo, el contenido de la pieza es el mismo, sin que roce ni siquiera ligeramente temas ni situaciones de las que plantean conflictos a ese público que se asusta en el teatro de cosas que ve imperturbable en la vida.

"El indio Goyena" no alcanza a reunir los méritos literarios de "Judío", del mismo autor, estrenada recientemente por la compañía de Casaux y que obtuvo un largo éxito. Nos presenta Pelay en este folletín escénico, un conflicto pasional que atormenta y desvía la línea de conducta y la psicología de un tipo netamente criollo, dedicado durante toda su vida a la politiquería de campaña y a esa forma experimental del amor, que consiste en perpetuar la especie en condiciones de absoluta seguridad, a despecho de las traiciones de la muerte. El argumento es sencillo, pero da margen al autor para presentarnos retratado con trazos seguros a un criollo de cepa en su ambiente nativo y a otros personajes igualmente impregnados de realidad.

A pesar de ello y del gran fondo de humanidad que palpita en los sentimientos y en la conducta de los personajes centrales de la obra, falta en ella la emoción intensa en que debiera traslucirse la situación patética a la que se ve arrastrado el protagonista. Bien estudiado el carácter de éste, se advierte sin embargo que el drama que en su espíritu se desarrolla, no se exterioriza en las formas tradicionales que son las más eficaces para llegar al público, sino que se desenvuelve dentro de cierto aislamiento de los personajes y por episodios de breve duración, que no sirven para aprovechar debidamente el interés del conflicto.

Por lo demás, el diálogo es sobrio y apropiado y los personajes secundarios contribuyen eficazmente a dar una interesante y exacta impresión de ambiente que ha sido sin duda el principal objetivo del autor.

Casaux asumió el papel de protagonista, sacando de él mucho partido. Las señoras Mary, Palomero y Goicoechea interpretaron con mucho acierto sus respectivos papeles. Panchito Aranaz y los demás intérpretes masculinos, bien.

PARRAVICINI FUE MUY APLAUDIDO EN SU ULTIMO ESTRENO

Para su "serata d'onore", eligió don Florencio Parravicini la pochade de Feydeau, "Cent millions qui ont tombé", traducida y adaptada por el mismo, en colaboración con el actor Adolfo Fuentes, bajo el título de "Quien pierde los pantalones, hereda los cien millones".

Es poco menos que imposible relatar el asunto de las piezas de este género, que se desenvuelven generalmente entre múltiples episodios enlazados a un motivo central, del que derivan pintorescas situaciones e incidencias de toda especie. Es lo que pasa en esta pochade, cuya intriga cardinal radica en la inesperada fortuna que va a recibir un prestidigitador y saltimbanqui, artista de género ínfimo en mala situación económica, que pretende a una mujer, amante de un hombre arruinado financieramente.

Convertido de buenas a primeras el pobre diablo en multimillonario, todas las gentes que le conocen se disponen a explotarlo. Desde el judío prestamista hasta el aristócrata venido a menos, se convierten en poco menos que lacayos del saltimbanqui, quien no ignora que su fortuna, por la depreciación del marco y la corona, no es tal. En estas condiciones, los explotadores terminan por ser explotados por el mísero prestidigitador, que acepta préstamos y suscribe pagarés usurarios, sin ambajes.

Puede el lector imaginarse que el tema da motivo a infinitas combinaciones e incidencias de carácter cómico, que a través de los tres actos de la pieza despiertan la hilaridad del público en muchas escenas.

En manos del celebrado Parravicini, cualquier personaje cobra relieves de fuerte comicidad y al interpretar al saltimbanqui Vicentino Saltingoppa, logró una vez más el popular artista, con su fácil juego y sus numerosos recursos, realizar una creación simpática, que la sala del Argentino, completamente llena la noche de su función de honor, celebró largamente.

Además de la señora Buschiazzo, que encarnó acertadamente su papel, sobresalieron los actores Mangiante y Fuentes. Los demás se desempeñaron discretamente, siendo también aplaudidos.

El público hizo una cariñosa manifestación a Parra, obligándole a usar de la palabra.

"OJO, CHICAS, NO SE CASEN", DE FRANCISCO E. COLLAZO, EN EL SMART

Resulta un tanto chusco y original que un autor teatral busque inspiración en el cine para escribir una obra y ello resalta más cuando la fuente inspiradora es una película norteamericana. Teníamos una idea bastante pobre del film yanki en cuanto a su enjundia espiritual, pero ahora vemos que sirve de base para escribir piezas nacionales de cierto éxito. Efectivamente, según propia declaración de Collazo, su obra ha surgido al contacto mental de una cinta norteamericana, de la que no sabemos qué parte habrá tomado, aunque es de suponer que sea el argumento en lo que él tiene de movedizo, inconsistente y trivial. Se trata de un hombre de estudio que descuida el amor de su mujer y la coloca en trance de imaginar otro amor, lo que falla gracias a la reacción del marido en los momentos de peligro, para una resolución definitiva. La intervención de dos mucamos pone la nota cómica, desde luego sujeta en su eficacia a la labor de los cómicos.

Puede decirse con toda verdad que esta pieza ha sido un éxito de risa. El público del Smart es muy propicio a estas fáciles expansiones del regocijo y necesita poco para celebrar su alegría con ataques de hilaridad o para palidecer suavemente en las escenas de un sentimentalismo color rosa de té. Ese público festejó clamorosamente al autor y a los intérpretes, quedando altamente satisfecho, casi tanto como si hubiera visto la película norteamericana en que la pieza se inspiró.

"PRIMERO EN LA COLORADA", DE MANUEL MUNDRIAN, EN EL APOLO

Fué recibida con mucha simpatía esta nueva producción de Mundrián, que estrenó la compañía del Apolo en la semana anterior. El mismo autor nos había dado a conocer no hace mucho, en otro teatro, una pieza del mismo género, en la que nos demostró que sabe sacar partido del ambiente y los personajes del mundo turfístico. Con elementos análogos ha escrito "Primero en la colorada", donde a través de un asunto sencillo y, si se quiere ingenuo, hace desfilar a varios personajes cómicos que entretienen amablemente. Casi toda la obra está encomendada a la gracia interpretativa de los primeros actores de la compañía Arata y Morganti. Estos, así como la Gangloff y los demás, estuvieron muy bien.

"VIEJO RINCON" GUSTO EN EL BUENOS AIRES

Una pieza sentimental, discretamente construída, nos parece "Viejo rincón", que firman los señores Herminio Braga y Juan Villalba, este último autor de "Rosa roja", que obtuvo muchas representaciones al ser estrenada por la compañía de Angelina Pagano, años atrás, en el escenario del Marconi. Los autores de la nueva producción ofrecida por la compañía de Muiño han renovado la fábula de la mujer seducida y abandonada, que concluye perdonando al hombre ingrato y convirtiéndole a la bondad, cuando regresa en busca del calor de afecto, ahito de dolores físicos y morales.

El argumento, si no es novedoso, ha sido encarado de modo personal y en su desenvolvimiento se mezclan ponderadamente las escenas cómicas con las emotivas, sin caer en recursos de sensiblería y de mal gusto, frecuentes en las piezas sentimentales como ésta. Puede objetarse que, a menudo, se pierde la acción en episodios desvinculados del asunto eje, resintiendo un poco el interés progresivo que deben tener las obras de teatro. Diálogos hay en "Viejo rincón", amenos y agradables, que demuestran la habilidad de los autores.

Muiño, a cargo del personaje más importante, se desempeñó con su habitual eficacia, bien auxiliado por la señora Lea Conti y los actores De Angelis y T. Podestá.

LA "SERATA D'ONORE", DE LA QUIROGA.

La distinguida actriz que encabeza el conjunto del Ateneo, ha realizado su función de honor y beneficio, poniendo en escena una versión española realizada por el señor René M. Garzon, de la pieza de Paul Geraldy, "Roberto y Mariana", autor de la comedia "Aimer", que también estrenó la Quiroga en una traducción de Joaquín de Vedia.

En el próximo número comentaremos la obra, no sin adelantar que la celebrada comediante argentina fué motivo de una expresiva manifestación de simpatía por parte de sus admiradores.

"HAY QUE HACER ALGO POR LA REVISTA", DE ALIPPI, MARONI, ALBERTI Y TERES.

A pesar del propósito enunciado en el título, los autores de esta producción no han hecho nada por la revista o, por lo menos, no han hecho nada nuevo. Consta de doce cuadros, todos ellos compuestos sobre la base de lo ya conocido. Danzas, cantos y cuadros cómicos, todos de relativa originalidad. Sacha Goudine cuidó la preparación de la parte a su cargo, logrando darle brillantez y colorido. Un tango de Filiberto, gustó. El cuadro del prestidigitador, muy eficaz para hacer reír. "El milagro de la Virgen", salvo pequeñas deficiencias, impresionó gratamente al público. En resumen, una de tantas revistas con cositas buenas y otras medianas, pero que llenan su objeto de distraer al respetable público con cuadros que por el momento no puede decirse que le aburran todavía. Los elementos bien disciplinados de baile con que cuenta este conjunto, realizaron danzas poco nuevas pero agradables y bien presentadas.

"YO, TU Y EL", EN EL SARMIENTO.

Bajo este título, de aspecto tan gramatical, el señor César Lenzi ha escrito una pieza que responde a su denominación, pues la misma inconexa reunión de los protagonistas en el título, se nota en el desarrollo de la obra. Una pasión amorosa recíproca entre un hombre casado y su cuñada, que termina con la eliminación de la esposa que se suicida, no es un tema nuevo, pero hubiera podido ser interesante, de haberse tratado en forma más emotiva.

La relativa eficacia de los diálogos y la acertada labor de los intérpretes, dió algún calor a esta pieza, a la que le falta un mecanismo más ajustado y mayor claridad de exposición para llenar debidamente su finalidad.

GRAN SPLENDID

Han sido muy celebradas las bellas películas exhibidas en este aristocrático cinematógrafo, punto de atracción de las familias selectas de nuestra capital, afectas a los buenos espectáculos.

El programa de la semana está constituído por interesantes cintas de marcas acreditadas, que se pasarán como novedades absolutas.

CAPITOL

Desde que se alternan los números de varietés con las películas, el cartel de este prestigioso cine ha cobrado singular atracción, reflejándose en el mayor número de concurrencia distinguida que asiste a las funciones.

CINE PARC

En esta semana se pasarán en este bello cine de Palermo notables cintas de las casas más importantes, habiendo despertado la atención del selecto público habitué, la cantidad de estrenos que se ofrece casi diariamente.

## Proceso original.-Un perro que robaba collares de perlas, por cuenta de su amo

Las autoridades de Bucarest entienden en un asunto que constituye el tema de todas las conversaciones.

Hace pocos días, una viajera del Oriente-Expreso, la condesa de Belmont, se presentó en la estación de Predeal al inspector de los cochescamas y le dijo que había sido víctima de un robo audacísimo.

Acababan de robarle, sin que supiera cómo, un magnífico collar de perlas de un valor de siete mil dólares, que tres días antes había comprado en un bazar de Constantinopla.

El inspector, cuando el tren llegó a Sibiu, dió aviso a las autoridades, y éstas enviaron dos policías, que comenzaron una inspección minuciosa de todos los vagones.

Ningún viajero había visto nada; ninguno de ellos llevaba el collar, y ya iban los policías a renunciar a sus pesquisas cuando observaron que un norteamericano que viajaba en compañía de dos magníficos perros lobos, metía en la boca de uno de éstos un objeto liado en un papel de seda.

Los policías se precipitaron sobre el animal y le sacaron de la boca el paquete, que resultó ser el collar de perlas robado a la condesa de Belmont.

El norteamericano, llamado Swet, fué preso.

Dijo con gran flema que él no había robado nada, pero que sus perros tenían la costumbre de apoderarse de los collares de perlas, costumbre que a él le parecía admirable, porque de ese modo había formado, viajando por Europa y América, en compañía de sus animalitos, una colección magnífica de dichas joyas.

Esta explicación no satisfizo a los policías, que prendieron al yanqui y lo llevaron a Bucarest en compañía de los perros.

Swet protesta enérgicamente contra su detención, y dice que, como no se le puede probar que él ordenara a su perro que tomara la joya, deben ponerle en libertad y condenar al perro por ladrón.

Lo más curioso del caso es que el juez que entiende en el asunto, ha procesado a Swet, no como autor del robo, sino como instigador y cómplice.

El perro ladrón está también en la cárcel y ocupa el mismo calabozo que su amo.

## ¿Se puede adelgazar científicamente?

Toda persona necesita tener un peso determinado de acuerdo con su talla y sexo, y el aumento de este peso normal es el principio de la obesidad, a la cual no se llega bruscamente, sino por períodos. Al principio, el individuo no se da cuenta de ello; se ve robusto, de buen color y goza en creer que su salud es excelente. Pero bien pronto se inquieta, los kilos se unen a los kilos, su cuerpo se deforma, sus vestidos le oprimen desagradablemente, se cansa al menor esfuerzo, no duerme tranquilo, su carácter jovial se ensombrece, y no es extraño que el asma y la herpe le acompañen.

Toda la fórmula de cura de la obesidad se encierra en estas tres palabras: régimen, ejercicio, reposo. Se cree que no hay nada más difícil que adelgazar y, por el contrario, es una de las cosas que más fácilmente se pueden lograr si se sigue fielmente un tratamiento bien dirigido.

Una persona gruesa no ve su curación sino a través de dificultades y de sacrificios innumerables, de un régimen severo y de medios penosos y caros, como la electricidad, los masajes, las purgas repetidas, los ejercicios agotadores. Se comprende que ante esa perspectiva muchos de los que sufren de exceso de grasa rehusen modificar su situación física.

Muchas de éstas creencias son sólo errores, y aun cuando no se puede dar un principio general, pues cada caso demanda un tratamiento propio, puede sentarse el primero de todos: el paciente que comience una curación debe seguirla totalmente y cumplirla material y moralmente.

La primera cosa que se realizará será el modificar el régimen habitual de alimentación, y no reducirlo por una gran restricción cuantitativa de los alimentos. No se trata, en efecto, de comer poco, sino de sustraer de la alimentación todo lo que en el organismo puede transformarse en grasa. Se puede, pues, en cantidad y sin pasar hambre, comer los alimentos permitidos en cada caso; pero es necesario abstenerse de la más mínima porción de aquellos otros alimentos prohibidos por el especialista.

Para curar definitivamente de la obesidad no es preciso solamente perder los kilos adquiridos últimamente, sino volver estrictamente al peso normal correspondiente a la talla y garbo. La famosa regla que determina los pesos según la talla es errónea e incompleta; para fijar el peso de una masa volumétrica cualquiera es preciso conocer al menos sus tres dimensiones: altura, espesor y profundidad. De dos hombres de la misma altura, el que tenga mayores espaldas, el pecho más robusto y los miembros más llenos, pesará más que el que tenga dimensiones menores.

Teniendo en cuenta que el peso normal se suele adquirir de los 20 a los 30 años, y la cuantía de éste según la talla, se puede establecer que para realizar la cura de una mujer que pesa 85 kilos y mide 1.60 metros, es preciso hacer que pierda 25 kilos.

Hacer desaparecer 25 kilos parece una cosa fantástica, pero puede ser una realidad, como comprueban multitud de casos. ¿Solamente se adelgaza por el régimen? Esta es, en efecto, la base científica de toda cura, pero nó es sino una parte, la más esencial e importante. Viene después el ejercicio o el reposo, según los casos.

Adelgazar es una cosa; quedar delgado una vez alcanzado el peso ideal es otra. Hay, por consiguiente, dos tratamientos diferentes y consecutivos. La primera fase, que corresponde justamente a la desaparición de las grasasa acumuladas, es la del régimen en reposo, sobre todo en la mujer, pues el hombre y la mujer no deben adelgazar según la misma técnica.



## Fabricación de leche vegetal en Canadá

Se construye actualmente en el Canadá una fábrica destinada a la producción de una leche vegetal que se pondrá en venta como un sucedáneo de la leche de vaca.

En ciertos países, además, se emplea, desde mucho tiempo, la leche vegetal, de preferencia a la leche animal. En China, por ejemplo, no se consume nunca leche de vaca o de otros animales. Los habitantes de este país no se sirven sino de semillas de "soja" para la preparación de su leche. Ahora bien, es precisamente lo que la sociedad canadiense se propone hacer. Traerá provisionalmente de China semillas "Soja", pero confía que, en un porvenir próximo, el "Soja" será cultivado en el Canadá. Alternado con el trigo, acrece el rendimiento de este cereal de 5 a 7 quintales por hectárea. La cosecha normal de las semillas de "Soja" es de 13 a 17 quintales por hectárea.

La leche de habas de "Soja" ha sido sometida a las pruebas más rigurosas por los jefes de cocina, panaderos, pasteleros, heladeros, etc., que están unánimes en reconocer que este producto era muy superior a la leche de vaca considerada desde todo punto de vista: vitaminas, materias grasas, caseína, albúmina, hidratos de carbono, azúcar, y sales, y encierra una igual proporción de agua.

La leche vegetal será sensiblemente más barata que la leche de vaca.

## Noticias cinematográficas

### "MIGUEL STROGOFF" O "EL CORREO DEL ZAR"

Una gran película, en todo sentido, por el interés del argumento y vastedad del espectáculo que ofrece por su admirable interpretación, eso es "Miguel Strogoff o el correo del Zar", recientemente estrenada y que pertenece al programa superextraordinario de la casa Max Glücksmann.

Las aventuras maravillosas y terribles creadas por la fantasía del famoso Julio Verne, en el cuadro grandioso de la más verdadera, colorida y emocionante realidad, se alían en esta obra que constituye uno de los esfuerzos cinematográficos más formidables.

Quien conozca la novela — y son muy pocos los que no la han leído — no habrán olvidado, por cierto, a aquel héroe simpático, sin flaquezas: Miguel Strogoff, a aquella heroína dulce y resuelta a la vez (Nadia), a aquella amante madre, a aquel terrible Ogareff. Esos personajes inolvidables reviven ahora más que en un drama: en una odisea trágica. El camino de Miguel Strogoff a través de esas tierras saqueadas por las terribles hordas tártaras, sin recursos y con las torturas del frío, del hambre y de la fatiga y... sin ojos, porque los Kirghizes se los quemaron, es de una potencia realmente trágica, en el hondo sentido de la palabra.

Ese Ulises trágico de esta verdadera odisea lo encarna Mosjoukine, el gran actor de quien dijo Maurice Maeterlink, que se contaban entre las cosas que más le habían impresionado en su vida.

Maeterlink no se habrá arrepentido, por cierto, de ese juicio tan definitivo, después de ver a Mosjoukine en "Miguel Strogoff".

Trabajan en esta película, además, Natalia Kovanko, una gran actriz, Tina de Izarduy (la hermana de Raquel Meller), el actor Chakatouny en el feroz y felino Ivan Ogareff, la actriz Brindeu, en el papel de la madre, los actores Debain y Gravone, en los periodistas francés e inglés, respectivamente.

El gobierno de Letonia ha contribuído a la realización de este magnífico espectáculo, prestando tropas de su ejército, que evolucionaron bajo el comando de jefes militares auténticos.

## Los etruscos y su arte

# Excavaciones en la antigua ciudad de Populonia

Los primitivos habitantes de Etruria fueron conocidos con el nombre de tirrenos, que, mezclados con los recios, formaron el pueblo Tusco o Etrusco, tomando el terreno que ocupaban los de Tusca o Etrusca.

Fundaron varias ciudades, todas de acuerdo con un plan determinado, y circundadas de fuertes murallas de piedra y calles bien pavimentadas.

La organización política de los etruscos consistía en una confederación de doce pequeños Estados o *lucumonías* y Federaciones similares de territorios conquistados más al norte, así como al sur en la Campania, en donde se formó una tercera Confederación de doce ciudades, dedicadas preferentemente al comercio.

Gracias a estas tres grandes Confederaciones, los etruscos llegaron a ser dueños de casi toda Italia.

Cada una de las ciudades confederadas estaba gobernada por el orden de los lucumones, verdaderos monarcas que poseían por derecho hereditario el Poder civil y religioso.

que establece perfectamente los diferentes caracteres de ella.

Según el citado sabio, el arte etrusco propiamente dicho es una combinación de elementos tomados, los unos, de Oriente; los otros, de Grecia.

La influencia oriental con la emigración de gentes del Asia Menor, de la que da cuenta Herodoto, como parece probarlo el que los etruscos construyeran sus tumbas empleando la bóveda; cultivaron el arte de la adivinación y vistieron como los lidios.

Es de notar que en una tumba de Vulci, conocida con el nombre de gruta de Isis, se encontró multitud de objetos de procedencia egipcia.

Se sabe que después de la fundación de Cartago, o sea a mediados del siglo IX antes de J. C., el mar Tirreno y la parte del Mediterráneo comprendida entre Esparta y Sicilia, fué el campo del importante comercio fenicio, y que el movimiento de las importaciones feniciocartaginesas de Etruria duró por espacio de tres siglos.

Los objetos de estilo asiático de la antigua Etruria debieron servir de modelo a los obreros del país, y en todas aquellas importaciones fenicias veían, por consiguiente, asuntos egipcios, como flores de loto, esfinges, etcétera, así como asuntos asirios, tales como leones, panteras, toros alados y otros.

Los etruscos se distinguieron por su afición a las escenas sanguinarias, pero eran sumamente laboriosos por lo cual alcanzaron gran florecimiento en agricultura, industria y comercio.

En el años 283 de J. C. cayó Etruria bajo el yugo romano, y en el último siglo del imperio romano formó una provincia de Italia con el nombre de Toscana.

Del pueblo etrusco quedan innumerables monumentos y objetos de arte, y cada día se descubren nuevos restos de poblaciones, con nuevas tumbas, vasos, estatuas y objetos varios, como los decubrimientos hace poco hechos en una de las más antiguas ciudades de Etruria, en Populonia, puerto de mar de la cercana Volterra.

Hasta hace pocos años se confundían las antigüedades griegas con las etruscas, y etruscos se denominaban los vasos griegos pintados, por la sóla razón de que se encontraban en las tumbas etruscas, y lo mismo sucedía con los objetos importados de Grecia a Italia o construídos en ésta última por artistas griegos.

El trabajo más completo que se ha hecho acerca de la arqueología etrusca es debido a Julio Marta,

Populonia, gracias al florecimiento de su industria siderúrgica, llegó a emanciparse, haciéndose autónoma e independiente de la "dodecápolis" etrusca.

En ella se han encontrado, en las excavaciones recientemente llevadas a cabo y en las tumbas, varios *loculi*, verdaderos lechos de losa en los que se depositaba los cadáveres.

En las colinas que circundaban Puerto Baratti se han encontrado instrumentos de piedra tallada y pulida: hachas de jadeíta, puntas de lanzas, flechas y jabalinas de silex, que se suponen de la época neolítica.

Además la extensa necrópolis de Granat y la cercana de San Cerbone han procurado datos curiosísimos sobre la historia de Populonia.

La forma de las tumbas, los varios objetos en ellas encontrados y los adornos muestran una perfecta analogía con los encontrados en los sitios donde existieron las ciudades etruscas de Volterra y Vetatonia.

Interesantísimas, igualmente, son las grandes tumbas de varios tipos arquitectónicos de épocas posteriores.

El profesor Minko, que es el que ha completado las excavaciones en la más famosa de las tumbas de Populonia, dice, hablando de los objetos en ella encontrados:

"Cuando se abrieron las celdas a lo largo de los "dromos" o pasillos de entrada de la tumba, descubrimos preciosos objetos, entre los que sobresalían la envoltura de bronce laminado de un carro y las ruedas de un carro de guerra, aun más notables y curiosos que los encontrados no hace mucho en la famosa tumba de Tutankhamen, en Tebas.

Las ruedas son completamente griegas en tipo; indican un alto conocimiento científico, pues reunen la ligereza unida a la solidez. Pertenecen al siglo VIII o quizá al VII antesde J. C.

Partes del cuerpo del carro de guerra están profusamente adornadas con representaciones de animales felinos estampadas en bronce. Entre otros objetos, figuran fibulas de diferentes dibujos, frontales para caballos, pendientes, vasijas múltiples de variadas formas, con casco de bronce en bastante buen estado; un curiosísimo pebetero para quemar incienso y una estatuilla admirablemente modelada, que representa a Ajax en el momento de arrojarse sobre su espada para suicidarse.

En varios de estos objetos ha llamado la atención la interesante aplicación de dos metales: el broncey el hierro".



## La fascinadora Josefina Szany

### *COMO HA VENGADO EN OCHO HOMBRES UN AMOR DESGRACIADO*

*La policía de Budapest acaba de conseguir sorprendentes revelaciones a consecuencia de una muerte extraña acaecida en uno de los "grill-rooms" más frecuentados por la alta sociedad de Budapest.*

*Una mujer de belleza excepcional, vestida con extremada elegancia, entraba hace pocas noches en un renombrado restaurante, del brazo de un amigo, en quien las gentes reconocieron a un miembro de la aristocracia húngara.*

*Ambos se sentaron a una mesa, eligieron de la lista dos platos y una botella, y se pusieron a comer satisfechos y sonrientes.*

*De pronto la comensal se levantó de la silla, vaciló y cayó al suelo desvanecida. Su compañero, que acudió presuroso en su auxilio, perdió a su vez el conocimiento y se desplomó sobre la joven.*

*Gran número de personas acudieron a prestar socorro a ambos. Les aplicaron sales y otros remedios circunstanciales. La joven recobró en seguida el conocimiento, reparó discretamente el desorden de sus vestidos y se eclipsó en medio de la general confusión.*

*Entre tanto, los esfuerzos que se practicaron para devolver la vida al joven no produjeron resultados satisfactorios, y cuando acudió un facultativo, certificó que el caballero había dejado de existir. La identificación de la personalidad del fallecido coincidía con la presentación en uno de los puestos de policía de la esposa del aristócrata, la cual exhibió una carta de su marido, en la cual le anunciaba que estaba dispuesto a matarse en compañía de Josefina Szany, mujer que le había trastornado por completo. Josefina Szany era la bella compañera del joven.*

*El nombre de Josefina Szany evocaba recuerdos singulares. Esta mujer ha ejercido sobre todos los hombres que ha tratado, una fascinación temible. En pocos años ha tenido ocho amantes, y todos han muerto en circunstancias análogas a las que han rodeado el fin trágico del aristócrata húngaro.*

*El juez de instrucción ha adquirido la certeza de que esta insinuante hermosura indujo a todos a envenenarse y a morir con ella. Sugería el suicidio con eficacia; pero en apariencia, ella no cometía ningún acto delictivo. ¿En qué medida la bella Josefina se halla expuesta al castigo de la ley? ¿Hasta qué extremo es responsable de los actos realizados por sus adoradores?*

*Se dice que desde que un amor desgraciado amargó su existencia, Josefina Szany juró odio a muerte a todos los hombres, y en ellos ha venido vengando el dolor que sintió por su primer desengaño.*

# RADIOTELEFONIA

## EL USO DE LA BATERIA "C" EN LA AMPLIFICACION

Además de las baterías que se han citado en el artículo anterior, es necesario en ciertos casos la adopción de una tercer batería, que se le ha dado el nombre de batería "C".

Esta batería, tiene un uso que debemos detallar aunque sea en términos vulgares, para tener una idea clara de su función. Resulta que cuando se utilizan tubos amplificadores en ciertos circuitos, es decir cuando se desea trabajar con alto parlante especialmentes, estos tubos, debido al voltaje alto que debe utilizarse en ellos, se producen en el interior del mismo fenómenos, que en general significan distorsión del sonido, es decir mala reproducción de la palabra y la música y gran gasto de la batería de placa, pues el consumo es mayor; pero un estudio detenido del asunto nos demuestra que es posible por medio de una batería de pequeño voltaje y conectada propiamente a la lámpara, el reducir el consumo de corriente y dar claridad a la audición.

Esta batería se denomina batería "C" y entre otras propiedades tiene la de no gastarse prácticamente, durando por lo tanto el tiempo que ella pueda resistir a los agentes naturales, pudiéndose calcular la vida de una batería de este tipo en un año de uso.

Una vez visto, aunque sea someramente, lo que significa la batería "C", veamos la forma de conectarla en el circuito dejando para más adelante la indicación de los valores convenientes para cada caso.

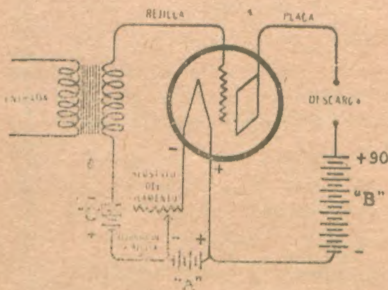



**Fig. 1.—Para obtener una reproducción natural úsese una batería "C", como se muestra arriba, especialmente cuando se trata de ondas fuertes y de altos voltajes en la placa.**

La conexión de la batería "C" a un circuito cualquiera amplificador, debe hacerse de la manera siguiente y ateniéndose al diagrama indicado en la figura 1, en la cual A significa la batería de acumuladores; B, la batería de placa y C la batería que nos ocupa; en ella debe tenerse presente que la batería "C" no está colocada inmediatamente a la grilla de la lámpara, sino que está conectada después del transformador de baja frecuencia indicado por los dos arrollamientos de la fig. 1.

Si se trata de un aparato ya construído al que se le debe colocar una batería "C", se procederá del modo siguiente: conéctese el borne del transformador que dice F en el bobinaje indicado, secundario de los transformadores de baja frecuencia, al polo negativo de la batería "C" y el polo positivo de la batería "C" al polo negativo de la batería "A", de acumuladores o pilas de encendido del filamento.

Debe tenerse presente que las pilas a usarse en este caso, salvo las especiales para este uso, son de las pilas llamadas de linterna de bolsillo, las cuales tienen 4 1|2 volts y en las cuales los terminales están formados por dos láminas, para conocer el polo positivo del negativo; se tendrá presente que en las pilas chatas la lámina más larga es el polo negativo. Si se desea colocar dos tubos, puede hacerse uso de una sola batería "C" siempre que se sigan las indicaciones de la fig. 2, en la cual se ve un diagrama que permite la colocación de una sola batería "C" para dos tubos de amplificación.

En la figura 3, es fácil ver el diagrama práctico para la colocación de una batería "C" a un circuito amplificador de dos lámparas, el cual no se explica, pues es de comprensión inmediata.

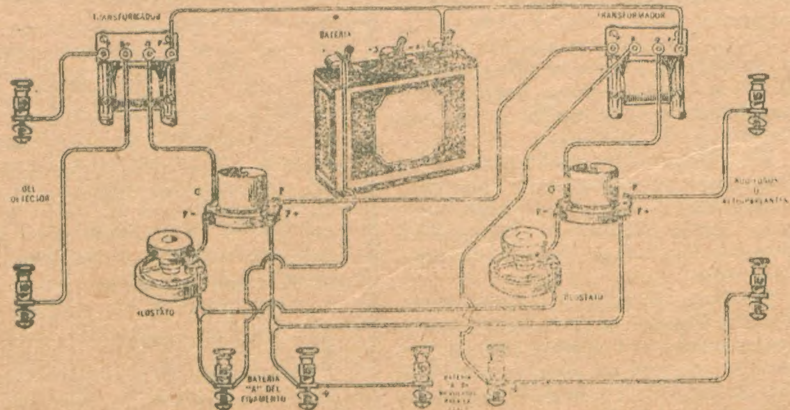


**Fig. 3.—Diagrama de un equipo amplificador de dos pasos con una sola batería "C".**

Naturalmente que el valor de la batería "C" depende de la clase de tubo que se utilice, así como del voltaje de placa que se le aplique y a objeto de poder dar una idea de esto, damos la tabla que va a continuación, haciendo notar que en ella sólo están especificados los valores necesarios, para las lámparas Radiotron y Philips, pero puede hacerse notar que ello no es de gran importancia, pues cuando se utilicen otras clases de lámparas se deberán usar valores similares a las indicadas, teniendo presentes las características de las utilizadas, comparándolas con las indicadas en la tabla y usando entonces valores similares en la batería C.

| | | Batería B. | Batería C. |
|---|---|---|---|
| Radiotron | UX-201-A | 135.v | 9v |
| | | 90 | 4 ½ |
| ,, | UV-199 | 90 | 4 ½ |
| ,, | UX-199 | 90 | 4 ½ |
| ,, | WD-11 | 90 | 4 ½ |
| ,, | WX-11 | 90 | 4 ½ |
| ,, | UX-120 | 135 | 22 ½ |
| ,, | UX-112 | 157 ½ | 10 ½ |
| | | 135 | 9 |
| | | 90 | 6 |
| ,, | UX-171 | 180 | 40 ½ |
| | | 135 | 27 |
| | | 90 | 16 ½ |
| Philips | A-109 | 120 | 4 ½ a 6 |
| | | 100 | 3 a 4 ½ |
| | | 80 | 1,3-3 |
| ,, | A-106 | 100 | 6-9 |
| | | 80 | 4 ½-6 |
| | | 60 | 3-4 ½ |
| ,, | B-105 | 120 | 7 ½-9 |
| | | 100 | 6-7 ½ |
| | | 80 | 4 ½-6 |
| | | 60 | 3-4 ½ |
| ,, | B-241 | 20 | 1-3 |
| ,, | B-2 | 100 | 4 ½-6 |
| | | 80 | 3-4 ½ |
| | | 60 | 1-3 |
| ,, | A-310 | 100 | 3-4 ½ |
| | | 80 | 1 ½-3 |
| ,, | A-306 | 100 | 6-9 |
| | | 80 | 4 ½-6 |
| | | 60 | 3-4 ½ |
| ,, | A-341 | 20 | ninguna |
| ,, | A-410 | 100 | 3-4 ½ |
| | | 80 | 1 ½-3 |
| ,, | A-406 | 100 | 6-9 |
| | | 80 | 4 ½-6 |
| | | 60 | 3-4 ½ |
| ,, | B-406 | 120 | 7 ½-9 |
| | | 100 | 6-7 ½ |
| | | 80 | 4 ½-6 |
| | | 60 | 3-4 ½ |
| ,, | C-509 | 120 | 6-7 ½ |
| | | 100 | 4 ½-6 |
| | | 80 | 3-4 ½ |
| | | 60 | 1 ½-3 |
| ,, | E | 200 | 6-9 |
| | | 150 | 4 ½-6 |
| | | 100 | 3-4 ½ |

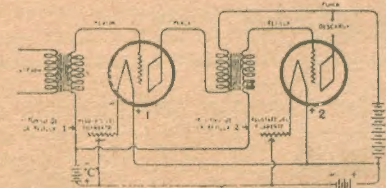


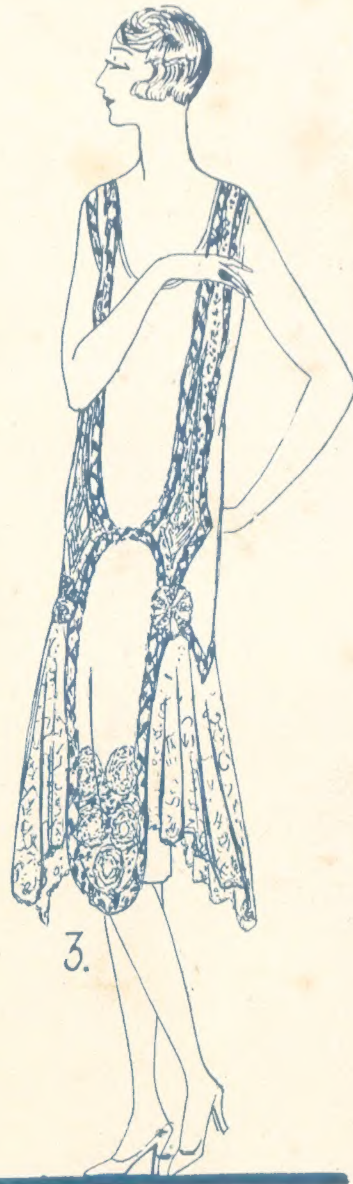
**Fig. 2.—Solamente una batería "C" es necesaria para varios tubos.**

Estas son la mayor parte de los tipos de lámparas que existen en el mercado, pues las fábricas fabrican, en general, lámparas de características similares, a objeto que puedan adaptarse a los mismos circuitos. Debe hacerse notar que el valor de una pila de lamparita de bolsillo o de las especiales que se venden en plaza, para usarse como batería "C" es muy mínimo, por otra parte, ella no se gasta, pues, por la forma que está en el circuito tiende más bien a cargarse, estas razones y la de aumentar la vida de la batería de placa y purificar el sonido que se obtiene hacen que la adopción de una batería "C" es de imprescindible necesidad en todo circuito bien construído.

# Ultimas creaciones de la moda femenina



1



3.



2.

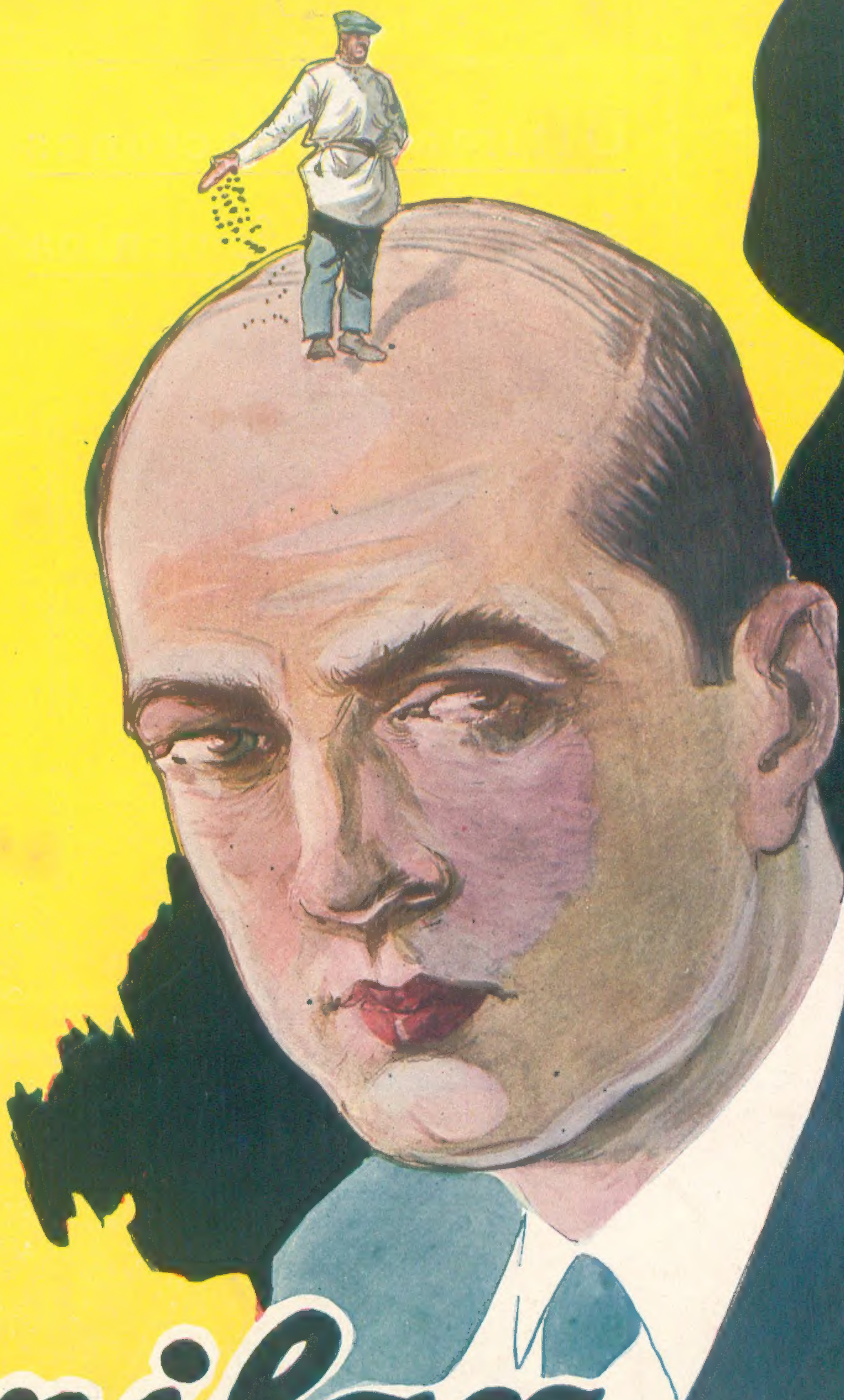


4.



5.

1.—"Celle que je preferee".—2. "Cingalaise". —3. "Vendemiaire". — 4. "Volubilis". — 5. "Premier Péché". — Creaciones especiales de la casa Marthe Pinchart, 2, rue Volney, París, directamente enviadas a FRAY MOCHO.






TALL. GRAF. A. GARCIA & Cía. - PATAGONES 2490
INDUSTRIA ARGENTINA